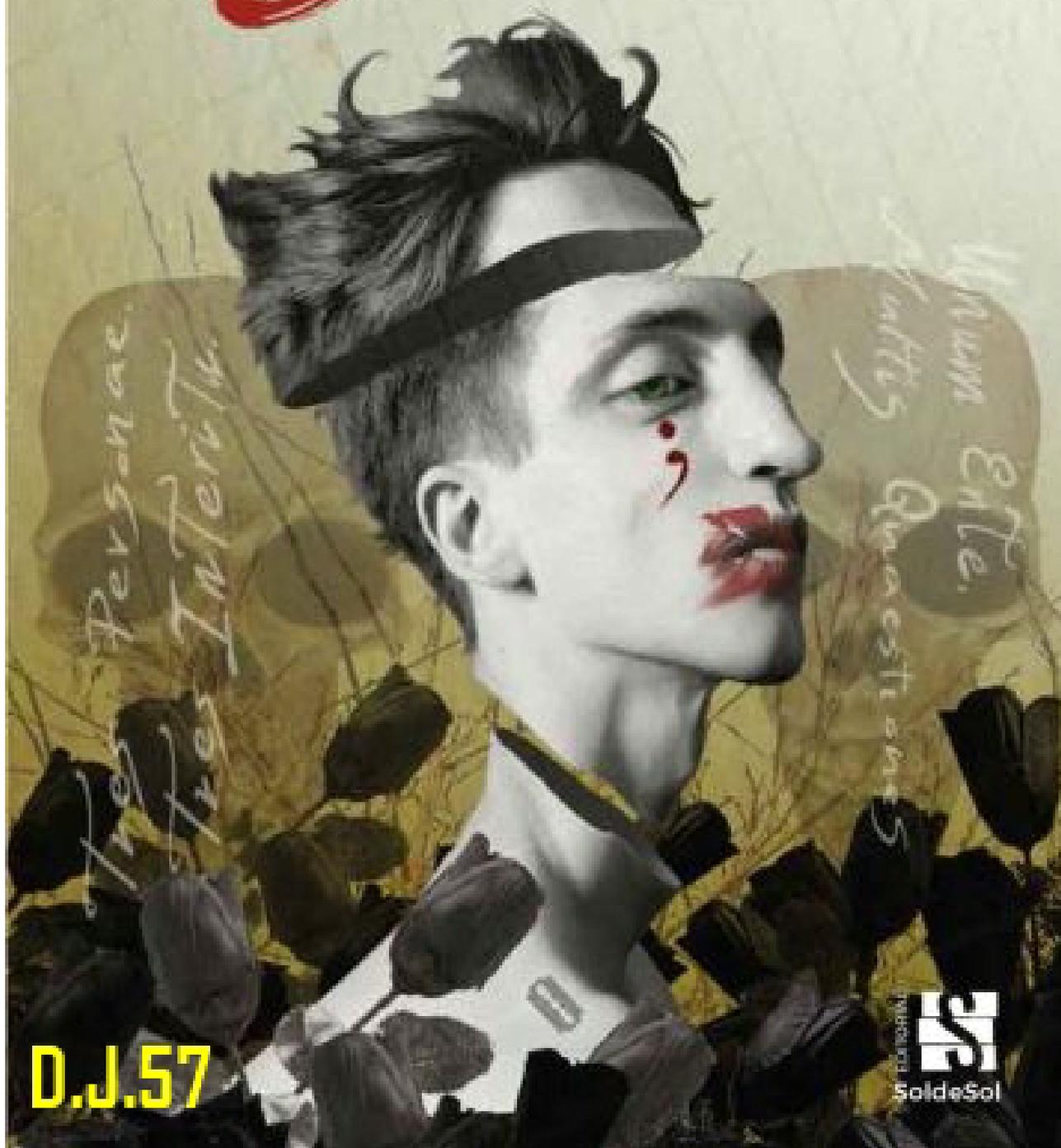


JULIO MARÍN GARCÍA

# LOS **3** SUICIDIOS DE MARCOS RUIZ



D.J.57

W. LUNGHINI  
**soldeSol**

**Los 3 suicidios  
de Marcos Ruiz**

**Julio Marín García**

LOS 3 SUICIDIOS DE MARCOS RUIZ.

© 2018, Julio Marín García

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol

© Ilustración de portada: Manuel Vidal

Corrección: Antonio M. Beltrán



EditorialSoldeSol.com

Plaza Admón. Vieja 1, 1ª Izquierda. 04003, Almería

Abril 2018

ISBN: 978—84—948329—0—1

Depósito Legal: AL 673—2018

Impreso en España

Los derechos de este libro quedan reservados a sus autores.  
Puede dirigirse a ellos para solicitar autorización si desea  
utilizar alguna parte de este conten

«Las esmeraldas de mis ojos tristes  
aguardan tus pupilas de bohemio,  
y mis manos germinan las caricias  
que brotan de tus dedos».

**Laura Victoria**

«Tuvo a todo el mundo en poco, fue el espantajo y el coco del mundo, en tal coyuntura, que acreditó su ventura morir cuerdo y vivir loco».

**Miguel de Cervantes**

Te dedico este libro a ti, a una de las mejores personas  
que conoceré a lo largo de mi vida, estés donde estés, te quiero, abuelo.

## El comienzo de un cuento real

Érase una vez, tres mujeres y un hombre. Tenían los ojos verdes como una esmeralda, y corrompidos como si un cigarro se hubiera apagado en ellos, como si la bombilla que iluminaba su camino hubiera estallado en el momento más crítico.

La primera mujer de los ojos verdes, lloraba mirando el techo de su habitación, esperando encontrar alguna respuesta entre las grietas que dibujaban formas y le recordaban todo aquello que había dejado atrás.

Podía ver su corazón hecho añicos, y los añicos en más añicos. Podía ver su sonrisa transformándose en la fina línea que la obligó a cambiar. Podía ver a la niña de ojos verdes que soñaba con soñar que los sueños podían hacerse realidad. Y entre tantas cosas, podía ver también lo que el odio había hecho con ella. Con esa niña, que ya no era tan niña. Con esa sonrisa que ya no era tan sonrisa. Y con ese corazón que ya tan siquiera parecía existir.

La segunda mujer de ojos verdes, lloraba mirando el suelo de su habitación, intentando encontrar, entre las líneas del parquet, aquello que había perdido sin querer, y que por miedo no había querido volver a encontrar.

Lloraba desconsolada, abrazada por el hombre que la arropaba por la noche, pero que no la veía llorar.

Envuelta en los recuerdos de un pasado que se dibujaba en todas las sombras de su habitación. Envuelta bajo la duda de si tomar o no la decisión que podía cambiarlo todo.

La tercera mujer de ojos verdes, estaba de pie, petrificada, frente a la ventana desde la que observaba la vida de los demás pasar, encerrada en la habitación de la que se sentía esclava.

Soñando con volar como un águila, y recordando después que le daban miedo las alturas. Soñando con la libertad, y recordando después el miedo que le daba sentirse sola.

Y... bueno, eso mejor no lo digo. Porque si lo digo, quizás me ponga a llorar.

El hombre de los ojos verdes, se encontraba en el exterior, respirando el aire puro de la naturaleza. Disfrutando del choque del viento en su cara, y del piar de los pájaros que sobrevolaban por encima de él. Mirando al vacío desde lo alto, y viendo la trepidante caída que podría sufrir si avanzaba un paso más.

El hombre de los ojos verdes, no conocía el significado del amor, o tal vez sí, pero se le había olvidado, y por eso se disponía a convertirse en un pájaro sin alas, en un aterrizaje mortal.

Lo que nadie sabía, es que si la primera mujer de los ojos verdes se hubiera marchado cuando tenía que hacerlo, y la segunda se hubiera quedado cuando debía quedarse, la tercera estaría sonriendo como cualquier persona feliz, y el hombre de los ojos verdes, nunca hubiera olvidado lo que significaba la palabra «amor».

**EL  
PRIMER  
SUICIDIO  
DE  
MARCOS RUIZ**

El primer suicidio es el peor. Sientes como si tu alma se hubiera partido en infinitas partes, que caen por un vacío sin final. No le importas a nadie, y no vales nada; eres solo una sombra.

## El día en el que creí que empezó todo

Habíamos acabado la universidad. Después de cuatro años estudiando como si no tuviéramos vida... ¡joder!, era normal que quisiéramos celebrarlo. Álex dio una fiesta en su finca de Madrid.

Nuestro amigo Álex no había sido un buen estudiante, de hecho aún tenía pendiente más de la mitad de las asignaturas, pero no se perdía una. Bueno, mejor dicho, era el causante de que nosotros, a veces, saliéramos de fiesta. Os puedo jurar que si pudiera dar marcha atrás, y cambiar esa noche, lo haría, sin duda; pero simplemente no somos dioses.

«Alcohol, piscina, y muchas chicas con las que pasarlo bien». Ese era el eslogan de la fiesta. Un tanto machista, sí... Lo sé. Pero teníamos las hormonas revolucionadas y pensábamos más con el pene que con la cabeza, total, ya habíamos machacado suficiente la cabeza en la biblioteca, ahora queríamos machacar otra cosa. Ojalá me hubiera quedado en la biblioteca estudiando toda la noche como hizo Ana. A ella se le daba bien eso de escaquearse de las fiestas. En ese momento todavía no sabía por qué nunca acudía a las farras que organizaban sus mejores amigos, aunque luego lo entendí todo, era por Álex.

Toda mi vida me había creído ese chico prudente, casi perfecto. Era un magnífico estudiante, hijo predilecto, el hermano favorito, y el amigo que nunca podía faltar: «el puto amo».

Quizás merecía lo que me ocurrió, tal vez pecaba de soberbia; aunque en el fondo me sentía mucho más pequeño que todos. No por mi metro ochenta y siete, sino por todos los miedos que afloraban en mi mente. Ojalá me hubiera molestado en saber más sobre la vida y un poco menos en memorizar cosas que no me servían para nada.

Dios, cómo puede doler tanto recordarme, recordar el chico que era cuando tenía veintidós años... Cómo puede una mala decisión condenar tu vida...

Perdonad que me ponga un poco sensible, no puedo contener las lágrimas.  
¡Basta!

Me dije que ya no quería llorar más. Soy un blando, siempre he sido un blando. Ese fue mi gran problema.

Esa noche comenzó tarde, y se alargó para el resto de mi vida. La excusa

de la graduación parecía justificar todas las locuras que íbamos a hacer: una ronda de chupitos primero, y otra, y después otra. Y a la piscina. La música resonaba por todos lados. El «¡Ey chipirón!» de aquella época. ¡Uff! cómo aborrecí esa maldita canción. Un poco más tarde prosiguieron los cubatas y los porritos de marihuana que había preparado Álex. Ojalá solo hubiera preparado eso. Ojalá hubiera tenido suficiente personalidad para no haber tomado lo que vino después. —Un inciso, puede que no sirva de nada, pero no dejes que la presión decida nunca por ti. Haz solo aquello de lo que te sientas seguro. Y cuando te digan que la vida es corta y que los días que no disfrutes no volverán, contéstales que la vida se vive en la realidad, no en las alucinaciones—. Álex me pidió que lo acompañara y me llevó a una habitación privada de su finca. Allí estaba Sarita... ¡qué pechos! Llevaba enamorado de ella desde que empezamos la carrera. ¡Pero qué pechos, joder! Bueno, enamorado de ella, y de sus atributos, aunque no estuviera bien reconocerlo...

Por seguir etiquetando esta historia, diré que Sarita era la chica potente de clase que solo se tiraba a los chicos musculados. Al menos eso pensaba yo... Cómo me iba a imaginar que ella iba a ser el principio de todo... Cómo me iba a imaginar que ella tenía... ¡uf! qué difícil es decirlo...

Me tomé unas pastillas de algo que no sé muy bien lo que era. Sarita también lo hizo. Álex nos dejó solos. Sarita iba mucho más drogada que yo, y me incitaba a seguir probando cosas nuevas. Las dos rayas blancas se mostraban sin timidez encima del aluminio de la mesa. Ella se adelantó y esnifó la primera. Después me miró. Mi mente me chillaba que no lo hiciera. Sus ojos me miraban decepcionados. Y segundos después no quedaba nada de ese polvillo de mierda. —«¡Estúpido! qué manera más irresponsable de arruinar tu vida» —me dije.

Sarita se quitó el bikini y quedé cegado por aquello con lo que tanto fantaseaba. Y mi sueño se cumplió. Me tiré a Sarita y dormí junto a ella. Bueno, sueño... eso pensaba. Porque cuando amanecí, el sueño se cayó por el terraplén de la montaña más alta, e impactó en el centro de mi corazón.

—Buenos días, Sarita —le dije ilusionado, embobado y con el pene erecto.

Ella abrió los ojos, con una resaca inhumana. Yo también la tenía, pero por la Virgen del Amor Hermoso, estaba con Sarita.

—¡No puede ser! —me contestó nerviosa y con las palabras ralentizadas.

En ese momento supe que se había acostado conmigo porque iba borracha, pero pensaba que al menos trataría de disimularlo esa mañana, hasta que nos despidiéramos y nos dijéramos eso que se suele decir: «ya te llamaré»; aunque no fuera a suceder nunca.

—Dime que no hemos follado —me sujetó la cara con los ojos a punto de colapsar—. Marcos Ruiz, dime que no hemos follado. —Una lágrima recorría su

cara. Una lágrima asustada.

Y en ese momento, empecé a sentir que estaba ocurriendo algo muy extraño. Y tan extraño...

Asentí con la cabeza. Con mucho miedo. Pensaba que me iba a dar una hostia. Entrecerré los ojos y esperé a que el sonido impactante hiciera efecto. Entonces, ocurrió algo imprevisible. Ella comenzó a llorar y se abrazó fuerte a mí.

—Lo siento mucho, Marcos —decía continuamente.

¿Pero qué sentía? ¿Qué había hecho? No lograba entender nada... tampoco estaba muy seguro de si quería saberlo, si os soy sincero.

...Se quedó unos minutos pegada a mí, no hablábamos. Ella lloraba y yo escuchaba su llanto con preocupación. Después se apartó, agarró mis manos, sus ojos parecían una tormenta de lluvia de verano.

—Tengo VIH —me dijo. Y en ese momento fingí no escucharla.

Me quedé paralizado, reproduciendo las palabras en bucle sin llegar a entenderlas ¿VIH? Entonces, una voz en el centro de mi conciencia, se puso a reírse de mí. Lo recuerdo muy bien. Me sentí tan pequeño y tan atemorizado que lo único que quería era desaparecer.

Tres meses después di positivo. No se lo conté a nadie... Pero yo ya no era el hermano favorito, ni el amigo necesario, tampoco el hijo perfecto. Hacía meses que no hablaba con Álex. Me pasaba los días en mi cuarto. Y cuando alguien me molestaba solo tenía gritos para regalarle Como podéis ver, solo era un niño estúpido, consentido y superficial; ah, sí, y con VIH.

## **El cuento continúa**

Y mientras una primera mujer de ojos verdes llora mirando el techo, una segunda lo hace mirando el suelo y a una tercera ya no le quedan lágrimas porque tiene los ojos secos.

La primera mujer de ojos verdes, intenta reconstruir los añicos hechos añicos de su corazón, para poder encontrar en él la fuerza que le falta para tomar la decisión que lleva tiempo meditando.

La segunda mujer de ojos verdes, despide a su marido con un beso falso, y con una sonrisa que oculta el disfraz de púas que la desangra por dentro. Tiene ganas de hacer la maleta y marcharse; pero no está preparada. Y quizás cuando lo esté, sea demasiado tarde.

La tercera mujer de ojos verdes, siente cómo el agua de la ducha golpea su cuerpo, el cuerpo que no se atreve a mirar desde que ocurrió lo que ocurrió, el cuerpo que oculta tras su ropa y que le haría vomitar si tan solo viera un poquito de lo que queda de él. Y en ese momento vuelve a pensar en eso que os dije antes, eso que no os puedo contar, porque entonces me dan ganas de llorar, y no tengo ganas de hacerlo.

El hombre de ojos verdes, ha dado un paso atrás, y se ha retirado de la montaña sobre la que pensaba alzarse en vuelo. Se ha retirado porque sabe que a pesar de todo, a pesar de no saber lo que es el amor, y a pesar de sentirse perseguido por la oscuridad, sigue creyendo que algo puede cambiar.

## El chico que se olvidó de vivir

Debería estar estudiando. Eran las seis de la tarde. Mi hora de máximo rendimiento... después iría un rato a la «Biblioteca», pero no a la que estáis pensando, uno de los garitos más conocidos de Fuenlabrada se llamaba así. Ahí quedábamos casi todas las tardes para tomar algo rápido y desconectar de la rutina del día. Bueno... yo hacía tiempo que no iba. Hacía tiempo que no iba a ningún lado. Mi vida había cambiado radicalmente en los últimos meses, y lo único a lo que me dedicaba era a martirizarme por mis errores. Y ese era el verdadero error. Estaba arruinando mi vida porque estaba cagado de miedo: miedo a que nadie pudiera comprenderme. Miedo a que la imagen que el mundo había proyectado acerca de mí, se desmoronara por los rincones más oscuros y solitarios del infierno. Miedo a que mi familia pusiera la misma mirada que puse yo cuando lo descubrí.

Me sentía juzgado desde todas las perspectivas. Por eso prefería estar en mi habitación encerrado, mirando la calle por las grietas de mi persiana, y refugiando mis lágrimas envuelto entre las sábanas que conocían todos mis secretos.

La terrible voz de mi mente no cesaba, llevaba más de tres meses riéndose de mí, y aún sonaba igual que el primer día. Me insultaba y me recordaba continuamente la fatídica noche en la que perdí las riendas de mi vida. Y es verdad, estaba perdiendo mi vida, pero no por esa noche, sino por culpa de la forma en la que reaccioné. Tenía VIH, no sida; pero para mí era lo mismo, al menos en ese momento.

Solo quería esperar a que la muerte me arrastrara a la inhóspita oscuridad. Que el hedor del miedo se llevara mis lágrimas a su mundo. Solo quería poder dejar de llorar... Poder volver a sonreír y sentir que la felicidad aún era una opción posible. ¿Cómo iba a sonreír un seropositivo?

¿Recordáis la sensación de caer en un sueño? Esa era mi sensación todo el rato. La caída era infinita y la ansiedad crecía por segundos. No había nada a lo que pudiera agarrarme. Veía a la gente que amaba desde la boca de un pozo y se quedaban ahí, mirándome. No podían hacer nada. Me golpeaba contra las paredes rocosas y perdía sus miradas en la travesía. A veces intentaba agarrarme a un pedrusco sobresaliente, pero lo único que conseguía era sangrar más mis heridas magulladas. Tenía el alma desangrada. Normal, estaba roto.

Cuando me miraba al espejo tenía la sensación de ver lo podrido que estaba por dentro. Lo podrido que había estado siempre. Tantos años construyendo una fachada espléndida olvidándome absolutamente de lo más importante: el interior. Si hubiera pensado así hace muchos años, no me hubiera subido a lo alto de la montaña y me hubiera precipitado a una velocidad hiriente contra las rocas que acabaron con mi vida.

Y otra vez a llorar.

¿Quieres dejar de hacerlo, estúpido?

Dadme unos segundos, por favor...

...Se me hace tan difícil recordar... Tenía VIH, no una enfermedad mortal que fuera a destruirme. Podía haber tenido la vida que siempre quise, perfectamente. Pero no estaba preparado, no tenía la suficiente información... y solo hallaba ira en todos mis intentos de tranquilizarme. Odiaba a Sarita, la odiaba por encima de todo.

Qué mierda vivir del «ojalá». Ese fue uno de los grandes motivos por los que me suicidé. Estaba cansado de vivir del «ojalá». Desde que supe que tenía VIH fui tomando malas decisiones, cada una peor que la anterior. En mis propios pasos iba manchando de sangre viscosa el camino de mi vida. Quizá si se lo hubiera contado a mis padres... o a mis amigos... si le hubiera dicho algo a alguien, podría haber encontrado la ayuda que tanto necesitaba.

Mis padres se estaban volviendo locos. No entendían mi situación. Lógico, no les había contado nada. Y si por un casual intentaban hablar conmigo, los trataba con desprecio. No era solo mi vida la que estaba arruinando, sino también la de mis seres queridos. Pobrecita mi madre, cómo sufría con mis desprecios... Estaba rompiendo el matrimonio de mis creadores, lo sabía, y me daba igual. Todo me daba igual. Era un egoísta insaciable que se alimentaba del dolor de los demás. Bueno, que fingía alimentarse... en verdad, todo se sumaba a modo de carga pesada a mi conciencia, de forma indirecta. Escuchaba a mi hermana pequeña tocar mi puerta todas las mañanas. La ignoraba, y cuando tocaba de más le gritaba con crueldad.

Había pasado una semana desde que me diagnosticaron la enfermedad. Los médicos intentaron ser simpáticos y darme mil consejos. Me decían que podía tener una vida normal si tomaba la medicación correctamente, y me mantenía en revisión constante para que se cercioraran de que mi carga viral era indetectable. Ojalá les hubiera hecho caso. Ojalá hubiera ido a las reuniones de VIH que hacían dos veces a la semana. Ojalá hubiera tenido el valor de afrontar el problema, hablar con mis padres, y salvar mi vida cuando aún estaba a tiempo. Pero como ya os dije antes, no somos dioses, y los «ojalá» no sirven una mierda.

Mi madre golpeó la puerta de mi habitación durante más de un minuto.

—¿Qué quieres? No te das cuenta de que no me apetece hablar contigo — le grité.

—Marcos, tienes una visita —me dijo con ganas de llorar.

—No quiero hablar con nadie. Dile a Álex que se marche —volví a gritar. Esta vez con más fuerza.

—No se trata de Álex, es otra persona la que quiere hablar contigo — contestó mi madre intentando convencerme.

Y cuando escuché su voz, una ira insaciable de venganza se apoderó de mí.

## La visita de la chica triste

—No soy Álex, soy Sarita —dijo la voz de la muerte.

¿Cómo se atrevía a visitarme? La iba a matar con mis propias manos: como se atreviera a abrir la puerta de mi habitación me lanzaría a por ella y la despojaría de su belleza. ¿Pero cómo podía tener el valor de venir a mi casa después de condenar mi vida?

La puerta se entreabrió lentamente. Yo me levanté airado. Estaba decidido a matarla. Pasó primero un pie, y después con celeridad entró el resto, en un segundo. Cerró la puerta quedándose apoyada en ella. Yo me quedé frente a sus ojos, paralizado, invadido de cólera. Con sentimientos contrapuestos, dispersos e inestables. Sus ojos verdes parecían cantar una canción sobre la pena. Los míos sobre la muerte. Juntos creaban el guion perfecto de un drama de amor. Pero no había nada de amor en nosotros. Tan solo éramos dos extraños en el lugar equivocado.

—Tú no tienes derecho a sentir pena. Has arruinado mi vida, mi futuro —grité mientras arrojaba un puñetazo a la pared. La sangre manchó la pintura verde. Ella arrojó un suspiro enorme y comenzó a llorar como si fuera una nube en el peor de los inviernos.

Si hubiera sabido un poco más de su historia no la habría tratado así. ¡Qué idiota! Sarita no era el monstruo que yo creía. Os puedo asegurar que había mucho más de eso en mí, que en ella. No os podéis imaginar ni por un momento las cosas tan atroces que había vivido esa niña de mirada verde. Era un ángel caído; pero en ese momento no era capaz de verlo: la odiaba.

—Ojalá hubieras muerto en cuarto de la ESO, cuando tuviste el accidente por las escaleras y estuviste en coma casi dos semanas. —Menuda burrada solté. No lo pensaba realmente, pero quería hacerle daño, tenía que vaciar mi cuerpo de la oscuridad vil que lo recorría.

Si hubierais visto la mirada tan derrotada que me echó, podrías entender lo que significa sentirse como una auténtica mierda recién pisada.

—Oja... ojalá, hu... uu... biera muerto aquel día —decía sollozando—. Ojalá me hubiera caído por las escaleras como conté a todo el mundo. —Levantó su mirada. Tenía los ojos rojos, el rímel corrido, y la cara ahogada en lágrimas —. Ojalá mi padre no me hubiera violado esa noche, ni me hubiera golpeado con el bate de béisbol en la nuca. Ojalá mi padre no me hubiera transmitido el VIH.

Me quedé conmovido. ¿Quién iba a decir que la chica perfecta era una sombra torturada? No sabemos nada de la vida de los demás, pero nos encanta abrir sus puertas, inventarnos sus historias, y juzgarlas con el don de nuestra verdad universal. Sí, Sarita tenía unos pechos preciosos. Pero hubiera deseado otra vida. El físico no significaba nada para ella. El físico solo la había prejugado aún más. Bueno... eso no era culpa del físico, eso era culpa de nosotros, las personas, que somos medio gilipollas.

—¿Tu padre? —pregunté asombrado.

—Mi padre es un monstruo. Y ojalá solo hubiera sido esa vez. Cada vez que llega borracho entra directamente a mi habitación. Yo solo cierro los ojos y me digo a mí misma que va a pasar rápido. Cierro los ojos y siento cómo entra, cómo entra y sale. Me siento sucia y con ganas de gritar, de llorar, de matarlo. — Las lágrimas eran imparable. Yo avancé hacia ella. Sentí que debía darle un abrazo. Pero no fui capaz. Ojalá hubiera sido capaz. Eso lo habría cambiado todo. Seguro que sí. Pero fui tan idiota, una vez más, de no hacerlo. Di un paso atrás y volví a mirar con cara de furia.

—¿Crees que me das pena? ¿Esa era tu venganza...? ¿Trasmitir tu enfermedad a todo el mundo? Existen tratamientos para evitar propagarlo... No puedes justificar lo que has hecho. Solo puedo odiarte.

Ella sollozó con más fuerza. ¡Qué pena! Pero no podía hacérselo saber. ¿Quién iba a sentir pena por mí?

—Mi padre me tiraba las pastillas. No me dejaba hacer el tratamiento. Y llegó un punto en el que ya todo me daba igual. Pero te juro que no quería contagiarte. Nunca lo había hecho antes. Pero ese día estaba tan cabreada... Y tan drogada que no pude ser consciente de lo que hacía. Ni tan siquiera sabía que eras tú al que me estaba tirando.

Y aquí es donde empezó todo, el cúmulo de cagadas que vinieron después de que me diagnosticaran como seropositivo. Nunca debí decirle esas palabras a una persona tan depresiva como Sarita. Una pobre chica violada, maltratada y humillada por el obsceno de su padre.

—Te lo vuelvo a repetir. No me creo nada de lo que dices. Ni una sola palabra. Eres una puta. Quiero que te marches de mi casa, y que nunca más vuelvas a aparecer por aquí... La próxima vez no podré evitar ahogarte con mis propias manos. —Mis ojos estaban al borde del colapso, por ellos brotaba un río de odio, que se clavaba en los suyos con malquerencia.

Sarita salió corriendo, con el dolor más activo que nunca. Y es que, cuando te hacen daño a ti, se puede aguantar, pero cuando haces daño a alguien sin querer, y eres una persona de buen corazón, ese dolor es imperdonable. Sarita me había pegado el VIH, y eso no se lo podía perdonar. Eso le dolía más que las

violaciones en la noche, y que los golpes continuos. Ella tenía mi mirada de odio clavada en sus pensamientos; y eso no lo pudo aguantar. Así que cumplió con lo que le pedí, y desapareció...

Bueno...

Más o menos desapareció.

Desapareció lo suficiente para no volver a aparecer en el mundo real.

Pero entonces, se mudó a vivir a otro sitio, a un sitio mucho más peligroso para mí. Se mudó a mi cabeza.

Y lo único que guardó en su maleta, fue la soga en la que metió su cabeza para desaparecer, la soga que llevaba escrita mi nombre: Marcos Ruiz.

## **La tercera mujer de los ojos verdes**

Y mientras un niño, que se convertía en sombra, lloraba con veintidós años en la soledad de su habitación por pensar que había condenado a una joven a morir, otra, con los ojos también verdes, muchos años después de ese día, seguía atemorizada de enfrentarse a su cuerpo, porque enfrentarse a su cuerpo significaba enfrentarse a la verdad. Y la verdad le dolía más que todas esas heridas que no quería mirar. Porque la verdad podía recordarle cosas que no se veían a simple vista. Cosas que habían hecho que una chica de ojos verdes, no pudiera sonreír como hacía el resto de chicas a las que veía, de pie, petrificada, frente a la ventana.

Y era el temor a esas cosas, lo que hacía que una chica cerrara los ojos cuando pasaba por un espejo, que tirara el móvil cuando se veía reflejada, o que incluso se pusiera un gorro y una bufanda dentro de su casa, y que lo único que quedara visible fueran esos ojos verdes parecidos a una esmeralda, y corrompidos por la quemadura de un cigarrillo.

La tercera mujer de los ojos verdes, odiaba a la primera mujer de ojos verdes, porque si ella no hubiera aparecido ese día, el hombre de los ojos verdes habría hecho lo que tenía que hacer, y ella no hubiera sufrido las consecuencias de que al final no lo hiciera.

Y así es cómo algo tan pequeño como el aleteo de una mariposa, en una última instancia, puede causar un huracán al otro lado del mundo. Un huracán como que un hombre con los ojos verdes, acabara saltando al vacío, chocándose contra unas rocas que parecían reírse de él.

## Yo era un asesino

No podía evitar sentir que yo la había matado. Obvio que no, no había sido solo yo, pero estaba claro, y era innegable, que había contribuido a ello. Tenía mi edad. El pelo rubio y los ojos verdes. El culo más bonito del mundo y la cara perfecta. Sabía que estaba totalmente enamorado de ella. Se lo había confesado mil veces, y en todas las ocasiones me había ignorado. Quizá debería haberlo pillado a la primera, y haberla dejado de acosar. Quizá merecía que me contagiara el VIH... «¡Marcos, no digas tonterías!», pude oír la voz de mi madre resonar... mi pobre madre... Pero bueno, ese capítulo lo dejamos para más adelante.

Esa tarde salí de casa, por primera vez en una semana.

No chillé a mis padres, e incluso sonreí discretamente a mi hermana pequeña. Salí a correr pues necesitaba despejarme, aclarar mis ideas.

Esa mañana tomé por primera vez la pastilla. Iba a cumplir con el tratamiento. Mi vida aún no estaba acabada. ¿Qué raro, no? Ahora que me sentía culpable de la muerte de una persona, me disponía a «empezar» a cuidarme. Pues sí, lo hice por miedo, otra vez por miedo. Ojalá lo hubiera hecho por seguridad, por amor propio, por autoestima... Pero no, lo hice por miedo. Por miedo a convertirme en Sarita. Por miedo a que llegara el día en el que solo deseara morirme. Y fíjate, que al final ese día llegó: aún recuerdo cuando miraba al vacío desde la montaña y se veían las rocas amenazadoras. El viento chocaba contra mi cara, y de pronto, «plaf», un fuerte crujido, y los sesos reventados. La sangre esparcida por las rocas, y mi vida acabada en los confines de la naturaleza. Menudo final, y yo que pensaba que iba a ser un héroe.

Hice lo que hice, porque en el fondo de mi corazón, sabía que yo maté a esa niña. Yo era un asesino —y si no ya lo veréis más adelante—, y la única manera de sanar mi corazón era desaparecer como hizo ella. Aunque claro, lo que todavía no sabéis, son las otras cosas. Las otras cosas que hice, y que junto a esa que ya sabéis, me empujaron a saltar, a comprobar si con casi cincuenta y tres años, había aprendido a volar.

## ¿Sarita?

Fui a correr por los límites de la ciudad. Durante horas y horas. Bueno, también andaba, he de reconocerlo. Veía en bucle toda mi vida pasar, y la vida de Sarita. Tenía que haberla ayudado cuando vino a casa desolada. Ella podía haberse salvado. Podía haberla salvado. Estaba solo. En un parque y rodeado de maleza. Me tumbé en la arena húmeda de la lluvia del día anterior y... y comencé a llorar. Todo lo que no había llorado hasta ahora. Me rebozaba por la arena y sentía cómo las piedras atacaban mi cuerpo llenándolo de cortes. La arena incluso se introducía en mis ojos. Pero no me importaba. No me importaba el dolor físico. Es más, lo añoraba. Sé que sueno como un loco, pero el dolor físico me hacía olvidar el dolor interior. Ese dolor era persistente como una pesadilla y doloroso como un cuchillo eterno y puntiagudo.

Agarraba la tierra con mis manos y la lanzaba furioso hasta esparcirse en el aire de mis recuerdos: «Sarita, tendría que haberte salvado la vida. Me quedé quieto, mirándote y condenándote».

La noche acechaba. Yo seguía arrojado en el suelo sin ganas de levantarme. Había pasado las últimas horas tragándome la tierra sucia. Y parecía que aún iba a seguir ahí durante algún tiempo más. Parecía... hasta que escuché una rama crujir con el pisar de alguien desconocido. Miré a la derecha, después a la izquierda. No había nadie. Y otra vez. Me levanté. Miré de nuevo a todas las direcciones. Pero seguía sin ver nada. Y otra vez el maldito crujir. ¿Quién me estaba persiguiendo? Fijé un poco más la vista y pude verla. Era una chica rubia, como Sarita. Corrió rápida hacia las profundidades del parque. Salí corriendo detrás de ella... ¿Quién se creía para asustarme? Traté de encontrarla, pero no resultó. Había desaparecido como si fuera un fantasma... ¿Me estaba volviendo loco?

Y ahí, es cuando sentí que Sarita seguía viviendo dentro de mí. Me imaginaba su cabeza colgada de la soga, y se me ponía el vello de punta. Y entonces, me hice una pregunta: ¿Y si estuviera viva? Era una pregunta absurda, mañana iba a ser su entierro, íbamos a ver su cuerpo ser enterrado. Sarita estaba muerta, solo que mi cabeza la seguía manteniendo viva, porque si mi cabeza aceptaba que Sarita había muerto, me iban a dar ganas de morirme a mí también. Y no sería la primera vez que se me pasaba por la cabeza una locura de tal calibre. Entonces Sarita me chilló una cosa en el oído: «deja de jugar».



## Las preguntas

Volví a casa como si fuera un cerdo, con las ropas harapientas y la cara mugrienta. No pude detener lo inevitable.

—¿Dónde has estado todo el día? —preguntó mi madre muy enfadada.

Era lógico. Todo el día fuera de casa, sin dar una explicación, y llegando de madrugada con las ropas estropeadas. Creo que cualquier madre normal se preocuparía.

—He estado con Álex. Hemos ido al parque. Un partido de fútbol, como en los viejos tiempos —contesté intentando sonar convincente. Pero no fue así. Además, mi madre me cortó la mentira rápidamente.

—He hablado con Álex. Ha estado en casa todo el día. Puedes decirme algo real y creíble. Me tienes en un mar de nervios. Tu padre no sabe qué hacer contigo. Y todo esto lo está pagando tu hermana pequeña. Dime qué has hecho: ¿Una chica? ¿Drogas? ¿Qué está pasando, Marcos? —Le temblaba la mano y la voz. Tenía los ojos contenidos. Y lo peor de todo: olía a tabaco.

Y digo lo peor de todo, porque tras graves problemas en el pasado, le quedó terminantemente prohibido fumar. Y ahí estábamos, una madre que no sabía llegar a su hijo adolescente, y un hijo que estaba empujando a su madre a una sogá parecida a la que empujó a Sarita.

No podía simplemente mirarla y decirle la verdad. No quería hacerlo. ¿Cómo se lo iba a tomar? Pensaría que era un perverso. Que me gusta ir follando por la vida sin protección con cualquier persona. No podía aceptar eso de mi madre.

Estaba nervioso. No me quedaban más lágrimas, las había dejado todas en el parque embarradas por estiércol de algún perro.

—Es una chica. Pero no quiero hablar de esto ahora. Dame tiempo, se me pasará —le dije con mucha convicción. Aguantando la compostura y evitando derrumbarme.

—¿Es por Sarita? —Y el nombre volvió a resonar con olor a muerte. Yo la había matado. Era tan culpable como el perverso de su padre.

«Deja de jugar, Marcos», volvió a decir su voz, su dulce voz.

Solo la miré, con los ojos compungidos y me subí a la habitación con velocidad. Me tumbé en la cama manchándola de tierra y cerré los ojos mugrientos.

Pensé en la chica rubia que vi en el parque. ¿Quién era? ¿Por qué me estaba siguiendo? Y entre tantos pensamientos sin respuesta me quedé dormido. Y me quedé dormido, porque en cierto modo, no quería contestarme a esa pregunta que parecía tener un nombre que me ponía los pelos de punta.

## El entierro

Tocaba despedir a Sarita ante todo el mundo. El mundo que no la conocía. Tomé mi pastilla, por segunda vez. Y acudí con ropas negras, como el resto de gente. Cuando llegué, pude sentir rabia al ver a su padre llorando. Maldito pervertido. Ojalá fuera él, el que estuviera muerto. Me calmé. Tenía que guardar la compostura. Se me olvidó que Álex y Ana también acudirían. Se acercaron disimuladamente y se pusieron junto a mí.

—¿Cuándo pensabas dar señales de vida? —preguntó Álex.

Tenía que reconocer que también tenía rencor hacía Álex, y su estúpido afán por las drogas. Es cierto que no me obligó nadie a tomarlas esa noche. Pero me insistió, iba borracho, y perdí el control de mi cuerpo. Sí, suena patético que intentara echarle las culpas a Álex de lo que hice, pero en ese momento lo sentía así.

En los últimos días había reflexionado mucho sobre él. Os diré una cosa, Álex no era una buena persona. Álex había hecho daño a mucha gente, y yo sentía que me había dejado arrastrar por él. Había permitido que insultara, ofendiera e incluso pegara a los más débiles, había sido el ejemplo de abusón en toda regla. Y Ana y yo, habíamos sido peores que él. ¿Sabéis por qué? Porque habíamos dejado que lo hiciera, y después le habíamos sonreído sin más. Y eso es peor todavía que hacerlo.

—Algunos tenemos cosas más importantes que pasarnos la vida entre botellas y pastillas —le dije a modo de pulla.

Pero Álex no se calló. Cómo se iba a callar... Álex no sabía cerrar la boca.

—Es mejor pasarse los días encerrado en tu habitación... ¿Crees que no sé qué pasó algo entre tú y Sarita?

Y cuando dijo eso, pensé en que había descubierto, que yo tenía, tenía —empecé a temblar—, tenía VIH.

—Marcos, somos tus amigos... puedes confiar en nosotros —dijo Ana. Y lo volví a pensar. Ojalá me hubiera quedado en la biblioteca estudiando con Ana ese día. Seguramente todo hubiera ido mejor.

—Lo que pasara entre Sarita, las drogas y yo es asunto nuestro. No quiero hablar con vosotros —dije sintiendo cómo mi alma se partía en dos.

—Está bien. Huye, como siempre has hecho. Eso se te da genial —dijo Álex golpeando mis emociones. Y qué razón tenía. ¿Cuándo iba a dejar de huir?

—. Pero algún día tendrás que volver, porque no creo que puedas ser feliz sin saber la verdad de lo que pasó esa noche.

¿De qué hablaba? ¿Qué verdad tenía que saber? Yo recordaba todo lo que pasó esa noche. O al menos eso es lo que creía. Luego me di cuenta de que no. Pero cuando me di cuenta ya era demasiado tarde, porque Álex ya no estaba, y ya no me lo iba a contar. Y quizá, si me lo hubiera contado en ese momento, todo hubiera salido de otra forma.

## El entierro (2)

Había asistido medio instituto. Putos hipócritas. Casi todo el mundo criticaba a Sarita. Y ahora todos fingían echarla de menos. Pero así era la gente, eso es algo que no ha cambiado a lo largo del tiempo, y que no creo que cambie. Incluso os diría que cada vez aumenta un poco más. Nos encanta criticar a las espaldas y sonreír después. Todos ellos irían a sus casas entre emociones llenas de pena, y seguramente escribirían un post en Facebook diciendo lo importante que era Sarita para ellos... ¿Si era tan importante por qué nadie la ayudó? Supongo que esa pregunta preferían evitarla.

Y ahí, recibiendo el pésame de todos, y resaltado entre la gente, estaba el padre de Sarita, el hombre que arruinó su vida, y que la condenó al peor de los infiernos. Cómo se atrevía a estar ahí. Me daban ganas de golpearlo. De matarlo, de acabar con él, tal como hizo con su hija... Si alguien más supiera las atrocidades que hizo ese hombre gordo, estaría camino a una cárcel para ser condenado por sus abusos... Cómo era posible que nadie se hubiera enterado de nada... ¡demonios, qué rabia!

Yo tampoco tenía derecho a estar ahí... Al fin y al cabo, fui el detonante que provocó su muerte. Es así. Y aunque cualquier persona pudiera comprenderme, y pudiera decirme que no fue mi culpa, todos sabríamos que esa persona no estaría siendo sincera. Fue culpa mía, claro que lo fue. Sus ojos colapsados y la marca del cuello... No tenía que haberse ahorcado en su habitación.

Yo la amaba... Fantaseaba con que un día tendríamos una oportunidad. La idolatraba. Pensaréis que decía tonterías, y así era, cómo iba a estar enamorado de una persona desconocida... Yo solo estaba enamorado de la imagen que mi mente había proyectado de esa chica magullada. O mejor dicho, de la imagen que otras personas habían proyectado en mí de Sarita.

Y entre tantos pensamientos la volví a ver. Observaba desde lo lejos con su melena rubia resaltada por el brillo del tornasol. Era parecida a Sarita. ¿Acaso era ella? ¿Un fantasma? Parecía estar escondida bajo una niebla temerosa. Me aparté discretamente del resto y salí tras ella. Quizás, si no me hubiera fijado en ese detalle, y hubiera continuado mi camino, si no hubiera tenido la curiosidad de averiguar lo que Sarita quería decirme, entonces, seguramente, no habría hecho lo que hice.



## La curiosidad mató al gato que tenía cuatro brazos y cuatro piernas

Necesitaba pedirle perdón. Quizá era por eso por lo que seguía vigilándome. Me acerqué discretamente. Y en cuanto se dio cuenta salió corriendo como si fuera una ráfaga de viento. Yo la perseguí. Necesitaba hablar con ella. No podía encontrar la calma si no lo hacía. Empezó a esconderse entre las tumbas, y yo con ella. Salió del cementerio y se introdujo en el parque del día anterior. Y de nuevo, yo con ella. Seguimos recorriendo los árboles que cada vez se veían más peligrosos. Atravesamos el parque y llegamos a un pequeño solar lleno de tierra y nada más.

«Nuestro solar». Volvió a interrumpirme su voz. Era insoportable saber que Sarita vivía en mis pensamientos.

Al fondo un muro cerraba el paso, no había salida. Sarita se había quedado encerrada en su propio camino. «¿Podría un fantasma volar o atravesar los muros?», me pregunté a mí mismo. Me estaba volviendo loco, esa era la respuesta que no quería escuchar. Me acerqué a ella. Con un poco de miedo.

—¿Sarita? —le pregunté con duda.

Ella se giró con lentitud. Estaba asustada. Muy asustada.

—Soy Gina —dijo con la voz muy bajita.

No era Sarita. Se parecían un montón. Nunca había visto a esa persona ¿Por qué me perseguía? ¿Qué quería de mí? Ahora no entendía nada, y tenía tantas preguntas que me sentía de lo más agobiado.

—¿Gina? ¿Quién eres? ¿Por qué has estado persiguiéndome? —le pregunté con exigencia.

Ella dio un paso al frente. Se apartó varias lágrimas tímidas de sus ojos.

—Sarita me habló de ti. Me pidió que te vigilara, y que cuando llegara el momento te contara la verdad. Te hablara de su historia. De su vida desde que falleció su madre. —Ella se acercó aún más y fijó sus ojos en los míos. Y de nuevo me sentí como una mierda recién pisada.

—¿Y por qué piensas que quiero conocer su historia? ¿De qué sirve eso ahora? —pregunté de nuevo.

Ella se sentó en el terreno arenoso y me invitó a acompañarla.

—Tienes que conocer su historia, porque tú formabas parte de ella. —Reconozco que sentí mucho miedo cuando dijo eso... «¿Yo formaba parte de

ella?»—. Mañana a la misma hora en este lugar

—. Y en esa última frase se esfumó dejando mi mente llena de dudas y miedos. Y es que, chicos, esta historia había comenzado mucho antes de que yo lo supiera. Mucho antes del día en el que creí que comenzó todo. Y como os dije, si hubiera ignorado esta visita, quizá, y solo quizá, todo hubiera salido de otra forma, de una forma mucho mejor.

## **El chico de los ojos verdes y el coco de los ojos oscuros**

Y mientras todo eso pasó hace muchos años, en otro lugar un chico de ojos verdes, estaba sentado en el sofá mirando a una tele sin imagen, escuchando una música sin sonido, y recordando una historia que le ponía los pelos de punta. No porque fuera una historia de miedo, que también, sino porque era una historia real.

El chico, u hombre, no tenía muy claro quién estaba en su cuerpo ahora, recordaba las tardes en el cine con su mamá, comiendo palomitas del cubo grande, ese que es imposible de terminar. Comiendo palomitas del cubo grande y tirando palomitas al suelo, porque si algo era el chico de los ojos verdes, y eso lo sigue siendo, es ser patoso. El chico de los ojos verdes amaba a su mamá, porque su mamá siempre lo mimaba más que nadie. Porque su mamá era la que dormía con él cuando tenía pesadillas. Porque su mamá era la que lo defendía en el colegio de los que le querían pegar, de gente como Álex. Porque su mamá, a pesar de estar hasta el mismísimo de ver películas de dibujos, de ir al parque todos los días, de despertarse a las siete, porque era la hora a la que se abrían los ojos verdes, seguía haciéndolo todos los días, con su mejor sonrisa y su dulce voz. Porque era su niño, y lo quería un montón.

Lo que el niño de ojos verdes no sabía, era que un día el coco de ojos oscuros iba a llegar a casa para robarle a su mamá. Y cuando el coco, que el niño de ojos verdes pensaba que solo existía en las pesadillas, llegó a la vida real, los ojos verdes del niño empezaron a brillar como una esmeralda porque el niño se pasaba los días llorando.

El coco llegaba borracho, y golpeaba a su mamá.

El coco llegaba borracho, y violaba a su mamá.

El coco llegaba borracho, y entraba a la habitación del niño de ojos verdes, y entonces la mamá entraba corriendo también. Y eso era peor para la mamá. Porque la mamá gastaba demasiado dinero en maquillaje, y ya empezaba a ser muy descarado, y cuanto más dinero en maquillaje gastaba la mamá, menos dinero para satisfacer al coco había dentro de la casa. Y al final, todo parecía un ciclo vicioso que se agigantaba cada día un poco más. Y claro, el niño de los ojos verdes, empezó a ser el niño de los ojos tristes. Y eso, no le gustaba mucho.

## La sogá de Marcos

—Otra vez borracho. ¿Es esta tu nueva manera de vivir? —le gritaba mi madre a mi padre mientras aspiraba el humo de un cigarrillo.

Estaba nerviosa y con ganas de llorar. Ese día se había fumado al menos dos cajetillas. Ya os lo dije, estaba rompiendo mi familia.

Me sentía como si lentamente, fuera poniendo sobre ellos la misma sogá en la que Sarita metió su cabeza.

—Déjame en paz. Solo he salido un rato con los amigos. ¿Puedes dejar de controlarme? —le contestó dejando la peste a alcohol por toda la casa. ¡Uff! Yo llevaba sin beber desde ese día. Y el olor a ese líquido apestoso me revolvió la tripa.

Mis padres llevaban años en un tira y afloja: un dinero que nunca era suficiente, un trabajo que parecía robar muchas horas, y una mujer que se preguntaba que en qué momento había dejado de estar enamorada.

No era solo culpa mía; pero yo era el detonante. Desde esa noche me comportaba con ellos como si fuera un hijo salido del programa de Pedro Aguado. Mi madre había empezado a fumar como una posea. Pobre... Después de más de cinco años sin probarlo... Y mi padre había empezado a beber con asiduidad. Yo discutía con ellos, y ellos discutían entre sí. Y mi hermana, desde el hueco de las escaleras, lo observaba todo, con sus diez años. No merecía crecer así. Ninguno de ellos merecía nada de lo que les estaba pasando.

No me suicidé por tener VIH, sino por las circunstancias, sino por cómo cambió mi vida después de eso. Quiero decir con esto, que los problemas no son exactamente los que nos matan, sino la manera de afrontarlos. Dos personas pueden estar pasando por el mismo trágico periodo, pero cada una tendrá unas circunstancias, una personalidad... Quizás, y no quiero echarles la culpa a ellos, pero si mis padres hubieran discutido un poco menos, y me hubieran intentado escuchar un poco más, entonces seguramente hubiera podido acudir a ellos...

No sé si debería decir eso, me siento mal por hacerlo, parece que les culpo. Y me duele como si un cristal me rajara la cara desde la sien hasta la garganta. Me duele más que cuando reventé mis sesos desde lo alto de la montaña. Me duele porque los quería, y sé que ellos me amaban a mí; pero tampoco tenían un manual de cómo entender a su hijo adolescente. Y yo era muy difícil de entender. Pero... Recordaba... Recordaba a mi madre intentándolo, a

pesar de todo... Intentaba llegar hasta mí, pero yo era una puerta cerrada con el candado más grueso del mundo. Me había tragado la llave y la había sellado en la caja de mis sentimientos. Quería hacerlo; pero no podía. Y eso era peor que un nudo. Ojalá hubiera podido vivir sin huir. Ojalá hubiera podido tirar la soga sobre la que pendía todo mi mundo, y toda la gente en la que en algún momento de mi vida había amado.

Pero qué va.

La soga parecía tener vida propia, y cuanto más quería alejarme de ella, más cerca de mí estaba. Quizá era Sarita, que desde entonces vivía en mi cerebro.

«Acaba el juego de una maldita vez y déjame marcharme», volvió a decir su voz. ¿Qué juego? ¿De qué estaba hablando?

## La charla

A la mañana siguiente, me volví a tomar la pastilla. Había tenido un sueño, y me había visto feliz en él. Quizá todavía estaba a tiempo de quererme. Se me pasó por la cabeza la ligera idea de ir a una de esas charlas de VIH. Me daba vergüenza, pero algo dentro de mí me decía que era una buena idea.

Pasé por la habitación de mi hermana, le di los buenos días, y un beso en la cara. Ella me echó una sonrisa gratificante. Después bajé al patio e hice lo mismo con mi madre. Sus ojos verdes estaban tristes. Y ya se había fumado al menos cinco cigarros esa mañana. Me dolía verla así. No podía evitar sentirme culpable. Por eso tenía que ir a la charla... Tenía que poner de mi parte para salir del bache, y dejar de ser una carga pesada. Tenía que colaborar con mi familia, y volver a demostrarles que seguía siendo el mismo de siempre.

Qué positivo estaba esa mañana... ojalá siempre hubiera sido tan positivo... Luego me acordé de Gina. La chica de la otra noche. La misteriosa mujer que me perseguía, y que parecía saber todos mis secretos. Recordé que había quedado con ella cuando atardeciera en el mismo lugar de la última vez. Qué incógnita... Y ahí rememoré de nuevo a Sarita. Me agarré la cabeza con fuerza: ¡no puede ser! Había recordado algo de esa noche. ¿Por qué estaba Sarita gritando? ¿Qué había pasado? ¿Había alguien más con nosotros? Empecé a sentirme agobiado de nuevo. No podía hacer un montaje exacto. Tenía muchos agujeros negros. El grito se reproducía constantemente. El grito que la llevó a la sogá.

Iba caminando por la baldosa. Intentando dejar de pensar en ese efímero recuerdo. Centrándome en llegar al lugar que me habían indicado. Iba decidido a ir a una de esas charlas. Tenía dudas. Pero no iba a dejar que las dudas volvieran a decidir por mí; no hoy.

Lo cierto era que tenía miedo. Cómo iban a mirarme cuando les contara lo que hice esa noche. Pensarían que era un perverso. Seguro que sus historias eran más profundas que la mía... Y cuando me quise dar cuenta había llegado. Tenía los huevos casi en la garganta. Y unas ganas inmensas de salir corriendo. Supongo que pensaréis que me fui. Es lo que toca... pero increíblemente entré. Casi llorando, sudando y con una ansiedad que me empezaba a ahogar.

Había una mujer que organizaba la charla. Me invitó a sentarme a su lado. Y me dijo que no hacía falta que dijera nada si no quería, que escuchar también

era una buena opción, y que mucha gente prefería eso. Yo estaba tan nervioso que aunque hubiera querido hablar solo habría podido chapurrear frases sin sentido.

—Hoy me han dado los nuevos resultados. El médico me ha dicho que mi carga viral es indetectable. —Todo el mundo aplaudió—. Ha sido un proceso difícil para mí. Todos sabéis cómo llegué aquí, cagado de miedo, pensando que mi vida estaba arruinada. Todos me acogisteis sin juzgar y me disteis la oportunidad de descubrir que el VIH no mata; pero la sociedad sí. —Tenía la sensación de que ese chico podía ser mi «yo del futuro»; era una buena opción. Si él lo había superado, quizás yo también podía hacerlo. Todos aplaudieron sus palabras. Y cada uno de ellos empezó a hablar, a contar experiencias, y a decir lo feliz que se sentía. Yo también quería sentirme como ellos... Tenía derecho... Tenía derecho a sentirme como él, o como ella, o como el que se sentaba a mi derecha, o como el que se sentaba a mi izquierda. Bueno... como ese mejor no, que tenía algo en la mirada que no me gustaba nada, pero sin embargo, no podía dejar de mirarlo.

Y lo volví a mirar.

Y conforme la charla avanzaba, mis ojos volvían a clavarse en los suyos.

Y de pronto, él me miró también.

Sentí un escalofrío horripilante. De los que te ponen los pelos de punta. De los que te hacen salir corriendo.

Y en ese momento, tuve la sensación de conocerlo... Qué raro.

Cuando terminó la charla me sentía un poco extraño. Me había gustado escuchar que aún podía existir un camino para mí, al igual que existía para ellos. Pero... no sé.

Después se acercó Mara, la mujer que dirigía las reuniones, y me preguntó qué tal había estado. ¡Qué simpática era! Eso era porque no conocía mi historia con Sarita. Qué pesado soy... ¿Os dais cuenta de toda la importancia que le daba a la opinión de los demás? Tenía casi veintitrés años y parecía afectarme más la imagen que podía dar a los demás, que mis verdaderos problemas.

Y lo cierto era, que no estaba triste por tener VIH, estaba agobiado por la reacción de los demás a eso. Es patético. Y así me sentía, afligido, y condenado por mí mismo a ser un cobarde.

## Marcos el popular

Después se acercó a mí el chico que había estado sentado a mi izquierda, el chico que mis ojos habían mirado, a pesar de que les estaba ordenando que no lo hicieran. Se llamaba Francisco, aunque yo me acostumbré a llamarlo Fran. Era mayor que yo, tenía el pelo rubio y los ojos verdes. Menuda combinación.

—Eres Marcos. ¿Verdad? El amigo de Álex... —preguntó con curiosidad. Puto Álex, lo conocían en todos los lugares de la ciudad...

—Sí, soy Marcos. ¿Nos conocemos? —le pregunté. Mi cabeza pedía a gritos que dijera que no.

Él guardó silencio durante unos segundos. Y qué segundos... Se hicieron eternos.

—Erais los chicos más populares de toda la universidad... Claro que os conozco. Os conoce todo el mundo. —Y ahí estaba otra vez la bonita imagen que había proyectado al mundo durante mi adolescencia. Seguro que en el fondo pensaba que era un gilipollas más.

—Oye... Nadie sabe lo mío... quiero decir, nadie sabe que tengo VIH. Me gustaría que fuera un secreto —le dije asustado.

Él se quedó mirándome de nuevo, guardando ese maldito silencio que dejaba pasar entre mis palabras y las suyas. Me echó la mano por encima del hombro.

Se me hizo raro...

—No te preocupes. No te invitaré a una fiesta y radiaré por los micrófonos de toda mi casa que tienes VIH, como hicisteis conmigo. No colgaré carteles por la universidad como hicisteis conmigo. Tampoco pasaré tus fotos privadas por los grupos de WhatsApp. Yo sé lo duro que puede ser eso. —Se levantó la manga de la camiseta...

¡Joder! Menuda cicatriz. Sentí mucha pena... Podría haberse matado... Podríamos haberlo matado. Y entonces, me acordé bien de él. De esa fiesta. ¿Cómo podíamos ser tan gilipollas? Le jodimos la vida... Me acordé de los días en los que Álex se metía con él, en los que Álex le humillaba, le pegaba, le hundía la moral bajo las alcantarillas. Y era ahí, en lo más bajo, donde la mugre invadía todo el lugar, donde ese chico dejaba salir al niño para que pudiera llorar. Para que pudiera llorar un rato, sin que abusones como Álex lo vieran, y sin que personas sin opinión miraran, como Ana o yo.

¿Qué nivel de oscuridad tiene que recorrer la sangre de una persona para meterse en la bañera de su casa y rajarse las venas? Eso era bullying; no VIH. Y os lo vuelvo a repetir, el VIH no mata, somos nosotros. Siempre hemos sido nosotros.

Tenía ganas de llorar de nuevo. Francisco era uno de los frikis de clase. Lo conocimos en primero de carrera. Álex se enteró de que él tenía VIH... Bueno, lo sabía todo el mundo. Era un rumor que corrió como la pólvora por clase. Él no decía nada. Se sentaba al final, como todos los días. Tomaba apuntes y se pasaba la clase en silencio y solo; bueno, casi siempre estaba solo, otras veces hablaba con otra amiga suya que se llamaba Esmeralda, una ricachona, pija y malcriada que tampoco tenía amigos.

A veces, algunas personas se acercaban a él, e intentaban echarle un cable... Nosotros también debimos hacer eso. Sin embargo, lo único que se nos ocurrió fue putearle. Fue idea de Álex, pero no le paré los pies, aunque en mi cabeza sabía que no estaba bien lo que hacía. Tenía esperanzas de que no viniera, pero vino... ¿Por qué vino? Me sorprendió. Y cuando llegó la hora punta, con la mayoría de la gente borracha, y lejos de empatizar, una voz empezó a sonar por toda la casa. Hablaba del sidoso de Fran. Esa noche, por primera vez, se lo estaba pasando bien. Se reía. Y hablaba con algunos de ellos. ¿Sabéis cuánto duró la risa después de eso? No duró una mierda. ¿Cómo Álex podía haber sido tan idiota? ¿Cómo se lo podía haber permitido? Fran se marchó entre lágrimas, borracho, y en la mierda más profunda, acompañado de la mano de su amiga por conveniencia. Algunas personas intentaron arroparle. Por suerte, no todo el mundo se reía de la «broma» de Álex. No todo el mundo era como yo, que aunque no me hacía ni puta gracia, soltaba carcajadas que podían oírse al otro lado del mundo; toda mi reputación estaba en el punto de mira. Y eso, para un gilipollas como yo, era demasiado importante.

Me había costado reconocerlo cuando lo vi en la charla. Habían pasado tres años desde ese día. Tres años desde la última vez que lo vi. Había cambiado el aspecto, y ahora parecía ser otra persona.

Yo también quería ser otra persona. Y volví a mirarle la cicatriz. Y es que la idea de hacerlo me sedujo. Era un camino fácil para un cobarde como yo. Me pude imaginar metido en la bañera, con la sangre roja decorando la escena, y mi hermana pequeña gritando desde la puerta. ¿Qué clase de pensamiento era ese? No estaba muy bien de la chota... Eso seguro.

—Fran... Siento mucho lo que pasó esa noche. No estuvo bien. Nunca debí permitir que sucediera.

Y volvió a guardar silencio...

—Todo lo que pasó me hizo renacer con más fuerza. Y al final, cada uno

recibe lo que merece. La justicia en esta vida siempre acaba llegando, antes o después.

»Y mírate ahora, tus ojos son los ojos más tristes que nunca he visto... Espero que algún día puedas encontrar a la persona que llevas dentro, la persona que realmente eres. —Me había analizado en un momento. Me sentía completamente desnudo. ¿Podía encontrar todavía a ese niño que llevaba en el fondo de mi corazón?

Y ahí se marchó, dejando la sugerencia en el aire. Ojalá me hubiera mantenido tan positivo como esa mañana. ¿Por qué todo el maldito mundo llegaba para irse entre preguntas extrañas? ¿A cuánta gente le había arruinado la vida sin saberlo? ¿Serían estas las consecuencias del karma?

Pero ahí, todavía era un ingenuo, y no me daba cuenta del lugar al que, sin querer, estaba accediendo. Un lugar peor que la muerte, y si no ya lo veréis.

## La chica misteriosa

Miré el reloj, y recordé que tenía una cosa que hacer antes de que culminara el día. Había quedado con Gina, la chica misteriosa, en el mismo lugar del día anterior. Iba cansado emocionalmente. Y no tenía muchas ganas de rodeos. Así que lo iba a hacer. Iba a preguntarle que quién era, y qué sabía acerca de mi vida.

Llegué al solar de tierra, y me senté en la arena, manchando mis pantalones, y sintiendo una pequeña ráfaga de aire tímido chocar contra mis ojos, y llevarse las lágrimas que asomaban.

—Has venido... —dijo su voz aguda. La voz de la chica misteriosa.

—Es hora de que me cuentes la verdad. Quiero saber quién eres... Y por qué Sarita te pidió que me persiguieras.

Ella se sentó junto a mí. Con la cara pálida, y los ojos verdes llenos de brillo. Se quitó la capucha y sintió el viento chocar tanto como lo sentía yo. Pasó la yema de sus dedos por las bolsas de mis ojos, y me apartó suavemente las pocas lágrimas que me quedaban.

—Tienes que vaciar los recuerdos amargos. Tienes que sanar tu alma. Puedo sentir cómo los demonios brotan dentro de ti... Se alimentan de tus emociones como si fueran buitres... Has hecho cosas malas, pero no eres un mal chico. —Y otro análisis. ¿Por qué todo el mundo me veía por dentro? Pero qué razón tenía. Sentía como si los demonios me mordieran a bocaditos pequeños cada parte de mi corazón.

—Necesito tener la conciencia tranquila. Necesito poder superar esto, y seguir adelante...

—Sarita también lo necesitaba —me interrumpió de manera cortante—. Pero tú, yo, y otras personas más, nos aparecimos en su vida, la señalamos con el dedo, la llenamos de esperanzas, y finalmente la matamos. Nosotros matamos a Sarita.

¿Nosotros? ¿Qué tenía que ver ella en todo esto? ¿Por qué iba a ser culpable de la muerte de la que había sido el amor de mi adolescencia?

—Tú no tienes la culpa. Solo su padre... Y yo... Mis últimas palabras la destrozaron. No tenía que haberle dicho las cosas que le dije. Si pudiera dar un paso atrás...

—No podemos hacer eso —volvió a interrumpir de forma cortante—. Tú, yo... Cometimos errores. Yo sé los tuyos, pero tú no sabes los míos. Yo también

tengo demonios que me comen cada trozo del corazón. Los siento, y no soy capaz de echarlos. Por eso te persigo... Creo que tú y yo podemos ayudarnos a matarlos.

¿Quién era ella para Sarita? ¿Por qué ella había contribuido en su muerte? Tenía muchas preguntas, más que cuando llegué. ¿Qué misteriosa era esa chica de cara pálida!

—¿Quién eres? —le pregunté. Directamente.

Ella se levantó del suelo. Miró su reloj. Supuse que se iba a marchar... pero no me había contado nada.

—Fui su novia. —Y se marchó, hasta el día siguiente, «supuestamente».

¿Su novia? ¿Sarita era lesbiana? ¿Cuántas cosas no sabía de ella? No sabía nada... ¿Cómo iba a tener novia la chica más potente de clase? Todos los tíos babeaban por ella. Muchas chicas decían que era una «calientapollas». Y ahí supe que los prejuicios eran la peor mierda del mundo.

## **La segunda mujer de ojos verdes y su conciencia**

Una segunda mujer de ojos verdes, que ya había dejado a su hijo en el colegio, que había despedido a su marido en la puerta, pensaba ahora en que jamás debió haber abandonado al chico de los ojos verdes.

Una segunda mujer de ojos verdes, pensaba ahora en el miedo, en el miedo que la manejaba, y en lo fácil que era siempre marcharse. Lo que no sabía es que, tarde o temprano, la conciencia —su amiga o enemiga, no estaba clara cuál era su postura—, iba a estallar, y a recordarle a la mujer, o quizás ahora niña, de ojos verdes, lo mal que se portó aquel día.

Y ella sabía, ahora, demasiado tarde, que si ese día se hubiera quedado, la primera mujer de ojos verdes no tendría que haber impedido al chico de ojos verdes hacer lo que iba a hacer esa tarde, y por consiguiente, la tercera mujer de ojos verdes, seguramente no tendría todas esas cicatrices, tanto externas como internas, a las que le daba miedo enfrentarse.

Y por eso, sola en casa, con un marido que cuando llegaba no se daba cuenta de nada, y con un hijo que era muy pequeño para darse cuenta de los problemas reales, se puso a gritar.

Y cuando gritó, también lloró. Porque eran sus lágrimas las que gritaban, las que se clavaban en el corazón de la segunda mujer de ojos verdes, que ahora también brillaban como si fueran esmeraldas.

Entonces volvió a replantearse que aunque era tarde, aún podía ser lo suficientemente temprano para poder significar algo. Y que volver, aunque hayan pasado tantos años, podría implicar pausar una oscuridad, que casi ya había cubierto al chico de los ojos verdes.

Y a lo mejor, si lo hacía ya, en este momento, no solo iluminaría la vida, hasta ahora humedecida de recuerdos pinchosos, de ese chico de ojos verdes, sino que también, a lo mejor conseguiría que la tercera mujer de ojos verdes se enfrentara a las cicatrices que podían matarla.

## Un sueño con una verdad escondida

Fui directamente al baño. Cerré la puerta con sigilo, no quería que nadie me escuchara. Menuda situación... Había cogido un cuchillo de la cocina. Colocado mi equipo de música encima del lavabo con la canción que siempre me hacía llorar. Y lo siento por Scorpions, pero *Still loving you* era esa canción. Abrí el grifo. El agua salía ardiendo, y el vaho empezó a empañar el espejo. Metí un pie, y después el otro. ¡Cómo quemaba!

Estaba totalmente desnudo sintiendo una sensación de locura y pena. Pero era lo mejor... Si no iba a saber cuidar de mí, por lo menos aún podía dejar a los demás cuidar sus vidas. Seguro que mi madre dejaría de fumar de nuevo, mi padre pararía de beber, y mi hermana volvería a recuperar la normalidad de sus diez años. Pensé en la cicatriz de Fran. ¿Cuántas historias habría detrás de ella? ¿Cómo serían? ¿Qué pensamientos lo habrían abrazado en el momento definitivo? Me daba curiosidad saberlo.

Yo solo sentía ganas de acabar, de inhibirme fácilmente, sin explicaciones, ahorrándome el otro camino. El camino que me estaba destrozando. Hundí el cuchillo bajo el agua. Después lo saqué y lo miré fijamente con los ojos. Levanté la mano contraria y lo puncé un poco sobre la yema de mi dedo índice. Brotó la primera gota de sangre que empapó la bañera. «Mi sangre envenenada», pensé. Luego apreté un poco más, y cayeron las siguientes gotas. Mi cuerpo estaba rojo, casi quemado, del agua caliente. La bañera estaba a punto de desbordarse. Cerré el grifo. Tumbé la cabeza hacía atrás. Pensé en Sarita, en su historia a medias. Me daba miedo conocer la verdad. Pensé en Gina, la novia fantasma, la chica misteriosa... Y después en mis padres.

Sé que iba a ser duro para ellos. Pero sería una gota grande que los ahogaría de repente. Después, con el paso del tiempo, recuperarían la normalidad. Era mejor así, que ir matándolos lentamente con mis problemas. Pensé en mi hermana, y en que ya no la vería crecer. No volvería a contarle un cuento, ni a picarme con ella porque cantaba mejor que yo. Iba a destrozar a mi familia, pero no quería que a ella la conocieran por ser la hermana del sidoso. ¡NO! Ella merecía algo más.

Las lágrimas eran incontrolables y llenaban la bañera de más agua. La canción en bucle seguía sonando y transportaba mis pensamientos por todos los rincones oscuros y secretos de mi mente: me vi feliz con diez años, en el circo

del pueblo, echándome una foto con el elefante de mentira que echaba agua por su trompa. Me vi feliz cuando jugaba en la calle con mis amigos a «policías y ladrones». ¿En qué momento me olvidé de divertirme de verdad? Y lo supe, claro que lo supe, todo cambió después de conocer a Álex. Abandoné a mis amigos de siempre, y lo cambié todo por ser popular, como él. Y así me fue, desde los dieciocho años mi vida cayó como si fuera un globo sin aire. Y aún caía más ahora que el globo se había pinchado. Era la cosecha de lo que había cultivado durante los últimos años. Por eso tenía que hacerlo. Tenía que tener la fuerza y el coraje para cortarme las venas. Tragué saliva. Volví a mirar el cuchillo. Y lo hice. Primero un brazo con fuerza. Sentía cómo la piel se abría, y cómo de ella salían los demonios que habían estado acosándome sin piedad. Suspiraba ahogando el dolor. Después el otro brazo. La sangre se ahogaba en la bañera. Sería cuestión de minutos que se acabara. Minutos para volver a ser libre. Era todo lo que soñaba. Volver a nacer. Volver a tener una oportunidad para sentir que aún podía convertirme en la persona que era antes de entrar a la universidad. Ya casi estaba listo. Mis ojos se entrecerraban. Y cuando los volví a abrir la vi frente a mí. Tenía la cara pálida, y los ojos llenos de sangre. ¿Qué hacía ahí Sarita? ¿Por qué me miraba así? Me tenía que dejar ir. O mejor dicho, tenía que marcharse de mi cerebro.

—Eres un cobarde, Marcos Ruiz. Tienes una familia que te ama. Tienes gente que te brinda su apoyo. ¿Por qué marcharte cuando puedes estar feliz? Si yo hubiera tenido una familia como la tuya, me habría levantado cada mañana feliz y sonriente... Acepta lo que eres. Y entonces, te sentirás libre, libre de verdad. Rompe el juego, rompe el maldito juego.

Ella no tenía derecho a decirme nada. Se había ido. Se había inhibido dejando una bomba en mi vida. ¿Cómo podía pensar que yo podía ser feliz? Tenía el recuerdo de su mirada, la mirada que tenía el último día que la vi con vida. Tenía el recuerdo de sus ojos verdes destruidos... Y tenía el recuerdo, aún más hiriente, de mis palabras empujándola a la soga sobre la que se ahorcó. Tenía razón Gina, nosotros entramos a su vida, sin pedir permiso, y la condenamos.

Y entonces, Sarita se abalanzó sobre mí, y me metió debajo del agua. Del agua llena de sangre.

Y entre la sangre, podía sentir cómo mis demonios nadaban a mi lado, cabreados porque los estaba abandonando. Y cuando ya casi había vaciado mi cuerpo de mi sangre envenenada, apareció alguien que lo cambió todo.

## Mi bichito

La puerta de mi habitación sonó con estruendo. Mi hermana se arrojó encima de mí, y me despertó de la pesadilla tan real en la que había estado sumido esa noche. Cuando abrí los ojos, aún dudaba de la veracidad de que estuviera vivo. Suspiré profundo. ¿Por qué había soñado con eso? Desde que vi la cicatriz de Fran, me había obsesionado con ella. Me estaba volviendo loco. Tenía que matar a mis demonios antes de que ellos me mataran a mí. Aún pensaba que podía matarlos... ¡Qué idiota!

Érika era una hermana cariñosa, estudiosa, simpática y guapa. Y no os lo digo porque fuera mi hermana. Os lo digo porque era la verdad. Y esa verdad debería haberse mantenido siempre. ¡Siempre! Creo que pensar en ella es una de las cosas que más me destroza. Era su hermano mayor, tenía que haberla cuidado y protegido. Cómo pude permitir que... que... hiciera lo que hizo. ¿Cómo pude dejarla sola, atrapada en el laberinto de sus peligros?

¿Sabéis por qué me gusta comparar tanto la vida con el VIH? Porque es una de las enfermedades más juzgadas por la gente. La gente se cree con el don de poder levantar el dedo, y poder opinar de lo que le da la gana. Por eso la vida es un VIH constante. Todos y cada uno de vosotros, habéis sido juzgados en algún momento. Tú has llorado por culpa de otros... Seguro que has sido la «gorda» de una historia. O el «maricón», «granudo», «puta», y podría deciros trescientos adjetivos más. Pero vosotros los conocéis bien. Vuestras lágrimas los conocen bien. Incluso, lamentablemente, habréis sido causantes de algunos de ellos.

Somos humanos...

Somos gilipollas.

¿Cómo me iba a imaginar que la gente empezaría a cuchichear sobre mi hermana...? Era yo el raro, no ella. ¿Por qué tenían que preguntarle sobre mí? Seguro que eso era cosa de Álex. Cómo estaba aborreciendo ese nombre. Algún día lo mataría. Qué violento... Si hubiera matado a todos los que juré matar, creo que hubiera necesitado otra vida para poder acabar. Pero bueno, es lo que pasa, cuando pasa el tiempo. Ahí tenía casi veintitrés años, y mi visión de la vida era otra completamente diferente...

Bajé a desayunar con mi hermana. Mi madre, como de costumbre, se encontraba tosiendo mientras exhalaba el humo de un cigarro. Si solo hubiera

sido uno... Pero cada día fumaba con más ganas. Tenía que pararla. Pero... ¿cómo iba a hacerlo?, si no tenía fuerzas ni para controlar mi vida.

Acompañé a mi hermana a clase. Vi cómo mi padre se bajaba del coche con el traje desarreglado. Apestaba a alcohol. Esa era la realidad continua de mi familia. Aceleré el ritmo. No quería escuchar el grito de mi madre alzarse sobre mi hermana. Iba a contárselo. Iba a decirles la verdad. Aún podía salvar sus vidas. Y la mía. Cuando volviera de la charla lo haría. Estaba totalmente convencido.

—Marcos, ¿estás bien? —preguntó Érika con inocencia. Qué ternura me dio escuchar esas palabras. Pobre angelito de diez años. ¿Qué hacía preocupándose por mí?

—Estoy muy bien, bichito —le contesté conteniéndome las lágrimas. La despedí en la puerta de clase. Y salió corriendo lanzándome una última sonrisa.

Y entonces, dejé que se escapara alguna, porque si no dejaba que se escaparan me iban a doler los ojos luego...

## La última charla

Avancé rápido hacia mi segunda charla. Necesitaba absorber un poco de las historias de mis iguales para poder llegar a sentirme fuerte para lo que iba a hacer. Mara sonrió, simpática, como la primera vez, y me invitó a sentarme, esta vez junto a Fran.

—Hola, ojos tristes —me dijo.

No me gustaba que me llamara así. Yo no tenía los ojos tristes... Bueno, pensaba que no los tenía.

—Hola, Fran. Ojalá algún día pueda ser tan fuerte como tú —le dije. Y le volví a mirar la marca de su brazo. Recordé ligeramente la pesadilla de esa noche. Me estremecí, y lejos de sentir miedo, sentí curiosidad. Me estaba volviendo loco.

Se quedó mirándome unos segundos. Siempre hacía lo mismo. ¿Por qué?

—Podríamos tomar algo mañana. Pasear por Madrid Río. Solía venirme bien hacer eso. —Me había propuesto un plan. Me pareció correcto. Claro que sí. Lo acepté. Fran era un buen amigo, no como Álex. En ese momento pensaba eso, porque en ese momento seguía siendo un poco tonto, y no me daba cuenta de lo que había detrás de la mirada de las personas, detrás de la mirada de Fran.

Mara nos contó que su padre había sido ingresado y que por esa razón no había podido asistir a la reunión. El padre de Mara tenía SIDA. Se lo detectaron cuando ya estaba muy avanzado. Aun así luchaba por seguir con vida. Era un ejemplo de hombre coraje, nada que ver conmigo.

Ese día iba a hablar. Iba a contarles un poco mi historia. Por primera vez iba a hacer público el recuerdo de esa noche traumática que no recordaba con claridad. Lo que no sabía era que, en esa reunión, iba a descubrir algo que lejos de ayudarme, me empujó a cumplir con el sueño que tuve esa mañana.

## El bloqueo

—Me llamo Marcos Ruiz. Tengo veintidós años, y hace casi tres semanas que me diagnosticaron como seropositivo. Cuando me dijeron que tenía el virus de la inmunodeficiencia humana pensé que mi vida se había acabado. Sentí como si un cristal lamido, infectado y peligroso me atravesara el corazón de arriba abajo, de izquierda a derecha. Como si me encontrara en medio de dos muros que avanzaban rápidamente hacía mí —empecé a llorar. Como siempre, mostrando el chico joven y débil que era—. Lo primero que pensé fue en ocultarlo, y junto a eso, ocultarme a mí. Esconderme entre las paredes de mi habitación, y esperar a que la muerte me acogiera en sus brazos. No quería ver a mis padres, ni a mis amigos; nadie iba a ser bien recibido en mi habitación cargada de ira.

Todos me escuchaban con especial interés. Fran me miraba clavando continuamente su mirada. Podía escuchar su voz volver a llamarme «ojos tristes».

—Ese día habíamos bebido. Nos acabábamos de graduar, y Álex daba una fiesta de la hostia. Fue media universidad. Y allí vi a Sarita. La chica de la que llevaba enamorado todo el curso. Tomamos drogas. Después Sarita y yo entramos a una habitación solos. Con más drogas. Sarita era mi debilidad. Estaba desnuda, y yo no podía resistirme al placer de su cuerpo. Tuvimos sexo. No puedo recordar muy bien cómo fue ni qué pasó.

Y volví a recordar. Me dio un fuerte dolor de cabeza. Y me eché las manos a mis oídos.

—¿Por qué gritas, Sarita? ¿Quién eres tú?

Todo el mundo empezó a mirarme extrañado. Fran seguía con esa mirada tan penetrante... Me desnudaba. Y ese pensamiento... Ese recuerdo: Sarita y yo no estábamos en la habitación donde habíamos empezado a follar. Alguien nos había cambiado de sitio. ¿Álex? ¿Era cosa suya? ¿Quién estaba detrás de todo eso? Estábamos en un sótano sucio y lleno de cajas. Sarita gritaba y yo estaba junto a ella. La estaba abrazando. ¿Por qué gritaba? ¿Qué había visto? Y en ese momento, Mara rompió mis pensamientos. De mi nariz emanaba un hilillo de sangre, y mi cuerpo se hallaba al borde de un ataque de epilepsia.

Yo quería compartir mi historia. ¿Cómo iba a hacerlo, sin tan siquiera recordar bien lo que pasó? Quizás tendría que hablar con Álex, y enfrentarme a él. Aún recuerdo sus palabras, y su mirada, el día del entierro de Sarita. Álex

tenía que saber algo... Solo él podía estar detrás de algo tan macabro. Pero ya era demasiado tarde, algo dentro de mí lo sabía.

Esa noche no tuve ganas de volver a encontrarme con Gina. No fui al lugar al que habíamos quedado. Había vagado por las solitarias calles de mi barrio, y atravesado el parque de la Solidaridad en todas sus direcciones. En mi mente rondaba la promesa que me había hecho a mí mismo ese día. La promesa de contarles a mis padres la verdad. Por mi hermana. Tenía que hacerlo...

## El momento de la verdad

¿Cómo iba a ser feliz con tantos problemas? Solo tenía ansiedad... y más ansiedad. Volví a pensar en la cicatriz de Fran. Sería un camino fácil. Era tentador. Era incluso atractivo a su modo. Mandarlo todo a la mierda. Suspiré, y me dije que ¡NO! Que por una vez iba a hacer las cosas bien. Así que fui a casa, decidido a decirles a mi padre y a mi madre que su perfecto hijo tenía VIH. Y que había sido responsable, en cierto modo, de la muerte de una chica que parecía no tener ganas de seguir viviendo.

Cuando llegué estaba todo totalmente en silencio. Mi madre se encontraba cocinando en la cocina, y todo estaba muy ordenado. Subí a mi cuarto. Dejé la mochila. Mi padre salía de la ducha. Me hizo ilusión ver que estaba en casa. También pude observar a mi hermana tumbada sobre su cama leyendo un libro del colegio. Se respiraba paz, todos estaban en calma. Todos menos yo. Iba a provocar una catástrofe que rompería el silencio de la forma más horrible que podía existir. Iba a sacar de nuevo la soga que llevaba días guardada.

Dudé. Pero de nuevo, conseguí disipar mis pensamientos negativos.

Ese día, me sentía orgulloso de mí. Esperé a que fuera el momento de cenar. Mi madre nos llamó a todos, y mi hermana y yo bajamos juntos.

—Mamá, papá, tengo una cosa que decirlos —dije con el semblante serio.

Mi hermana me miró extrañada. Mi padre miró a mi madre. Y mi madre tosió con picor.

—Marcos, tu padre y yo también tenemos algo importante que decirlos a ti y a tu hermana. —Eso sí que no me hizo nada de gracia. Sonó serio y peligroso. Y así fue. Mi madre no solía andarse por las ramas. Mi hermana y yo los miramos con los ojos abiertos como platos.

—Tu madre y yo, hemos decidido divorciarnos —dijo mi padre.

Era mi culpa. Estaba jodiendo la vida de todas las personas que me querían. Eran casi treinta años juntos. ¿Cómo iban a superar eso? Mi padre bebiendo como loco, y mi madre fumando como una posesa. Los había condenado. Igual que condené a Fran. Igual que condené a Sarita. Igual que había condenado a mi hermana Érika. Ojalá me hubiera suicidado antes. Ojalá nunca hubiera nacido. Así me sentía. Y como podéis imaginar, al final no les conté nada. Ya suficiente fue lo que ellos contaron... Ya suficiente fue ver cómo la soga se paseaba saltando por los cuellos de cada uno de ellos, y en cada

parada me guiñaba un ojo.

¿Recordáis el sueño que os conté? Cuando me metía a la bañera con un cuchillo y me cortaba las venas. Pues es lo que hice esa noche.

## **La primera mujer de ojos verdes y su corazón hecho añicos**

La primera mujer de ojos verdes, recordaba perfectamente cuando aquel chico, hace muchos años, se rajó las venas en la bañera de su casa.

Ahora, acostada sobre su cama, seguía intentando entender, analizando las figuras que formaban las grietas del techo, por qué hizo lo que hizo. Ella sabía que si hubiera sido un poco menos vengativa, y no hubiera acumulado tanto odio dentro de su corazón, podría haber hecho que todo cuanto pasó, años atrás, y todo cuanto fuera a pasar ahora, se desarrollase de otro modo.

Pero al igual que le pasaba a la segunda mujer de los ojos verdes, sentía que ya era demasiado tarde. O quizá solo se decía eso, para justificar que seguía siendo una cobarde.

Lo que pasaba en realidad, es que el corazón de la primera mujer de los ojos verdes estaba hecho añicos. Y estaba hecho añicos porque le habían robado a la persona que amaba. Y cuando te roban a la persona que amas pues solo puedes reaccionar de dos maneras: bien o mal. Y la primera mujer de ojos verdes era impulsiva, y solía siempre actuar mal. Y a veces, actuaba tan mal, que hasta que no pasaban las cosas no se daba cuenta de lo lejos que había llegado.

Y claro, las cosas que pasaron hace ya muchos años, después de que Marcos se intentara suicidar por primera vez, fueron consecuencia de una primera chica de ojos verdes, que no fue capaz de irse antes de que fuera demasiado tarde.

## Renacer

Cuando abrí los ojos lo primero que vi fue la mirada de mi madre clavada en mí con preocupación. Las sondas de la nariz chocaban en mi cara. La habitación era blanca. Y el «*pi pi pi pi*» continuo no cesaba. ¿No había muerto? ¿Qué había hecho mal? ¿Dónde me encontraba? Ni para suicidarme valía. Estaba desubicado. Era un hospital. Tenía los brazos vendados. Aún recordaba los cortes que me hice. ¿Me quedaría una cicatriz tan profunda como la de Fran? Mi madre se abalanzó suavemente sobre mí, con las lágrimas en los ojos, y dando gracias a Dios.

—Mi pequeño. Menos mal que has despertado —me decía sollozando.

Me di cuenta rápidamente de que sus ropas olían a cigarrillo. Y junto a eso, recordé mi vida, la vida de la que quería huir: Sarita, Álex, Gina, Fran... Los nombres sonaban por mi cabeza, daban vueltas y se zambullían en el centro de mi cerebro.

—Hola, mamá —dije asustado.

Ella se apartó. Acarició mi rostro y me preguntó lo inevitable:

—¿Por qué hiciste eso?

Menuda pregunta... ¿Qué le podía contestar a la mujer que me había dado la vida? No creo que ese momento fuera el más indicado para decirle la verdad. Así que le dije que no lo sabía. Y guardé silencio. Ella se sintió culpable. Se culpaba por habernos dicho que se iba a divorciar. Se culpaba porque habiendo estado en casa casi todo el tiempo, no se había dado cuenta de que su hijo estaba cubierto por una sombra tan oscura como la noche. Y eso, era lo que hacía que una mujer que no podía fumar, porque el médico ya le había dado advertencias sobre ello, fumara ahora casi cuatro veces más que antes. Y eso, es lo que hacía que un padre se pasara la mayor parte del tiempo en un bar, porque no quería aceptar que su mujer había dejado de amarle, y que su hijo había empezado a odiarlo.

Yo solo quería dejarles en paz. Dejarles retomar sus vidas. Y sin embargo, ahí seguía, jodiéndoselas aún más, a mí y a ellos. Con la soga un poco más apretada que antes. Con su burla aún más evidente.

Si hubiera cogido unas tijeras a tiempo...

—Prométeme que nunca volverás a hacer algo así. Tienes una hermana que te idolatra. Se ha pasado las dos últimas semanas preguntando por ti. No

culpes a ella de nuestros errores como padres. —Y a mitad de frase se puso a toser. Sonaba como si tuviera agujas en la garganta.

Tenía que cuidar de ella. Llevaba razón mi madre. Mi hermana, mi bichito, no merecía pagar por mis errores.

No me quería imaginar lo duró que tuvo que ser para ella esa noche. Primero escuchó que nuestros padres se iban a divorciar, y después me encontró hundido en la bañera, bajo mi sangre envenenada. Debí asegurarme de que ella no presenciara esa escena. Seguro que tuvo terribles pesadillas después de eso.

¿Se habrían enterado ya Álex y el resto de que casi acabo con mi vida? Seguro que andarían bromeando sobre mí. Eso se les daba muy bien.

—Marcos, si hay algo que necesites contarme, sabes que debes hacerlo. Soy tu madre, y mientras esté viva, te guste o no, eres mi responsabilidad. —Me lo estaba poniendo en bandeja. Solo tenía que exhalar la palabra VIH. Pero ahora me encontraba muy débil.

Los médicos no dejaron a mi madre quedarse mucho tiempo más. Yo estaba en observación.

## El surgir de la locura

A la mañana siguiente recibí la visita de mi amigo Fran.

—Buenos días, ojos tristes, ¿qué tal te encuentras? —me dijo con mucha empatía. Él había estado exactamente en el mismo lugar en el que yo estaba hoy. Parecía feliz. Yo también podía conseguir serlo.

—Buenos días, Fran. Me alegra que hayas venido. Creo que eres la única persona en la que puedo confiar. Eres la única persona que conoce todos mis secretos.

Eso era verdad. Fran era como mi alma gemela. Ambos habíamos sido juzgados por el mismo ojo crítico, y ambos habíamos cometido errores que recorrerían nuestra mente para el resto de nuestra vida.

Se quedó parado, observándome. Me analizaba como si estuviera realizando un estudio sobre mí.

—Sabía que tenías los ojos tristes por una razón: eres un barco sin rumbo. Una hoja sin rama. Una botella vacía. Eres el silencio de un piano abandonado. La cara oculta del dolor. Eres una sonrisa apagada. Una nube sin agua. Eres un pájaro sin alas, una tormenta sin truenos, un corazón sin latido. Eres una sombra sin forma... Marcos Ruiz, eres la persona más triste que he conocido en toda mi vida.

¿Cómo podía decirme eso? Tenía razón, me sentía como si fuera un barco en medio del mar. Las olas eran terroríficas y el agua me daba auténtico miedo. No se avistaba nada en los confines del infinito. Estaba solo. El barco empezaba a romperse y caía al agua llena de tiburones. Todos paseaban a mi alrededor. Se acercaban a mí pero no llegaban a mordirme. Las olas me hundían hasta el fondo, y me sacaban cuando estaba a punto de ahogarme. La tortura no cesaba. Y la muerte parecía reírse de mí.

¿Era por eso por lo que no me pude suicidar? Era una metáfora... Pero en ese momento no sabía verla. Los tiburones, las olas... Solo eran elementos que representaban los problemas de mi vida. El barco que se rompía era mi presente. Y yo solo sabía ahogarme y dejarme maltratar por mis miedos. Debí afrontarlos, si lo hubiera hecho... Aún seguiría vivo. Todos conocéis el final de esta historia. Todos ya sabéis que subí hasta el mirador de la Casa de Campo, y que desde ahí me arrojé brutalmente contra las rocas. Finalmente, uno de esos tiburones se cansó de darme oportunidades, y clavó su mirada en mí, y me arrebató aquello

que no había sabido valorar, me arrebató la vida.

—Dime cómo puedo quitarme la pena. Necesito recuperar las riendas de mi mundo. Volver a sentirme libre... Volver a sonreír —le dije con la esperanza de que pudiera ayudarme.

Se sentó en la cama. Acarició mi cara con sus manos. Sentí el anhelo de alguien que podía entenderme. Y tuve ganas de llorar.

—No puedo resolver ese misterio. Creo que esa es tu función en la vida. Tienes que descubrir los enigmas de tu mente. Debes hallar la respuesta en ti. Cada persona tiene sus respuestas. Y tus ojos piden a gritos resolverlas. Tienes que liberarte de tus demonios. —Todo el mundo me decía lo de los demonios. Mi interior parecía el rincón del pecado, el lugar en el que se reproducían como cucarachas. ¿Cómo podía echarlos de ahí? Eran una molestia constante.

—¿Cómo los mataste tú? ¿Cómo lo superaste? —le pregunté con ganas de conocer un poco su historia. En verdad no sabía nada de la vida de Fran.

Volvió a tomarse uno de sus largos silencios. Clavó su mirada en mí. Volvió a acariciar mis mejillas.

—Vengándome —me contestó.

¿Vengándose? ¿Qué había hecho para vengarse? ¿A qué se refería?

—¿Cómo te vengaste? ¿Qué tengo que hacer para vengarme yo también? —le pregunté.

Respiró profundamente. Se puso de pie. Agachó la mirada, y me volvió a mirar.

—Si te lo cuento... Tendrás que guardar este secreto para siempre. Si dices algo a alguien de lo que te voy a contar, tendré que matarte. —Sus ojos se habían abierto como platos, y de repente me dio la sensación de hablar con un maniaco. Dudé de si quería saber esa verdad. Pero la curiosidad me podía.

—Quiero saberlo. Puedes confiar en mí —le dije.

—Fue hace cinco días. Supe que sus padres se iban de vacaciones. Su mejor amiga estaba fuera de la ciudad. Y tú estabas en coma. Debo reconocer que el destino también me echó un cable. Él se encontraba fumando hierba. Estaba bastante colocado. Me colé en su finca con una máscara de cerdito. Entré en su habitación y lo golpeé con un palo de béisbol. Después lo até a una silla, en su propio sótano. Me quité la máscara de cerdito, y mostré mi rostro. Quería que me viera. Si vieras cómo gritaba tu amigo Álex... —Lo miré asustado ¿Qué había hecho?

—¿Qué has hecho? —le pregunté con el corazón acelerado.

—Marcos, tenía que hacerlo. Él no se arrepentía de haberme hecho daño. Tenía su voz hablándome todos los días. Debía matarlo. Solo así podría librarme de mis demonios. Tienes que entenderme. Yo te entiendo a ti. Después cogí el

cuchillo que había guardado en el primer cajón de su coqueta, se lo clavé en los ojos, y después le corté el cuello. Dejé su cabeza colgada sobre la ventana. Álex ya no podía hacerme daño, ya no podía hacernos daño. Lo hice por los dos, por ti y por mí. —Mi amigo Fran estaba completamente loco. Ahora sentía miedo. Sus ojos me miraban como si lo estuviera decepcionando.

—No diré nada. Te lo prometo. —Se acercó a mí. Con lentitud, con sus ojos fuera de las órbitas. Pensé que me iba a matar.

—Seremos amigos para siempre. Tú y yo nos conocemos bien. Conocemos todos nuestros secretos —me dijo mientras me daba un abrazo. Sentí un escalofrío de lo más impactante.

Había matado a Álex... ¿Cómo podía descubrir ahora la verdad de lo que pasó esa noche? ¿Cómo iba a saber quién se encontraba junto a mí y a Sarita? Y joder... Le había cortado la cabeza y colgado sobre la ventana de una de las habitaciones. Fran estaba completamente loco, y yo era cómplice de un asesinato atroz. Mi vida era cada día peor. Debí haber muerto en la bañera.

Y esta vez, cuando le vi los ojos verdes, pude saber que estaba loco. Ahora ya tenía ese poder, el de analizar a la gente, pero ya era tarde para tenerlo, porque él ya había entrado en mi vida, y yo ya no sabía cómo alejarlo de mí. De hecho, creo que conseguí todo lo contrario.

## Rabia

Al día siguiente recibí otra visita. La chica misteriosa, la novia fantasma. ¿Qué hacía ahí? Habíamos quedado en vernos exclusivamente en el solar de tierra.

—Me prometiste que volverías a la noche siguiente —me dijo enfadada.

—Como puedes ver... Me surgieron otros planes —le contesté con sarcasmo.

—Íbamos a ayudarnos mutuamente. Íbamos a matar a nuestros demonios juntos. —Y otra vez la palabra «demonios». No me apetecía recordarla. Me estremecía saber lo que mi amigo Fran había hecho con el gilipollas de Álex.

—Yo no puedo ayudarte con eso. Tengo que pasar página, no quiero saber nada más sobre ti, ni sobre Sarita, ni sobre Álex, ni sobre nadie. Tengo que recuperar mi vida. Mi familia, y mis estudios. Después de esto, estudiaré el máster para el que me había preparado.

Ojalá hubiera cumplido esas palabras, y hubiera sido capaz de olvidarme de todo lo demás. Todo lo demás estaba lleno de mierda. Y no me apetecía seguir viviendo en la mierda.

—¿Sabes por qué tú formabas parte de la vida de Sarita?

—He dicho que no quiero saber nada más. ¡Vete! ¡Cállate!

—Eres un maldito acosador. Te pasaste todo el instituto y la universidad acosándola. Mandándole cartas. Persiguiéndola hasta su casa. ¿No te acuerdas? El loco de su padre no recibió bien eso. Y cada vez que tocabas el timbre de su casa, o cada vez que le dejabas una puta carta en el buzón, su padre la castigaba. Le llegaste a mandar hasta diez cartas en una semana. Sarita nunca estuvo enamorada de ti. Nunca quiso tener nada contigo. ¿Quién te creías para insistir y seguir insistiendo? ¿Crees que ser un hombre te daba ese privilegio?

Yo nunca había sido consciente de eso. Me dejaba llevar por Álex. Él me decía que tenía que seguir insistiendo, y que algún día lo conseguiría. Le regalé flores, cartas, joyas... Ella me rechazaba, me gritaba, me pedía que la dejara en paz. Tenía razón, ¿por qué coño no paré? Me daba celos pensar que podía estar con otros... Yo quería que Sarita se enamorara de mí. No sabemos aceptar un «no», creemos que podemos insistir e insistir, sin que haya consecuencias. Y mira si hubo, que la pobre se suicidó con veintidós años, y todo por mi culpa.

—Te dije que no quería saberlo. —Las lágrimas escurrían por la sábana del hospital.

Gina se acercó aún más.

—Sé que no eras consciente de nada. No te juzgo, pero tienes que saber la verdad, para poder perdonarte. Marcharte o hacer como que nada ha pasado, no te va a ayudar a recuperar tu felicidad. Tenemos que aceptar lo que somos, y lo que hemos hecho, para poder ser quien queremos ser realmente.

—¿Y tú qué le hiciste? ¿Por qué consideras que eres tan culpable como yo? —le dije, aún con las pupilas dilatadas.

—Yo fui la última persona que la vio con vida. Fui la última conversación en el infierno de las palabras. Fui el último trago de aire en su mundo. Fui la mecha que estalló la bomba. Fui el impulso que la empujó a la soga sobre la que renunció a seguir viviendo. —Ella también comenzó a llorar.

Y comenzó a retirarse. ¿Por qué? Ahora iba a saber la verdad. Ahora ya no quería que se fuera. Necesitaba terminar de escuchar la historia.

—¿Por qué te marchas? —le dije

Resonó el sonido de sus pasos por la habitación.

—Aún no estás preparado para saber lo que hice. Y las cosas que tú también hiciste pero que aún no te he contado. Recupérate, y coge fuerzas, esta historia las requiere. Algún día nos volveremos a ver, Marcos Ruiz.

**EL  
SEGUNDO  
SUICIDIO  
DE  
MARCOS RUIZ**

El segundo suicidio es un camino entre la desesperación y la pérdida del ánimo. Ya no crees en nada, la vida te empieza a dar igual, y el hecho de morir no te produce remordimientos. Eres un cristal pegado con pegamento fuerte, que se rompe constantemente, y que está preparado para ser arrojado a la basura.

## Ocho años después

Habían pasado ocho años desde la primera vez que me intenté suicidar. Ahora tenía treinta. Y mi vida, imaginaos, había cambiado radicalmente. Os preguntaréis que por qué he hecho este salto temporal. Fácil, todo lo que os tengo que contar sobre lo que pasó cuando tenía veintidós años continúa aquí.

Desde que me marché del hospital no volví a ver ni a Gina, ni a Fran. Me alejé de ellos, y de todo lo que tenía que ver con ese mundo lleno de oscuridad que me atosigaba. Lo reduje todo lo que pude.

Aun así, os tengo que contar algunas cosas importantes que me sucedieron a lo largo de esos años.

Ahora vivíamos solo con mi madre. Nos habíamos mudado a Getafe. Habíamos perdido el contacto con nuestro padre. Lo último que supimos de él, es que se pasaba las noches en el bar del Paquito. Había perdido su trabajo, y poco más que decir. Intenté ayudarlo en varias ocasiones pero no se dejó. Una noche volví a ir al bar del Paquito y ya no lo encontré. Pregunté dentro y me dijeron que llevaba semanas sin venir. Intenté saber de él. Usé todos los métodos que tenía a mi disposición pero se lo había tragado la tierra como si no existiera.

En cuanto a mi madre... había mantenido su adicción a los cigarrillos, y seguía fumando sin límites. Además, ahora tomaba ciertas pastillas que le recetó el médico para la depresión. Se pasaba todos los días en casa, con la cara angustiada y poco más... estos últimos años habían sido trágicos para toda mi familia. Sobre todo cuando le diagnosticaron el cáncer de pulmón a mi madre. Era inevitable, se pasaba el día aspirando humo. Bueno, si solo fuera humo...

Habían pasado un par de años desde que le diagnosticaron el cáncer. Los pronósticos no eran favorables. Había superado la tasa de supervivencia y se mantenía en un estado crítico. También había abandonado el tratamiento y se encontraba en la habitación oculta tras las sábanas. Solo la molestaba para subirle el desayuno y las comidas. Su rostro era impactante para mí. Nunca se está preparado para algo así.

La que más pena me daba era Érika.

Mi hermana había caído en picado en cuanto a su rendimiento, y en cuanto a su manera de vivir la vida. Tenía dieciocho años, un padre borracho, un hermano suicida, y una madre con cáncer, imaginaos el panorama; ¿cómo iba a

comportarse como una chica normal? Había repetido en más de dos ocasiones, y se enfrentaba al último año de instituto. Si no aprobaba... la expulsarían; pues ya era mayor de edad. Muchas veces salía por la puerta el jueves y no volvía a casa hasta el lunes por la noche. Recuerdo lo dulce y cariñosa que era de pequeña. Ahora solo sabía ser arisca y violenta. ¿En qué momento le robé las ilusiones a mi familia? Si no había cogido otra vez el cuchillo y me había rajado el brazo de nuevo, era por ellas, porque a mi fatídico modo de hacer las cosas, no quería abandonarlas...

Pero yo estaba destrozado, roto, aplastado en el suelo más abrasador que se podía imaginar. Mis relaciones sociales habían dejado de existir, y me pasaba el día solo frente al televisor. Había dejado de tomarme la medicación, y había entregado mi vida a la suerte del destino. Podía notar que cuando tenía una gripe, mis dolencias eran mayores que antes. El virus de la inmunodeficiencia humana avanzaba sin pausa en mi cuerpo. Pero no me importaba, me daba igual morir.

Mi familia seguía ajena al conocimiento de mi enfermedad. En general, el mundo estaba ajeno.

Después de marcharme de Fuenlabrada, dejé de asistir a las charlas, y me distancié de toda ayuda que pudiera brindarme el mundo. Ya estaba cansado de eso. Alguien como yo no merecía ser ayudado por nadie.

A veces pienso que era demasiado duro conmigo mismo, pero la vida había sido dura para mí. En cierto modo por mis errores, pero también por las circunstancias.

Cuando salí del hospital, estaba destrozado. Gina me había dicho que la culpa de la muerte de Sarita había sido mía, no por mis últimas palabras, sino por haberla acosado durante años. Fran me había confesado haber matado a Álex. Es cierto que Álex no me caía bien. ¿Pero matarlo? ¿Contármelo? Tenía mil cosas en la cabeza, mil cosas en las que pensar, mil cosas sobre las que reflexionar... Mi cabeza iba a estallar. Por eso convencí a mi madre para marcharnos de la ciudad que lo originó todo. Pensaba que si me iba, podría empezar de nuevo. Os juro que lo intenté. Intenté reiniciar. Pero como me dijo Gina... Huir no mataría a mis demonios. Y cuando pensé en mis demonios me acordé de Fran, y de sus consejos. Quizás la manera de matar a mis demonios era matando al padre de Sarita; si vengaba su muerte, entonces podría sentirme en paz conmigo mismo. Se me pasaba por la cabeza en muchas ocasiones, pero nunca hacía nada, nunca me movía del sofá en el que me pasaba las horas sentado. En el que recordaba mi vida antes de que se cubriera por una capa de oscuridad sólida y persistente...

Aun así, os voy a confesar una cosa. Hubo un día, en el que me enfrenté al padre de Sarita. Y ese día, cuando lo vi, supe que solamente uno de los dos

podría salir vivo de allí, o tal vez ninguno.

## La amiga que perdí

Ese día tuve una visita que añoraba. La había estado esperando desde que me marché, y había perdido todas las esperanzas de que fuera a efectuarse.

—Hola Marcos, ¿cuántos años han pasado? —preguntó Ana dándome un fuerte abrazo.

Ana había sido mi mejor amiga de la universidad. También de Álex. La última vez que la vi fue en el entierro de Sarita. La vida no le había ido tan mal. Había terminado el máster de arquitectura, y se encontraba trabajando en una empresa reputada. Tenía una relación estable de más de tres años, y pronto se casaría. Me daba envidia. Era la vida que pensaba que iba a tener. Y volví a pensar que ojalá me hubiera quedado en la biblioteca estudiando la noche de la fiesta... ¿Cómo puede una decisión tener tantas consecuencias? Si no hubiera ido a esa fiesta, si no me hubiera acostado con Sarita no habría contraído el VIH, no me habría portado con mi familia como si fuera un cabrón, mi padre y mi madre no se habrían divorciado, y seguramente mi madre no tendría el cáncer que estaba acabando con su vida. Mi hermana habría seguido siendo tan buena estudiante como lo era antes de ese día, bajo el cariño de una familia unida. Tampoco habría conocido a Fran, y no le habría alentado sobre lo hijo de puta que seguía siendo Álex, y entonces, seguro que no lo habría matado. Tampoco habría gritado a Sarita esa noche, y quizás ella y Gina seguirían juntas, viviendo lejos del pervertido de su padre, y teniendo una oportunidad verdadera de ser felices. Fijaos bien en las consecuencias que tienen nuestros actos... Y todo por no haberme quedado en la puta biblioteca con Ana.

—Me alegro de que hayas podido cumplir todos tus sueños. Es lo que te mereces —le dije.

—Ay, Marcos —suspiró—. ¿En qué momento te olvidaste de quererte? Nunca llegué a entender por qué de la noche a la mañana, cambiaste radicalmente. Eras mi mejor amigo. Y un día ya no querías saber nada de mí. ¿Qué te ocurrió?

Ella tenía razón. Cuando me diagnosticaron como seropositivo, tanto ella como Álex me visitaron en varias ocasiones, y no les recibí. Los eché a gritos. ¿Cómo iban a entender nada? Y por primera vez lo dije, sin importarme nada.

—Me acosté con Sarita, y me contagié de una enfermedad de transmisión sexual: tengo VIH. Después de la fiesta en la finca de Álex, ocurrió. Por eso me

inhibí. No sabía qué decirlos, no sabía ni qué decirme a mí mismo.

Ana me miró sintiendo pena. Y eso era justo lo que quería evitar: esa maldita mirada de compasión. Ya era tarde para eso. No necesitaba que nadie tuviera compasión conmigo

—Tengo entendido que hay caminos y tratamientos para combatir esa enfermedad —dijo Ana intentando ayudarme. Pero llegaba ocho años tarde...

—Ana... Ha pasado mucho tiempo. Y me han pasado muchas cosas. Ya todo me da igual, no se puede volver atrás. He perdido la ilusión de vivir. Creo que si volviera a intentar cortarme las venas no saldría nada de mi piel.

A Ana no le gustaba mi manera de hablar. Le incomodaba; no sé qué esperaba encontrar.

—Deberías salir, apuntarte a alguna actividad. Tenemos treinta años... Aún puedes superar esto. Puedes contar conmigo para lo que quieras. Si lo hubiera sabido antes...

¿Apuntarme a alguna actividad? Qué tontería. Todo eso me la sudaba rotundamente. Menuda porquería de solución me ofrecía la que había sido mi mejor amiga. Llevaba ocho años viviendo en soledad. Unas simples palabras gratuitas y fáciles de decir, no iban a cambiar nada. Ella se iría a casa y continuaría su camino lleno de felicidad. Y yo cerraría la puerta de mi casa y volvería a las sombras del infierno.

—Ana, ¿por qué has venido?, ¿por qué ahora? —le pregunté cortante.

Había aprendido una cosa nueva: ya no me importaba tanto lo que pensarán los demás. Ahora era directo y frío. A veces, hasta un poco incómodo.

—Vine para invitarte a mi boda. Y...

—Y...

—Y a preguntarte si recuerdas a Álex. —Cómo no iba a recordarle. Más de lo que ella se imaginaba.

—Álex murió. Hay que dejar a los muertos en paz —le contesté.

—A Álex lo mataron a sangre fría —contestó cortante. Y en ese momento me di cuenta de una cosa que no había visto hasta ahora. Lo noté en su voz. Qué ciego había estado.

—Tú estabas enamorada de él. Siempre lo habías amado. Por eso lo aguantabas. Por eso preferías no acudir a las fiestas en las que se desataba con todas las chicas.

Ella respiró profundamente. Una lágrima fina recorrió su tez.

—Sí, lo amaba...

»Lo amaba como nunca amé a nadie, como si no existiera otra persona en el mundo. Creo que debo marcharme.

Me dio la invitación en la mano. En cuanto salió por la puerta la arrojé a la

basura. No iba a ir a su boda. Pero reconozco que el descubrimiento de esa verdad me impactó. Ana había estado locamente enamorada del capullo de Álex. Y ese pequeño detalle, quizá, también podría haberlo cambiado todo.

## La otra visita

Esa tarde tuve otra visita. Y por fin, os voy a contar algo que no fue tan triste. Algo que me levantó el ánimo. Algo que iluminó mi sonrisa.

Sonó el timbre de casa. Abrí la puerta. Y la vi. Tenía el pelo rubio y los ojos verdes, como Sarita. Era joven y de piel pálida. Tenía veintitrés años, y era mi vecina. Había traído un pastel de galletas con chocolate.

—Mi madre ha preparado esta tarta. Me ha dicho que vuestra madre está enfermando. Queremos que la aceptéis, y que sepáis que si necesitáis cualquier ayuda, estamos en la casa de al lado.

Eran unos vecinos nuevos —los únicos que vivían junto a nosotros—, y además muy simpáticos. Y ella era muy guapa. Su voz era como angelical, y por una vez en mucho tiempo escuché con atención, y con interés. Quizá Ana llevaba razón, tenía treinta años, y tal vez todavía podía volver a recuperar mi vida. Todavía podía volver a ser feliz.

Al día siguiente fui al médico. Me hice varios análisis de sangre, y me puse de nuevo en tratamiento. Los médicos me dijeron que la enfermedad había avanzado pero que aún no estaba en la fase de SIDA. Dentro de lo malo suponía una buena noticia. Después fui al peluquero y me arreglé el pelo y la barba. Me sentía feliz. Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación de poder conseguir algo. Y ahora sentía que rozaba el mundo con las uñas. Subí a ver a mi madre. Quería darle un beso. Y darle las gracias por ser tan buena como lo había sido.

## Mami

—Hola, madre. ¿Cómo te encuentras hoy? —le pregunté. Ella tosió.

—Acércate más —me dijo.

Me acerqué hasta poder tocarla con mis manos. Acaricié su cara, y le di un beso con estruendo en la mejilla.

—Perdóname por haberos fallado a ti y tu hermana —me dijo con los ojos compungidos. Reteniendo un mar de lágrimas.

—¡No, madre! Perdóname tú a mí, por no haber sido un buen hijo —le dije también con los ojos compungidos.

Ella chistó, tosió y expulsó un líquido espeso.

—Tú siempre has sido un niño muy bueno. Cuando eras pequeño, y se murió nuestro perro Lucho, le escribiste una carta y se la enterraste en el campo, junto a él. Decías que cuando reviviera en su nueva casa se acordaría siempre de ti, y de vuestros recuerdos. Ojalá hubiera sabido cómo cuidarte para que ese niño inocente, bueno y sensible nunca se hubiera perdido en el camino. —Y el mar de lágrimas que retenía estalló. Y a mí me pasó lo mismo. Nos abrazamos y estuvimos horas llorando sin decir nada. Pobrecita mi madre.

La sogá le apretaba el cuello y me retaba a que la cortara. Me retaba porque sabía que no tenía valor para hacerlo. Y lo triste era que tenía razón.

## El regreso de la locura

Unos días después volvió a sonar el timbre, parecía que todos los fantasmas del pasado se habían puesto de acuerdo para volver de nuevo a mí. Pero este fantasma venía cargado de desdicha, y yo acababa de empezar a respirar de nuevo aire libre de problemas, y no tenía fuerza para lo que venía ahora.

Abrí la puerta. Lo vi. Me quedé paralizado. Su aspecto me impactó. Tenía varias cicatrices en la cara. También una marca en el cuello tan pronunciada como la de sus brazos. Sus ropas estaban manchadas de sangre. Y el llanto de una niña sonaba desde su coche.

—¿Qué haces aquí, Fran? —le pregunté nervioso.

Él mantuvo su silencio, unos segundos, como siempre hacía. Segundos en los que su locura se desataba como si fuera un psicópata.

—Me dijiste que íbamos a ser amigos para siempre. No puedes escapar de mí. Conozco todos tus secretos, hasta los más ocultos —me dijo con los ojos tan abiertos como si fueran esmeraldas gigantes. Con la sangre chorreando del cuchillo que sujetaba en su mano. Y con una niña llorando como si le estuvieran dando una paliza desde su coche.

## El regreso de la locura (2)

Maldito momento en el que conocí a Fran. Solo me traía problemas. Qué se suponía que tenía que hacer... Estaba parado frente a mí, con un cuchillo en la mano lleno de sangre, las ropas mugrientas, y una niña en el coche que chillaba y lloraba como si alguien le estuviera pegando.

Lo primero que hice fue invitarlos a pasar. No quería que mi vecina Abigail pudiera observar la situación. Bueno, ni ella, ni nadie. Entraron los dos dentro de casa. Fran se limpió las manos en el baño, y le presté ropa limpia. La niña había dejado de sollozar, pero no decía nada.

¿Cómo había encontrado mi dirección? No tenía perfil en Facebook, ni vida social. ¿Cómo me había localizado? Parece que en todos mis intentos de ser feliz, Fran llegaba para arrebatármelos.

—¿Qué has hecho, Fran? ¿Quién es esta niña? —le pregunté un tanto preocupado.

Él empezó a hablar, a contarme la historia de los últimos ocho años de su camino. ¿Por qué le dejé pasar? ¿Por qué le pregunté? Ahora volvía a hacerme cómplice de su vida, y de sus locuras.

Como os dije hace años, yo apenas sabía nada de su vida. Pero esa noche comencé a conocer un poco más: Fran había sido maltratado por su padre desde que era un niño. Y cuando digo maltratado no me refiero a insultos leves, o a castigos rutinarios. Me refiero a latigazos y a maltratos psicológicos. Su padre le había arruinado sus sueños, y martirizado durante todos los días de su vida. Sobre todo, después de intentarse suicidar por primera vez.

Su madre siempre estaba callada, sumisa y obedecida a él. El varón del hogar. Bueno, siempre no, hubo una época en la que trataba a su hijito con mucho amor; pero claro, después de los tantos maltratos, ella ya pasaba de todo, y lo único que quería era morir. Y no tardó mucho, Fran tenía doce años cuando su padre la mató.

Entendí que no se había intentado suicidar solamente por tener el VIH. Le pasó igual que a mí. Alguien se paró frente a nosotros, y nos condenó. Nos robó los abrazos que necesitábamos. Alguien se paró ahí, a un centímetro de nuestros ojos, y nos rompió las costuras del alma. Y nosotros nos desangramos, nos desangramos de amor y de afecto. Nos desangramos de sonrisas y de ilusiones.

Nos desangramos de querer vivir. Por eso nos cortamos las venas, para desangrarnos de lo único que podía matarnos de verdad. Para dejar de perder las piezas que formaban nuestra identidad. Para morir intentando mantener algo de lo que éramos.

Fue después de intentar suicidarse por primera vez. Su padre lo había estado hostigando desde entonces. Le había molestado que quisiera acabar con su vida. En su cabeza excéntrica no podía empatizar con ese niño de sueños rotos. Por eso Fran parecía un maníaco, porque su padre lo había convertido en eso. Y el resto del mundo no había hecho nada para cambiarlo.

A los pocos años conoció a una chica, se enamoró profundamente de ella. Y ella de él. Tuvieron una bonita aventura juntos. Él no le contó lo de su enfermedad. Tenía miedo a perderla. Al cabo de unos años en pareja, ella quedó embarazada, dando a luz a la niña que lloraba en el coche. Menudo huracán había sido la vida que había llevado Fran.

Cuando ella descubrió que él era seropositivo se vio envuelta en una situación de pánico que se le descontroló, que se le fue de las manos, y se marchó. Abandonó a Fran y a su hija, dejándolos solos. O al menos eso es lo que Fran me contó.

Tras varios años sufriendo los abusos de su padre, tras el abandono de la que iba a convertirse en su mujer, volvió a hacerlo. Esta vez de la misma manera que lo hizo Sarita. Colgó una cuerda del techo de su habitación. Introdujo su cabeza en el agujero de la soga, y saltó tirando la silla al suelo. Fueron largos segundos. Su respiración se acababa. Podía verse en otro mundo empezando de nuevo. La idea le agradaba. En ese mundo veía todas las cosas que había perdido, las cosas que añoraba. En ese mundo veía la vida que de verdad quería. Veía a la chica de la que se enamoró en su adolescencia. Veía a los amigos que se disiparon en su camino. Veía todo eso y más... Veía a Esmeralda...

La marca del cuello ya era más que notable. Estaba casi muerto. Y el casi no llegó a culminarse. Sus pensamientos se desmoronaron, y alguien cortó la cuerda. Era su mejor amiga, la única que le quedaba... Afligido, casi muerto, con la respiración ronca, empezó a sollozar, sintiendo el suelo frío impactar en su piel desnuda. Ella le acarició con la mano. Lo arropó durante unas horas.

—Tenías que haberme dejado morir —le dijo entre lágrimas ahogadas.

—Tienes que cuidar de tu hija. Ella te necesita —le contestó su buena amiga.

Él sabía que su hija era más importante que todo; aun así estaba dispuesto a abandonarla, a dejarla crecer con su abuelo. El hombre que le había arruinado su vida. El hombre que iba y venía, y cada vez que volvía, volvía un poco peor.

Tan solo quedaba la figura autoritaria, cada vez más ida, de su padre. Y su

hija, que acababa de cumplir cuatro primaveras.

El hogar de locos en el que se había criado había hecho que empeorara durante estos años. El lugar en el que seguía creciendo gente desmedrada. Pensó en un pensamiento parecido al mío, el de que ojalá hubiera muerto en la bañera cuando se intentó suicidar por primera vez. Si lo hubiera hecho bien ahí, se habría ahorrado todas las espinas que se clavaron después.

Yo estaba conmovido escuchando su historia. Era todavía peor que la mía. Por un momento había olvidado su locura, y solo tenía ganas de ampararlo bajo un abrazo de colegas. Recordé a Sarita, recordé la noche que vino pidiendo auxilio, esa noche en la que me comporté como un idiota, y la empujé a cerrar los ojos. No podía hacer lo mismo con Fran. Tenía que protegerlo... Lo cierto era que a su modo, había sido el mejor amigo que había tenido en mucho tiempo.

La historia de Fran no acababa ahí: una noche, su padre llegó más bebido de lo normal —y eso era algo bastante difícil—. La peste a alcohol se sumergía por toda la casa. Y sus gritos despertaron a su hija, la pequeña que crecía bajo la sombra del mal. La niña comenzó a llorar del miedo. Y el loco de su padre entró a la habitación con un cinturón. Fran salió arrebatado de su cuarto. Se enfrentó por primera vez al abusón de su padre. Él le arrojó varios puñetazos en la cara. La niña lloraba. Fran se defendió dándole un cabezazo en la fosa nasal. La sangre empapó su rostro. Después sacó el cuchillo que había guardado en un peldaño del suelo, y se lo clavó más de diez veces en el torso. Murió a los pocos segundos... Después cogieron el cadáver, subió a la niña al coche, y se presentaron en mi casa; ¡menudo marrón!

—¿Llevas a tu padre en el coche? —le pregunté nervioso.

Él asintió con los ojos colapsados. Yo me tomé unos segundos para respirar, y pensar qué podíamos hacer con el cadáver. Miré a la pequeña, y sentí mucha pena. No merecía crecer así.

—¿Cómo te llamas, bichito? —le pregunté.

Pero igual que había hecho hasta ahora, me ignoró. Y simplemente se limitó a observarme con una mirada de lo más turbia.

—Tienes que ayudarme, amigo mío. Eres lo único que tengo. La única persona que conoce todos mis secretos. No puedo dejar sola a mi niña. La vida está llena de hombres locos. —Él sí que sonaba como un auténtico loco. Las venas de su cuello se tensaron, y vi la marca con más claridad. Y volví a sentir curiosidad como la primera vez que le vi la marca del brazo. ¿Por qué pensaba en eso ahora? Lo disipé tan rápido como pude, pero en realidad me estaba engañando porque todos mis pensamientos estaban centrados en esa cicatriz.

—Te voy a ayudar, Fran. Vamos a quemar el cuerpo en el jardín. Tu padre dejará de estar en tu vida. Y tú, ella y yo, olvidaremos esta noche. Ya no te

quedarán más demonios a los que matar.

Me dio un abrazo fuerte, sollozando, y con la respiración descontrolada.

—La echo de menos —me dijo en el oído.

—¡No! ¡Se acabó! Si esa mujer se fue de tu vida, tienes que aceptarlo. Se acabó eso de ir matando a diestro y siniestro. Ahora tienes una nueva oportunidad de cuidar de tu hija y de tu hermana.

—¿Mi hermana? —preguntó con el tono raro.

—¿Qué ha pasado con tu hermana? —le pregunté con curiosidad.

Esa historia todavía no me la había contado. Quizás porque su hermana era su gran debilidad...

—No sé nada de ella. Se marchó de casa, y no la volví a ver. Supongo que era lo mejor, estar lejos de mi casa, de la casa donde solo habita la oscuridad —añadió incluyéndose a sí mismo.

—Aún puedes encontrarla —le dije.

—¿Para qué? Para recordarle cómo era su vida antes... No, ojos tristes, ella tiene una vida, y el pasado nunca tendrá que irrumpir de nuevo. Quizás no conseguí salvarme a mí, pero me alegro de que ella sí supiera salvarse.

Veis... Ahora tenía de nuevo preocupaciones. En ese momento fui un poco egoísta. Pensé que igual que había dejado a su hermana retomar una nueva vida, debería haber hecho lo mismo conmigo. Pero claro... Yo no era su hermana, yo era su mejor amigo.

Fuimos a su coche, sacamos el cadáver de su padre, sigilosamente. Menos mal que vivía apartado de la gente. Lo llevamos hasta el jardín. El suelo de mi casa se había manchado de sangre. Prendimos fuego al cadáver, y nos quedamos a su alrededor, mirándolo como unos locos. Él se acercó a mí, me abrazó y me dio las gracias. Y a lo lejos, tras el cristal de la puerta de atrás, la niña sin nombre me miraba con unos ojos que me ponían los pelos de punta. Lo peor, es que en ese momento tuve de nuevo la sensación de ver y escuchar a Sarita:

«GAME OVER».

## El hospital

Las paredes blancas se me hacían monótonas, y el sonido de las camillas empezaba a agobiarme de una forma casi destructiva. Había visto pasar a la misma enfermera, con diferentes pacientes, infinitas veces. Yo seguía solo, esperando a que me dieran alguna noticia, invadido entre pensamientos decepcionantes sobre el horrible hermano que era, o mejor dicho, sobre el horrible hermano en el que me había convertido.

Lo cierto era que a su manera, mi vida era caótica, pero eso es lo que sucede cuando te empeñas en vivir huyendo.

Había dejado todas mis heridas abiertas, y poco a poco aparecían nuevas, incluso solapándose sobre las antiguas. Tenía el alma infectada. Si hubiera enfrentado mis problemas, podría haber tenido una vida ejemplar. Pero había preferido esconderme en casa y dejar pasar los años, con el sollozo de mi madre en la habitación de arriba, y con los gritos de mi hermana tras las resacas de los fines de semana. Bueno... Y ahora encima, Fran. Y su hija, y la aparición de Ana... Todo volvía a moverse en mi mente sin llegar a nada. ¿Cuándo aprendería a gestionar mis emociones? Me sentía como si hubiera una piedra en mitad de mi camino y me chocara contra ella de manera sucesiva... Como si no supiera aprender de mis errores.

Bueno, os preguntaréis que por qué estoy en un hospital. Os lo diré directamente, sin tapujos. ¿Os acordáis de mi pequeña e inocente hermana? Pues había sufrido una sobredosis de cocaína y casi pierde la vida. Solo de pensar en ese polvillo de mierda me entraban náuseas. Me transportaba a ese día, ese día en el que creí que comenzó todo...

Érika tenía dieciocho años, un novio que era mejor no mirarlo mucho tiempo, y una adicción a las drogas que la hacía vivir en otro mundo. No era muy diferente de mí. Ella y yo no vivíamos en la realidad. Cuando me llamaron del hospital pensaba que se iba a morir. Todo me salía mal. ¿Qué podía esperar? Había aprendido a ponerme en lo peor. Y en ese momento, he de reconocer que se me pasó por la cabeza la efímera idea de volver a intentar acabar con mi vida: mi madre enferma, y mi hermana muerta. ¿Qué me quedaba? Nada. Pensé en la marca del cuello de Fran, y me pareció atractiva, tan cautivadora como cuando hace ocho años vi la marca de sus muñecas. En ese momento, me di cuenta de que estaba más loco de lo que me imaginaba. Había perdido el control de mí

mismo, y sabía que en cualquier momento, podría hacer una locura.

—Su hermana ha despertado. Puede pasar a verla —me dijo la enfermera que había estado dando vueltas por todo el hospital.

Menudos gemelos tenía. Y no era para menos, transportar a las señoras mayores de cien kilos en una camilla que parecía que iba a desbordarse en todas las direcciones, no debía de ser una tarea fácil.

Pasé a la habitación, y me desplomé en sus brazos. No pude evitar recordar cuando éramos niños, y nos tratábamos como si fuéramos los hermanos perfectos.

—Deja de llorar, estúpido —balbuceó con la simpatía de los últimos años. Yo tragué saliva. La miré. Toqué su cara. Ignoré su comentario.

—Tienes que empezar a cuidarte. Debes salir de ese mundo de mierda —le dije convencido.

Ella emitió una carcajada grotesca.

—Eres un hipócrita. ¿Crees que tú puedes dar lecciones de vida? Rompiste nuestra familia, condenaste a padre, condenaste a madre, y me condenaste a mí. Soy lo que soy, por tu culpa.

Y cada palabra me arañaba con el filo de unas tijeras en el centro de mi alma. Me hacía cortes en todas las direcciones, y manchaba de sangre mis lágrimas. Tenía razón, yo tenía la culpa de todo lo que había pasado. Yo había dejado que la soga, la misma soga que ahorcó a Sarita, se paseara por las noches por los rincones más silenciosos de mi casa.

—Ojalá hubiera muerto en la bañera.

—Idiota —dijo vocalizando lentamente el sonido de cada letra—. Tenía diez años cuando te encontré medio muerto en la bañera, hundido en tu sangre. ¿Crees que he podido borrar esa imagen en algún momento? Ahí comenzó todo, en tu estúpida decisión de retirarte de la batalla que teníamos en casa.

Supongo que nadie se recupera fácilmente de algo así. Encontrar a tu hermano medio muerto en la bañera de tu casa cuando ibas a hacer pis, y más teniendo diez años. Sintió que la había abandonado... En cierto modo, la abandoné, la dejé sola frente a los demonios que venían hacia su vida. Y todo este tiempo la he dejado sola, y los demonios han crecido a su alrededor, igual que dejé que crecieran junto a mí.

Cuando tienes problemas, a veces, se te olvida ver la luz, se te olvida valorar lo que sigue ahí, y lo que te queda por conseguir. Yo solo veía lo que había perdido, y lo que podía perder. El enfoque contrario, totalmente equivocado. Si hubiera visto, solo por un momento, el amor que tenía mi hermana hacía mí, quizá hubiera encontrado la fuerza necesaria para levantar a mi familia del bache que nos estaba destrozando como si fuera un huracán

devastador.

—Cuando tocabas la puerta de mi habitación, aunque te gritaba, en el fondo me gustaba sentir y saber que estabas ahí. Soy consciente de los errores que he cometido. Estaba sufriendo, Érika. —Y de nuevo las lágrimas asomaron como si fueran una tormenta de lluvia.

Ella me miró. Intentó retener su tormenta, pero no pudo. Y fue peor que una lluvia de verano, era una tormenta tropical. Sollozaba. Ella necesitaba liberar las lágrimas que no había llorado, necesitaba comportarse, aunque fuera por un momento, como una niña de dieciocho años.

—Me quedaba horas sentada en el suelo. Mirando el trozo de pared donde la pintura es diferente al resto de la fachada, confiando en que me abrirías la puerta. Escuchaba, desde arriba, los gritos de nuestros padres. Y yo, solo quería aprender a ser como tú: aislarme en mi mundo, y obviar los problemas que no me dejaban dormir.

Tenía razón, pero no bastaba con dársela, no bastaba con decirle que lo sentía. ¿Sabéis por qué? Porque su vida, los últimos ocho años, nadie los iba a poder reparar. Nadie. Ese trauma la acompañaría para siempre. La acompañaría en sus días grises y en sus días soleados. La acompañaría en las noches solitarias y en las acompañadas. La acompañaría bajo la luz de la luna, y bajo los rayos del sol. La acompañaría en sus risas desbordantes y en sus lágrimas bajo las sábanas. Simplemente, eso formaba parte de ella. Para siempre.

—Arreglemos esto. Vamos a cambiar, los dos. Tú me ayudarás a mí, y yo te ayudaré a ti, y juntos daremos una vuelta a esta historia. ¿Lo merecemos, no?

Ella me miró, aún con las lágrimas escurriendo, y asintió con la cabeza. Eso me hizo ilusión. Era la primera vez, en años, que teníamos un momento de los de antes.

—Tendrás que... que dejar a ese novio que tienes. Tú sabes que él es el problema de todo.

Tuve miedo de decir eso. Es difícil abrir los ojos a alguien respecto al amor. Pero mi hermana, Érika, ya los tenía abiertos.

—No te preocupes por él, nunca volverá. Me dejó anoche.

Eso sí que fue una grata sorpresa. Cómo se atrevía a dejar ese esperpento de la naturaleza a la mujer más preciosa del mundo.

—¿Qué pasó?

Ella se quedó dubitativa y lanzó una discreta mirada a su barriga mientras se la acariciaba con la mano.

—Qué hijo de la gran puta —dije en alto. No pude evitarlo.

Había preñado a mi hermana, y la había abandonado. ¿Cómo podía seguir existiendo gente que hiciera ese tipo de cosas? Algunos hombres se piensan que

una mujer solo es un juguete al que follarse, y que las consecuencias no existen, y cuando existen, se piran. Pobrecita.

—¿Vas a tener al bebé? —le pregunté pensando que iba a abortar.

Ella afirmó con ilusión.

Y cuando vi la ilusión en sus ojos me pregunté: «¿Quién era yo para arrebatársela?». Si la ilusión mueve el mundo, la ilusión está compuesta por fuerza y esperanza. Ella necesitaba eso ahora, necesitaba encontrar otros caminos, necesitaba sonreírle a la vida, y que la vida le devolviera la risa.

—Lo cuidaremos juntos. Aún estamos a tiempo de ser una buena familia. Una familia sin secretos. —Se lo iba a contar. Después de todo el tiempo que había pasado, merecía saberlo. Tenía que comprender lo que me sucedió —. ¿Quieres saber por qué cambié tanto en los últimos años?

## Mi gran secreto

Mi hermana me miró con seguridad. Y no dudó ni un segundo, en afirmar con la cabeza.

—Cuando acabé la universidad me acosté con una chica en la finca de Álex. Me acosté con Sarita, la joven que se suicidó en el pueblo... Esa noche había tomado de todo, y apenas puedo recordar las cosas que pasaron. Álex me llevó a una habitación y allí estaba ella. Enseguida nos desnudamos y acabamos teniendo sexo.

Y de pronto, volví a tener un recuerdo nublado de ese día, algo nuevo. La cabeza empezó a dolerme como si tuviera fuego dentro de mi cerebro.

—Sarita estaba gritando, pedía ayuda. Yo estaba tumbado en el suelo con los ojos medio abiertos. Era un sótano, ya no estábamos en la habitación donde nos desnudamos. Había otra persona encima de Sarita. Dios mío... Estaban violando a Sarita. Ella gritaba fuerte, pero ese chico se la estaba follando como si no hubiera un fin. Ella clavaba las uñas en su espalda y le hacía cortes en la piel. Él ni se inmutaba.

Y estallé. Como la última vez que recordé, en las charlas sobre VIH. Ahora me encontraba en el suelo del hospital, golpeando mi cabeza contra el piso, y manchándolo de sangre.

Mi hermana pedía auxilio, y rápidamente los médicos me entubaron y me metieron a una habitación en la que iban a empezar a hacerme pruebas. Algo no iba bien. Algo pasaba en mi cerebro. Y así era, tras pasar varios días bajo el análisis de los médicos me diagnosticaron episodios de epilepsia que estaban afectando gravemente a mi capacidad neuronal, y que eran los causantes de mis bloqueos. Los médicos dijeron que podía deberse a errores congénitos de mi desarrollo. Ahora no solo tenía el virus de la inmunodeficiencia humana, sino también ataques de epilepsia. Y yo quería empezar de nuevo... ¿Cómo coño podía hacer eso?

## La chica de la sonrisa bonita

Sonó el timbre de casa. Habían pasado semanas desde la última vez que la vi. A ser sinceros, no imaginaba que se atreviera a volver a casa. Era mi vecina, Abigail. Había traído un bizcocho de chocolate con nueces. Me quedé embobado mirando cada detalle de su rostro. ¿Por qué perdía el tiempo haciendo esas cosas? No conseguía entenderlo, pero me gustaba, me hacía sentir especial.

Tenía ganas de conocerla, y poder entrar en su mundo, de saber algo más acerca de ella. Descifrar quién se ocultaba tras sus gestos humildes e inesperados.

Y esa pequeña curiosidad que se convertía en un ligero cosquilleo en mi estómago me hizo sacar un poco de fuerza, la suficiente para creer que aún era posible caminar hacia la felicidad.

Caminar hacia la felicidad es lo que deseamos todos. Creo que a nadie le agradaría la idea de imaginarse saltando desde lo alto de un precipicio contra unas rocas agresivas que parecen reírse de todas tus sombras. Nadie quiere imaginar que su final es un sólido cuadrado negro; aunque lo vaya a ser. Yo no quería imaginar que finalmente acabaría suicidándome sin pena ni gloria. Reconozco que la primera vez que lo hice, cuando me corté las venas en la bañera, estaba cagado de miedo. Pero cuando salté contra las rocas de la montaña, aquella noche helada, y bajo la luz de las estrellas, no sentí absolutamente nada, era inerte como una flauta mal tocada, como una madera vieja con las astillas en punta; era el camino umbroso lleno de peligros que todo el mundo esquivaría en su vida.

Bueno, pues a pesar de que todos sabéis cómo acabará esta historia, y de que mi trauma y depresión crecían sin pausa, me atreví a pensar que aún podía tener un futuro próspero.

Cuando Abigail me entregó el bizcocho, me tomé la libertad, tras la mirada cómplice de mi hermana, de invitarla a cenar. Podía sentir cómo una gota sudorosa recorría mi cabeza, y cómo mi corazón se aceleraba al pensar en una negativa.

—¿Te viene bien recogerme a las nueve? —me contestó mostrándome su sonrisa.

Y qué sonrisa; aviso que esto va a sonar cursi, y que si piensas que el amor es una convención social, podría incluso hacerte vomitar, pero... me perdí en

ella. Y tras sus caminos encontré parajes con los que soñaba; me perdí locamente en ella, y allí mismo, asomándome por el precipicio y mirando de reojo su mirada angelical, me enamoré. Sin más. Porque a veces, no hace falta más para sentir una conexión con alguien. Y me la suda gratamente lo que puedan decir los demás. Sé que la mayoría no lo entendería, lo llamarían precipitado, o directamente pensarían que estoy loco, pero me daba igual, ellos no habían vivido mi vida, no habían sufrido mis errores, y su opinión me parecía tan irrelevante como me lo había parecido mi vida años atrás.

Y joder, que tenía derecho a enamorarme y ser correspondido. A enamorarme de verdad. Porque lo de Sarita jamás fue real, solo una idealización que hice de lo que creí querer.

«Sabes que siempre existiré, a no ser que... acabes con el juego», dijo su voz en algún rincón de mi cerebro.

## El bebé

Había conseguido acercarme a mi hermana.

Su barriga crecía poco a poco. Y el embarazo empezaba a notarse. Incluso parecía ilusionada. Quizá esa criatura podía llenar de luz la casa que llevaba años envuelta sobre la noche.

Érika lloraba, aunque fingía no hacerlo, cuando recordaba al hombre al que se había entregado durante los últimos años. El hombre que la había abandonado en la cuneta, en la camilla de un hospital, bajo los efectos de un consumo excesivo de drogas.

Disculpad por el vocabulario que voy a usar ahora, pero esa era la definición perfecta de lo que significa ser un hijo de puta. Y no me cuesta decirlo en alto, y aunque algunos penséis que soy un vulgar, lo voy a seguir manteniendo, porque ese hombre, que se había cruzado en la vida de mi hermana, y le había roto el corazón en mil pedazos, era y siempre será un hijo de puta.

Por suerte, los hijos de puta acaban demostrando lo que son, y aunque casi se lleva a mi hermana en su camino como si fuera un camión sin frenos, al final, la bondad y la fuerza que tiene en sus entrañas hizo que se salvara, no solo ella, sino también a la hija que estaba esperando.

## Mami, abrázame como antes

Esa tarde subí a hablar con mi madre. Su enfermedad no decrecía, y cada día se encontraba un poco más cansada. Tanto mi hermana como yo sabíamos que el inminente suceso llegaría en cualquier momento. Y eso nos daba miedo, mucho miedo, porque era la mujer que había mantenido levantada, a su manera, esta casa. Si ella hubiera perecido antes, estoy seguro de que el reencuentro con mi hermana nunca habría llegado a culminarse, quién sabe si no me habría intentado suicidar antes...

—Hola, hijo mío —dijo sin fuerzas.

Yo, como siempre, le acariciaba la cabeza y me sentaba junto a ella.

—Madre, te echo tanto de menos. Ojalá hubiera sabido cuidarte mejor —le dije. Se lo dije de verdad.

Cada vez que veía a alguien aspirar un cigarro, el humo se esparcía por mis pensamientos, recordándome que yo la empujé a eso. Y no veáis cómo duele, la culpa constante que estará presente hasta el final. La culpa de una soga que sabes que tú mismo pusiste.

—Fuiste un hijo modelo, debería haber sabido entenderte. Haber comprendido lo que le sucedió a mi hijo adolescente cuando cumplió veintidós años. Pero estaba más pendiente de las borracheras de tu padre, y de querer ser la familia perfecta, que de darme cuenta de los pequeños detalles que te estaban comiendo por dentro —decía escurriendo pequeñas lágrimas que chillaban llenas de dolor.

—Madre, te idolatraré siempre, mejor no lo pudiste hacer. Y si pudiera elegirte de nuevo, lo haría. Yo no fui un hijo fácil, ese fue el verdadero problema.

Ella me miró, arropándome con las pocas fuerzas que aún le quedaban.

—La vida no es fácil para nadie. Lo intentamos hacer lo mejor que nos han enseñado, pero los humanos estamos llenos de carencias que no queremos aceptar, y que ocultamos bajo nuestros vicios... ¿Sabes por qué no pude ayudarte cuando eras aún un niño haciéndose mayor? Porque me aterraba saber la verdad.

El silencio nos observaba con intervalos que parecían infinitos. Nos miraba hasta con tristeza en pequeños intentos de pedirnos que rompieramos el hielo. Pero ahí estábamos, madre e hijo, envueltos entre nuestros brazos,

llorando en silencio por las cosas que hicimos, y lamentándonos por las consecuencias que habían llegado a nuestras vidas sin intención de marcharse. Éramos el fiel reflejo del paso del tiempo en una vida de huidas, y nuestros problemas eran unos intereses que se habían demorado en el tiempo dejando nuestros corazones en la bancarrota. Simplemente éramos sombras tan oscuras que se inhibían en la noche.

—He conocido a una chica, madre —le dije destrozando el muro de hielo que habíamos construido en un segundo.

Mi madre me lanzó una mirada de aprobación, y una sonrisa tan dulce como sus caricias.

—Me alegro tanto por ti. Aún eres joven, y aún puedes tener la oportunidad de encontrar a alguien con quien conectes de verdad. Alguien que te haga olvidar todo el daño que esta vida te ha hecho. Entrégate al amor, y déjate llevar por él. Él conoce el buen camino, y si esa mujer es tu destino, acabarás encontrando la recompensa que no habías hallado tiempo atrás.

Mi madre era confianza, coraje, garra, ilusión, amor, fuerza. Y en ese momento, pensé que la iba a echar muchísimo de menos cuando desapareciera. Tanto que podía sentir cómo un ardor recorría mi pecho, y me apuñalaba salvajemente cada parte de mi piel.

Ella tosió, y escupió un líquido que parecía veneno.

—Una última cosa, cariño, no dejes nunca a tu hermana atrás. Ayúdala a encontrar el camino, ayúdala con mi nieta, y consigue que vuelva a sonreír, es todo lo que una madre desea para sus hijos, que sean felices.

—Te lo prometo. —Y le di un beso, que resonó dando un poco de luz a la habitación invadida entre tinieblas.

## Plan espontáneo

Era hora de arreglarme. Mi primera cita en años. Estaba emocionado. Estrené ropa que tenía en el armario, muerta de la risa, casi con telarañas podría decirse. Me arreglé el pelo, haciéndome el tupé de hace unos años. Me afeité la barba que parecía que iba a rozar el suelo. Y por un momento, volví a ver al chico joven de cuando tenía veintidós años.

Mi hermana me asesoró en cuanto a la ropa que tenía que ponerme, y cuando me dio el visto bueno, salí medio decidido a recoger a la chica que me había enamorado en un segundo.

Me estaba esperando en la puerta de su casa. No podéis ni imaginar por un momento lo preciosa que estaba. Por mucho que os describa ahora lo bonito que era su vestido azul cielo hasta las rodillas, con su pelo rubio suelto y sus ojos verdes. Unos pendientes pequeños y brillantes, y unos labios carnosos que resaltaban por el carmín tan bien adaptado a ella, que parecía hecho a medida. Era la definición de belleza con la que siempre había soñado.

—Qué guapa estás —le dije embobado.

Ella se quedó mirándome. Le resultaba curioso verme tan arregladito. Sobre todo, el cambio que había dado recortándome la barba. Aunque en ningún momento me dijo que le gustaba.

—¿Dónde me vas a llevar? —preguntó con una mirada un tanto extraña.

Mi hermana me había recomendado un restaurante en Madrid centro donde se cenaba de lujo. Cuando se lo dije me interrumpió en seco, y negó con la cabeza.

—No vamos a ir a ningún restaurante. Mejor déjate llevar, yo elijo el lugar.

Abigail era una chica guerrera y revolucionaria. Me montó en su coche, y me puso rock reivindicativo. Ese tipo de música siempre la había desprestigiado, aunque ahora sonaba muy bien. No sé si porque me encantaba ver lo poderosa que se hacía chillando las letras de esas canciones, o porque nunca me había parado a escuchar realmente esa música. Quizás también pudo ser un poco de las dos cosas.

—¿Dónde vamos? Estamos saliendo de Madrid —le dije de lo más extrañado.

—Nos vamos de Madrid. Vamos a vivir una noche diferente. ¿No estás cansado de hacer siempre lo mismo? —me preguntó. Y esa pregunta me recordó a otra que me hizo hace mucho tiempo, cuando era un niño, una chica a la que apenas podía recordar: «¿No estás cansado de ser siempre un pardillo?» o algo parecido.

Aunque para mí, cualquier plan era hacer algo diferente pues estaba acostumbrado a estar en casa las veinticuatro horas, ya sabéis que era difícil moverme del sofá.

—Sí, claro que sí —le contesté excitado.

—Vamos a Cartagena, tengo allí una casa en la playa, y creo que podría estar guay rebozarnos por la arena como si fuésemos croquetas.

—¿Cartagena? ¿Estás loca? —le dije asombrado.

Íbamos a tardar cuatro horas en llegar. Se le había ido la cabeza totalmente. Pero he de reconocer que me encantaba, había roto los esquemas, y me había hecho olvidarme de las preocupaciones. Era genial. Y bueno, quien dice cuatro horas... como siguiera conduciendo a esa velocidad, íbamos a llegar en cinco minutos.

—Me gustan las cosas diferentes, ¿te da miedo eso? —me dijo retándome con su mirada.

—¡Por supuesto que no! —le contesté nervioso.

Y entonces, como siempre pasaba en mi vida, y perdonad por el momento de victimismo, él volvió a hacer acto de presencia. Mi teléfono comenzó a sonar. ¿Os imagináis quién me estaba llamando? Mi gran amigo Fran. Puse el móvil boca abajo y le quité el sonido.

—¿Por qué no lo coges? ¿Tienes una novia secreta y no me lo quieres contar? —bromeó ella.

—No es eso, es un amigo muy pesado, que no es capaz de entender que ya no quiero seguir sabiendo nada de él.

—¿Y por qué no se lo dices? —me preguntó.

Y es que ella era así, atrevida, descarada y con mucha personalidad. De esas personas que siempre he envidiado, porque son capaces de decirte lo que piensan, te guste o no. De esas personas que siempre están en calma con ellas mismas porque nunca acumulan mierda. Ella era demasiado para mí, y lo supe desde el primer momento en el que la vi.

—Él no entendería eso.

—Da igual si lo entiende o no, es tu opinión, y es tu verdad. Si no quieres seguir sabiendo nada de él, tienes que ser valiente y decírselo sin tapujos... Marcos, si tú no te haces grande, si no te empoderas de tus valores, al final el mundo te acabará comiendo.

Y en eso también tenía razón, el mundo me había estado comiendo desde que puse el pie en la tierra, porque siempre había sido un cobarde, parecía algo innato en mí, que por mucho que quería cambiar no era capaz.

—Cuando vuelva, hablaré con él, pero en persona. No quiero tener esta conversación por teléfono, y menos en este momento —le dije intentando sonar convincente.

Ella me acarició el pelo y me regaló una sonrisa. Íbamos casi a doscientos kilómetros por hora. Nunca había ido con nadie a tanta velocidad. Veía a los otros coches pitarnos y cagarse en nuestros muertos, y me entraba la risa. Ella hacía que todo se viera con otro tono, y ese tono era justamente con el que llevaba soñando toda mi vida.

Cuando llegamos a Cartagena, no podía dejar de reírme como un loco. Hacía años que no me involucraba en una locura con la que me sintiera vivo. Y en ese momento, me sentía más vivo que nunca.

Y si ya creía estar enamorado de ella, esa noche terminó de hechizarme: caminamos por la arena de la playa mojándonos los pies. Nos besamos en la orilla y nos bañamos desnudos. Nos regocijamos por la arena como si fuéramos niños pequeños. Construimos castillos y fortalezas y luego inventamos historias sobre cómo eran destruidos. Contamos las estrellas y nos imaginamos viviendo en otros planetas. Me contó toda su vida, y yo le conté algunas cosas de la mía. Ojalá el resto de mis días hubieran sido tan perfectos como la noche en la que me olvidé que tenía VIH, como la noche en la que comencé a desnudarme ante alguien, y en la que dejé que una persona pudiera opinar sobre mi mundo, y que importara.

Casi de madrugada nos dormimos abrazados, sin prisas, y sin preguntas. Fue tan natural e inexplicable que parecía una historia de ciencia ficción. Os confesaré una cosa: aun a pesar de cómo acabó mi vida, años después, cuando decidí ponerle fin, esa noche fui feliz de verdad; no fue una ilusión, ni algo puntual.

## Y lo que vino después...

A la mañana siguiente, cuando me desperté, aún rozando el sueño de esa noche mágica, salí a dejarme cegar por los rayos del sol. Me acerqué a la orilla de la playa que se encontraba muy cerca de la casa de Abigail. Y lo que estaba siendo un sueño se convirtió en una pesadilla en cuestión de milésimas de segundo. Instantes tan rápidos como un fotograma, y que parecen tan inofensivos, que jamás puedes imaginar que puedan llegar a ser peores que cuchillos cortándote los dedos de las manos.

—¿No pensabas cogirme el teléfono? —dijo la voz de locura llena de rabia.

Cuando me giré, no pude creer que fuera posible. Cómo se había atrevido a venir hasta aquí.

—Fran, déjame en paz. ¿Cómo sabías que estaba aquí? —le pregunté cagado de miedo.

Él volvió a lanzar su mirada psicópata de siempre. La puta maldita mirada que me hacía cagarme de miedo.

—¿Querías huir de mí? ¿Me ibas a abandonar tú también? —me dijo con tristeza.

Estaba loco, muy loco. Qué podía contestarle. Era un asesino.

—Fran, es mejor que te marches de aquí. Tú y yo no vamos a seguir siendo amigos.

—¡CÁLLATE! No vuelvas a decir eso, tú y yo somos los únicos en este mundo. Jamás podrás alejarte de mí, porque siempre te encontraré. —Sus palabras daban tanto miedo que incluso empecé a temer por mi vida—. Sube al coche, nos vamos a casa. —Su hija me miraba desde la ventanilla. Se la había traído hasta Cartagena. Había subestimado a Fran, era muchísimo peor de lo que yo creía.

—Fran, no me voy a marchar a ningún sitio. Estoy aquí unos días, y voy a seguir aquí unos días, después volveré a Madrid y hablaremos sobre esto, ¿vale?

Y entonces se puso a gritar como un desesperado.

—¿Crees que esa puta te quiere más que yo? ¿Crees qué puedes confiar en ella? Solo puedes confiar en mí. ¿Qué harás cuando quiera follar contigo? ¿Le vas a decir que eres un sidoso?

Y la palabra «sidoso» retumbó en mi oído, recorrió todo mi cuerpo en

todas las direcciones y me desangró el corazón en un momento. Me acerqué a él tan furioso como un huracán y le pegué un puñetazo que lo tumbó contra el suelo.

—Haz lo que quieras, pero vete de mi vida, o contaré a la policía todo lo que has hecho.

Y desde el suelo se quedó mirándome, clavando su mirada ida y excéntrica contra mis ojos heridos.

—¿Crees que fue una buena decisión silenciar tu teléfono teniendo a tu hermana embarazada y a tu madre moribunda solas en casa?

Y entonces, la ira volvió a invadir todas mis entrañas. Me acerqué a él, le agarré la cara:

—¿Qué les has hecho? ¡DÍMELO! —le grité.

Y el cabrón me agarró la mano y me dijo que lo sentía. Que lo sentía mucho, pero que mi madre había fallecido durante la noche.

## Un adiós para el que no estaba preparado

Y ahí estaba de nuevo, años después, vestido del negro más lóbrego que podía existir. Mi hermana agarraba mi mano y miraba traumada el ambiente.

Alrededor, bajo las palabras del cura, se encontraban personas a las que ni ella ni yo necesitábamos, como mi «amigo» Fran, o mi «amiga» Ana.

Por suerte para mí, Abigail se encontraba apoyándose. ¿Cómo no me iba a enamorar como un loco, si era la única persona de la tierra que me escuchaba sin pedir nada a cambio?

Tanto Érika como yo llevábamos años preparados para este momento, y en cierto modo pensábamos que cuanto antes sucediera, antes ella podría encontrar su calma. Mi madre estaba sufriendo. Cada día que se mantenía con vida, era un día más de carga. Y se mantenía exclusivamente por nosotros...

A pesar de creer que estábamos preparados, el golpe fue basto y terrible. Mi hermana y yo teníamos el corazón hecho trizas. Ahora solo quedábamos nosotros, y como le prometí a mi madre, la cuidaría para siempre. Ojalá hubiera sabido hacerlo.

Érika se llevó la peor parte, no tuvo suficiente con encontrarme a mí, años atrás, medio muerto en la bañera; sino que también encontró a mi madre con la cara pálida y los ojos idos. Intentó localizarme toda la noche, pero puse mi móvil en silencio. Debería haber estado ahí, y no jugando a enamorarme, pero se me fue la olla. Huir de Fran era todo cuanto quería. Ya sabéis cómo es...

Y ahí estaba, frente a mí, lanzándome miradas aterradoras, que me ponían los pelos de punta. ¿Cómo me lo iba a quitar de encima? Él no entendía que no quería seguir siendo su amigo.

Pero él y yo estábamos conectados, eso era cierto: solo yo sabía que había asesinado a Álex. Que había asesinado a su padre, y que encima le había ayudado a quemar el cuerpo en mi propio jardín. Ese secreto nos unía por los rincones más oscuros del inframundo.

¿Os dais cuenta de todas las cosas que habían pasado? Sería irónico que pueda comportarme como una persona normal, aunque era con lo que soñaba... Si la icónica Abigail descubriera mis escondites, saldría huyendo a la primera de cambio. ¿Quién quiere compartir su vida con un loco?

—Algún día, todo esto habrá pasado —le dije a mi hermana lanzándole una mirada de apoyo.

—¿Cuándo? Llevamos años intentando empezar, pero nunca somos capaces de avanzar sin volver más atrás del lugar en el que comenzamos.

—Pronto nacerá tu hija, y todo este mundo se iluminará con ella. Pronto seremos una familia feliz y sin problemas.

Érika se abrazó a mí, y comenzó a llorar.

## Y otra vez Ana

Después de que culminara el entierro, mi amiga Ana se acercó a mí. Estaba convencido de que me iba a volver a recordar lo de su boda, y su perfecta vida.

—Te añoro, amigo —dijo dándome un abrazo.

Yo, tras unos segundos de meditación, correspondí el achuchón. Era como si quisiera y a la vez no quisiera. Tenía recuerdos muy buenos junto a ella, pero también tenía recuerdos que me habían decepcionado. Aunque lo cierto era que si quería empezar de nuevo, y conseguir avanzar hacia la felicidad con la que tanto soñaba, debía empezar a perdonar y a eliminar la toxicidad de mi mundo.

—Iré a tu boda. Quiero ver cómo te quedará ese vestido blanco de princesa, amiga —le dije mostrando una sonrisa forzada.

Ella me miró con los ojos compungidos, no podía controlar las lágrimas.

—Ya no habrá boda. Él y yo hemos acabado —me contestó tan triste como si el final del mundo fuera mañana.

Yo la abracé más fuerte, y en ese momento hubo un poco de verdad en ese afecto.

—¿Qué os ha pasado? —susurré cerca de su oído.

Me apartó, y volvió a mirarme. Y no necesité saber nada más para conocer el motivo. Tenía nombre propio y había fallecido hace años: Álex.

—Sigo enamorada de Álex —respondió mientras se apartaba las lágrimas—. Siento mucho esta reacción, estamos aquí por tu madre, y yo robándote el protagonismo... No tenía ningún derecho a decir nada.

Fran me miraba desde lo lejos, el único y verdadero culpable de tal atrocidad.

Podía entender que ella se sintiera así. Era el mismo cementerio donde enterraron al chico del que estaba enamorada. Bueno... era el mismo cementerio que llevaba llamándonos desde el suicidio de Sarita.

—No te preocupes, Ana, todos tenemos derecho a llorar y a enfrentarnos a la verdad, aunque llevemos años huyendo de ella.

Ella suspiró. Y entonces puso esa cara de venganza que todos ponemos cuando nos arrebatan lo que más amamos.

—Ojalá algún día encuentren al hijo de puta que hizo esa atrocidad. Ojalá le arranquen la cabeza y la cuelguen sobre lo alto del pueblo. Ojalá sufra tanto que no le quede sangre dentro del cuerpo. —Y mientras maldecía a Fran, este

nos miraba, nos desnudaba. Era un peligro, y yo no sabía cómo ponerle freno.

—La vida nunca podrá devolvernos a las personas que amamos. No podrá devolvernos a Álex. No podrá devolverme a mi madre, y no podrá devolverme a Sarita.

Y cuando pronuncié su nombre, ella agachó su mirada.

—¿Qué pasa con Sarita? —le pregunté intrigado.

—Hay cosas que deberías saber sobre ella... Cosas que Álex te iba a contar antes de morir. —Mis ojos se abrieron desmesuradamente y la cogí del brazo.

—¿Me estás diciendo que tenías que decirme algo sobre Sarita y has esperado ocho años?

Ella se agitó y me soltó el brazo lanzándome una mirada de desaprobación.

—Te recuerdo que eras tú el que no querías recibir nuestras visitas. Eras tú el que no contestaba nuestras llamadas. Álex intentó contártelo en un montón de ocasiones.

Fran seguía mirando desde lo lejos. Una voz dentro de mí me decía que le reventara la cara y le sacara los ojos. Era como un pitido irritante y constante que no perecía.

—Tenía el corazón roto. ¿Qué podía hacer? Erais mis amigos, deberíais haber encontrado el modo de llegar a mí. Pero claro... Tenías que continuar tu vida... Tenías que conseguir todos tus objetivos, para qué te ibas a parar a perder el tiempo por mí...

Y casi me pega un bofetón. Me lo merecía. Estaba siendo de lo más arrogante. Se mordió el labio y se contuvo.

—¿No recuerdas nada de lo que pasó esa noche? Cuando te acostaste con ella.

Siempre había sabido que esa noche trágica tenía algo más. Lo sabía porque cada vez que intentaba recordar, me daban esos bloqueos extraños que ponían en juego mi vida. Lo último que recordé fue junto a mi hermana, en el hospital, cuando tuve la sensación de que alguien estaba violando a Sarita en un sótano.

—No recuerdo nada de lo que pasó esa noche. Pero... creo que Álex violó a Sarita —le dije con las lágrimas a punto de emerger.

—¡No fue Álex! —me dijo cortante.

¿Cómo podía saber ella lo que ocurrió esa noche, y habérselo callado tanto tiempo? Conocer la verdad podía haberme salvado de perderme entre los rincones más oscuros de mi mente, en los agujeros negros que no conseguía descifrar.

—Mañana, a las cinco de la tarde, iremos a la finca de Álex. Sus padres hace años que no pisan Madrid. Y yo aún conservo una copia de su llave. Creo que los dos tenemos cosas que superar en esa casa. Allí te contaré todo lo que Álex me dijo sobre esa noche.

No sé si podía esperar a mañana, pero pensé que ir a casa de Álex podría ayudarme a recordar por mí mismo todo lo que ocurrió. Así que me pareció una buena idea; aunque en el fondo, sabía que regresar al lugar donde creí que comenzó todo era como caminar directamente hacia un camión en medio de la carretera.

Después esperé a que todo el mundo se marchara, incluso mi hermana, y allí, con la luna asomándose me desplomé en la tumba de mi madre.

—Tenía VIH, mamá. —Y me sentí como si tuviera veintidós años y estuviera contándole lo que me ocurrió. Me imaginé que no había pasado nada malo, y que mi padre seguía también en casa. Podía escuchar el susurro de su voz animarme, y su mano acariciarme—. Ahora que estás en el cielo, porque tú no podrías ir a otro lugar, espero que me des fuerza para seguir adelante, para ayudar a Érika, para enfrentarme a la verdad.

Y una estrella fugaz recorrió el cielo. Quizá fue ella guiñándome un ojo. Eso es algo que nunca llegué a descubrir.

## La vuelta de un fantasma

Oí una ramita partirse, miré alrededor. Escuchaba pasos crujir en el suelo. Empecé a fatigarme, y a sentir miedo. Quizás era Fran. Si Fran estaba ahí, escondido y vigilándome, era motivo suficiente para estar aterrado.

—Fran, esto no tiene gracia. Sal y hablemos como personas normales.

Los pasos seguían sonando, y cada vez más bastos. Empecé a caminar hacia ellos. Tenía que enfrentarme a él, tenía que hacer caso a Abigail y decirle la verdad. Ya estaba cansado de ser un cobarde. Conforme me acercaba a los pasos, estos se alejaban; Fran me estaba conduciendo a algún lugar, quizá al lugar en el que pensaba acabar con mi vida. Reconozco que estaba casi temblando, asustándome hasta con el roce de las ramas y el choque del soplo del aire.

—Esto ya se terminó. Vete de aquí, mañana iré a la policía y contaré todo lo que hiciste. Contaré que mataste a Álex y contaré que mataste a tu padre. Y aceptaré las consecuencias de lo que la justicia considere para mí.

Empecé a correr, ya estaba cansado de que jugaran conmigo. A lo lejos, podía verlo avanzar camuflado entre las sombras. Atravesábamos el cementerio de la Almudena. Las figuras religiosas daban auténtico pavor. Un pavor que se intensificaba con el influjo de la noche.

Atravesamos el cementerio, después pasamos por el parque de la Solidaridad. Esta situación ya la había vivido años atrás. Era un *déjà vu*.

—Fran, se acabó todo. Necesitas ayuda. Piensa en tu hija. Ella merece un padre de verdad. Tienen que verte y tratarte. Estás enfermo.

Pero solo el silencio me contestaba. El silencio y el sonido de las chicharras.

Habíamos atravesado el parque, y ya no había vuelta atrás. Estaba frente a la pared de un solar, acorralado.

—Se acabó el juego. Se acabaron las tonterías. Aquí estamos —le dije más seguro que nunca.

Y por fin se giró, se quitó la capucha que llevaba puesta, y su pelo largo y rubio cayó con belleza. Sus ojos verdes me miraron con brillo. Y de repente, todo tenía sentido. Era Gina, y me había encontrado igual que la última vez, cuando la perseguí por los mismos lugares después del entierro de Sarita.

—Te dije que algún día volveríamos a vernos —me dijo mostrando sus dientes albugíneos.

—Es tarde, ya no quiero saber nada más. Tú eres una historia que ya he cerrado en mi vida —le contesté enfadado.

Ella avanzó hacia mí.

—No, Marcos... Todavía hay muchas cosas que tienes que saber sobre ti, y sobre mí. Estamos atrapados en la misma pesadilla, solo que ahora quiero ayudarte y contarte la verdad.

## La visita que daría la vuelta a todo

Había dormido muy pocas horas después del cúmulo de sorpresas que había recibido en el día en el que enterraba a mi madre. Supongo que era algo comprensible. Podía sentir cómo Sarita, ocho años después, seguía más viva que nunca. Seguía chillándome, desde el lugar en el que vivía ahora, que dejara de jugar. Pero seguía sin entenderla, ¿a qué tenía que dejar de jugar?

Esta parte de la historia, es quizá uno de los momentos más críticos que he vivido. Iba a descubrir lo que pasó la noche en la que creí que comenzó todo.

Tenía mucho miedo de conocer la verdad, porque la verdad no está hecha siempre de buenas noticias. La verdad puede ser tan hiriente como un cuchillo, o incluso más. La verdad puede magullar la parte más sensible del ser humano: el corazón.

Una cicatriz en el corazón puede llegar a ser crónica. Impedirte que vuelvas a recuperar la sonrisa, o incluso que te lleve a pensamientos definitivos como lo era en mi caso, pensamientos como cortarte las venas, meter la cabeza en una soga, o saltar desde lo alto de una montaña para reventar los sesos contra las rocas puntiagudas. Yo estaba lleno de cicatrices crónicas, y aún quedaban más, tantas que se solaparían infectando las heridas que creía cerradas.

Eran las cinco de la tarde, estaba en la puerta de la finca de Álex, esperando a que llegara Ana. Íbamos a entrar a la casa de los recuerdos. Podía incluso sentir que sonaba la música de aquel día. La gente entraba en su casa, y el ambiente era de lo más explosivo. Sin embargo, la realidad era totalmente opuesta, la casa estaba vacía, inundada bajo el olvido más solitario que puede existir, envuelta bajo las capas de la invisibilidad, y apagada en todos los sentidos. Su presencia era tenebrosa, y parecía propia de una película de miedo en la que iban a morir todos sus huéspedes. Pude sentir un escalofrío. Sabía que esa tarde iba a ser muy larga, y que los secretos que se descubrieran iban a ser tan intensos que me marcarían para siempre.

Ana llegó un poco tarde, tenía los ojos contenidos, y se había puesto un vestido lila escotado. Unos tacones enormes. Había trenzado su pelo y se había maquillado como si fuéramos a ir a una boda.

—¿Por qué estás vestida así? —le pregunté.

—Tengo la necesidad de despedirme de él. Quiero, que si puede verme en este momento, me recuerde así. Con el vestido que me regaló.

Yo la miré asintiendo, y comprendiéndola. Al fin y al cabo, ella también tenía que enfrentar su pasado.

—¿No tienes miedo de volver a entrar aquí? —le pregunté con los ojos tiritando.

Ella me cogió la mano y me lanzó una sonrisa:

—Estoy cagada.

Era esa sensación de querer y no querer. Vosotros sabéis a lo que me refiero.

Entramos a la casa. Ana conocía bien todos los rincones. Dio las luces, y desde dentro, pudimos ver lo que la soledad le había hecho a ese rincón que siempre había estado lleno de gente.

La casa estaba sucia y llena de telarañas. Incluso se podía escuchar el sonido de las ratas esparcirse con desaseo entre nuestros pasos sigilosos.

—¿No te parece demasiada casualidad que hoy haga ocho años de la muerte de Álex? —me preguntó.

La verdad, no me había parado a pensarlo. Pero tenía razón, habían pasado ocho años desde que Fran le cortó la cabeza a Álex y la colocó sobre la ventana. La noticia corrió como la pólvora, y la imagen pavorosa de su cabeza en la ventana recorrió todos los rincones de Internet. Fue lamentable. Hay mil maneras de morir, bueno, o de ser asesinado, pero en su caso le robaron hasta la dignidad. Incluso se hicieron virales chistes de humor negro sobre su situación, y sobre la cabeza colgada sobre una ventana. Por ejemplo: ¿Cuál es la película favorita de Álex Fernández? La ventana indiscreta.

Supongo que la gente no sabe lo que puede herir con sus comentarios. La madre de Álex, por lo que contaron, entró en una depresión inhumana. Vivía de las pastillas y de los recuerdos, y de nada más.

—¿Tantos años han pasado? Siento que el tiempo se ha paralizado. —Y eso era una verdad tan grande como la oscuridad que residía allí.

Subimos a la habitación de Álex. Ana se sentó sobre su cama, y desde allí comenzó a sollozar. A gritar a los cuatro vientos todo lo que lo deseaba. A decirle a esa casa umbrosa lo que hubiera querido hacer. A acariciar las sábanas rotas con la ternura que hubiera deseado acariciarlas mientras hacía el amor con el chico que no supo que le amaba.

—Si todos hubiéramos sido más valientes, podríamos tener la vida que queríamos —dijo apartándose las lágrimas.

En ese momento, me di cuenta de que no era el único que sufría. No era el único al que le pasaban cosas malas. Comprendí que la vida era así, y que a veces, con algunas personas, se cebaba sin compasión, también en parte porque nosotros, al menos yo, nunca aprendí a buscar las soluciones de mis problemas.

—Lo colgaron ahí, sobre esa ventana. Como si fuera un muñeco. ¿Qué clase de persona podría hacer algo así?

—Un monstruo, solo un ser monstruoso podría llegar a hacer tal crimen — le contesté pensando en Fran. Ese nombre al que tanto temía.

—¿Crees que él también me amaba? ¿Lo crees? —me preguntó Ana, casi suplicándome que dijera que sí.

—Creo que a su modo extraño de querer, te quería. Pero Álex era así, un loco sin lugar fijo, un ser sin rumbo. Un corazón sin dueño.

—No, no me amaba, pero sí me quería.

—Al menos te quería —le contesté.

Se levantó de la cama, echó una última mirada a la habitación. Abrió el armario astillado. Su ropa seguía en el mismo lugar, llena de polvo, y mordida por las ratas. En la leja de arriba encontró su colonia. Aún quedaba parte de ella. La cogió y apretó. El olor la transportó directamente a sus brazos, al sentir de sus suaves manos acariciando su piel. Guardó el frasco en su bolso.

—Él ya sabe lo que siento. Y creo que yo también estoy preparada para cerrar esta puerta, y no volverla a abrir jamás. —Y tras sus palabras llenas de seguridad, salimos de su habitación, y cerramos la puerta para siempre. O al menos eso creímos hacer.

Una vez en el pasillo, ella me agarró la mano y volvió a poner la misma cara misteriosa que el día anterior.

—¿Estás preparado para saber la verdad? —me preguntó.

## ¿Estaba preparado para saber la verdad?

¿Estaba preparado? Me pregunté a mí mismo. Claro que no lo estaba, pero había llegado hasta ahí, iba a resolver el puzle fuera o no fuera el momento. Además, si no estaba preparado ocho años después, ¿cuándo iba a estarlo?

—Ana, no me voy a ir de aquí sin cerrar esta puerta. Así que cuéntame todo lo que sabes sobre la noche en la que me acosté con Sarita.

Comenzamos a bajar las escaleras. Íbamos directos al sótano. Era el lugar donde mi mente se colapsaba cuando intentaba recordar lo que pasó esa noche.

—Todo comenzó aquí, en este sótano: tú y Sarita estabais drogados, y Álex te ayudó a que te la tirarás de una vez por todas. No estuvo bien eso. Ella era una chica, y nadie tiene que drogar a una chica para que un buen amigo se la pueda follar. No te culpo. Sé que tú no sabías nada de lo que Álex había planeado.

En ese momento recordé que salimos de la habitación para tomar más droga. Álex nos dijo que el sótano estaba mucho más preparado para disfrutar de una noche completa. Allí había alcohol, maría, éxtasis, setas y mucha cocaína. La música se escuchaba mejor, y el jaleo de la gente no nos molestaba.

—Al cabo de unas horas ella empezó a llorar. Hablaba de una tal Gina. Decía cosas malas sobre ella. Que la había traicionado, que le había roto el corazón en tantos trozos que era imposible de arreglar. Tú no la escuchabas. Solo estabas pendiente de sus pechos. Ella te daba igual. —Dolía escuchar las verdades que los demás tenían para ti. Dolía saber que en un momento de tu vida se te olvidó tener valores. Dolía saber que fui aquel chico—. Cuando te cansaste de tirártela, te quedaste dormido, desnudo. Supongo que te sentías como un campeón, habías conseguido acostarte con la chica que llevabas acosando desde que entraste al instituto.

En ese momento, pude sentir que Ana me estaba juzgando. Sus palabras eran puntiagudas, y se clavaban con hiel.

—Yo nunca tuve intención de hacerle daño. Solo estaba confundido —contesté a la defensiva.

Ella me miró durante unos segundos.

—A veces, las intenciones pueden ser peores que el daño —respondió con la voz seca.

Y es que a veces las intenciones, como dice Ana, pueden ser terribles. Nos creemos con la autoridad de llegar a la vida de una persona que no conocemos, y de decirle con nuestra mejor intención lo que mejor le puede venir, como si nosotros supiéramos de todo, y fuéramos adivinos. Yo a los veintidós años me creía perfecto; ahora soy consciente de todas las carencias que tenía y sigo teniendo.

—Él entró cuando tú estabas dormido. Entró con olor a muerte, con olor a locura, con olor a perversión. Nadie lo vio pasar, pero sin embargo ahí estaba, dejando su horrible esencia en la virtud de Sarita. Ella gritaba, te llamaba, berreaba a los cuatro vientos. Pero nadie le hacía caso. Él la golpeó para silenciarla. Álex miraba por la rendija de la puerta. Veía cómo penetraba con su sucio pene. Con su mano derecha taponaba su boca, y con la otra manoseaba su cuerpo de niña. Tú no escuchabas nada, absolutamente nada.

Y entonces lo recordé. Entreabrí los ojos, y podía ver cómo todo lo que había en el sótano se triplicaba, daba giros de noventa grados, y se mezclaba con el llanto de Sarita. Quería levantarme y poder ayudarla, pero algo me sujetaba a la cama. Estaba violándola a unos centímetros de mí. ¡Joder! La cama chocaba contra la pared, e incluso me lanzaba miradas de perversión. Babeaba sobre su cuerpo. Podía sentir como si me faltara el aire, como si estuviera intentando salir de un pozo en la dirección contraria, y alguien estuviera parado desde la boca arrojándome piedras y gritos descomunales. Ahora lo empezaba a entender todo, no fue el VIH lo que me hizo sentir miedo al futuro, fue el hecho de enfrentarme a la verdad. Descubrir que violaron a una chica inocente a menos de veinte centímetros de mí, y que con los ojos abiertos, contemplé con detalle cada parte de su sufrimiento sin mover ni un dedo. Me castigué a mí mismo porque sentía vergüenza de lo que era.

Todo este tiempo había estado huyendo de la verdad. Y ahora la verdad era tan poderosa que conocía todos mis escondites. ¿Sabéis lo que es llegar al punto de no saber quién eres? De mirarte en el reflejo de un espejo, y de sentir vergüenza, desprecio y odio hacia ti mismo. De pasarte la vida en el mundo más triste que se conoce...

Y ahora entendía por qué él me había estado persiguiendo durante todo este tiempo. No había sido una casualidad. Él, a su modo, quería acabar con todos nosotros. Era Fran el que estaba violando a Sarita. Era él, el que me miraba con esos ojos que tenían el poder de dejarme paralizado. Era él, el que me había hecho testigo de todos sus delitos.

Ana se acercó rodeándome en sus brazos. Yo no podía dejar de llorar. Y volví a pensar que ojalá me hubiera quedado en la biblioteca estudiando.

—Tienes que alejarte de ese hombre. Es un loco.

—¿Por qué no fuisteis a la policía? —le pregunté sin poder llegar a entender nada.

—Queríamos protegerte. También tenía tu semen, recuerda que tú también te habías acostado con ella.

Y lo cierto era que en ese aspecto tenían razón, si lo hubieran delatado una investigación habría puesto patas arriba todas nuestras vidas. Aunque creo que hubiera sido mucho mejor... y es aquí, cuando volvemos a hablar de la intención. Y mira lo que la intención ha hecho ocho años después.

## El huracán

De pronto, se apagaron las luces de la casa. Se escuchó un golpe que procedía de la parte de arriba. Ana cerró rápida la puerta del sótano. Estábamos totalmente invadidos de oscuridad y de pánico. El sonido de las ratas famélicas sonaba escalofriante.

—Todo va a salir bien, Ana —le dije.

Mi cabeza quería pensar que se trataba del viento, de una rata que había tirado un jarrón antiguo, o cualquier cosa antes de pensar en que Fran estaba dentro de la finca.

Y otro estruendo sonó con eco. Procedía de las escaleras. Quien fuera, había entrado en la casa, y venía directo al sótano en el que estábamos escondidos.

—Yo misma cerré la puerta con llave —dijo con la voz temblando.

Estaba seguro de que era él. Fran era capaz de saberlo todo, de aparecer en todos los sitios, de rastrearnos, de olfatearnos, de hacernos sentir que veía todo lo que hacíamos, que escuchaba todo lo que decíamos, y que incluso nos hablaba aun cuando no estaba presente.

—Nunca deberíamos haber entrado aquí. Esta casa está maldita —dijo Ana con las palabras cortadas por la falta de aire.

La puerta del sótano se abrió brutalmente tras una patada. Estábamos escondidos en un armario gigante. Entre las telarañas y los bichos que vivían allí ahora.

—Ana, Marcos. ¿Qué hacéis? No podéis esconderos de mí —dijo la voz de la locura.

Era él.

Ana controló su respiración mientras lloraba lágrimas mudas.

—Os voy a encontrar —dijo la voz de la sangre mientras golpeaba un palo contra el suelo.

Cogí un trozo de madera que había al lado derecho del interior del armario y se lo entregué a Ana.

—Voy a salir fuera, voy a intentar hablar con él. No dudes en golpearlo contra su cabeza si intenta hacerte daño.

Ella me miró terriblemente asustada.

—Marcos Ruiz, tú y yo tenemos una conversación pendiente —dijo la voz de la muerte

Abrí cuidadosamente el armario y lo enfrenté.

—Aquí me tienes. Ahora ya sé quién eres realmente, y sé las cosas que has hecho —le contesté mirándolo con vergüenza.

El dio unos pasos cortos, sonreía y tenía sus ojos extremadamente abiertos.

—Siempre has sabido quién soy. Soy tu amigo Fran, él que te ayudó a acabar con tus demonios. Te quité de encima a Álex, te ayudé cuando estabas solo. Soy el único amigo que siempre ha estado junto a ti. Esa zorra de Ana, o la puta de Abigail, no son más que personas pasajeras. No te quieren, no te protegen, jamás te van a cuidar como yo te cuido —decía ralentizando cada palabra, e hipnotizándome con sus ojos. Y de pronto, igual que pasó cuando violó a Sarita, caí al suelo golpeando mi cabeza contra un trozo de madera astillada, dejando mi sangre en el suelo de ese sótano abandonado.

—Ana, dulce Ana. Puedo oler el tufo de tu cobardía desde aquí. Tiembles y lloras como una niña pequeña tras la puerta de ese armario. ¿Qué podrá pasar ahora? Tu amigo Marcos no quiere ayudarte, porque se ha dado cuenta de que no eres una buena influencia para él. ¿Te imaginas que simplemente me marché y te dejó ir a casa? Sabes que eso no va a pasar. Podría haber sucedido, si no hubieras vuelto ocho años después a remover las cosas que el tiempo dejó en el cajón del olvido. Imagínate, si no hubieras vuelto, pronto te casarías, serías feliz junto a un hombre honrado, seguirías trabajando en aquello que te costó tanto conseguir, y podrías haber continuado en tu ejemplar vida. ¿A que sí, Marcos?

Lentamente avanzaba hacia el armario. Yo miraba desde el suelo, diciéndome a mí mismo que me levantara y acabara con su vida. Pero era como si estuviera atado, no había forma de avanzar.

Él abrió el armario ágilmente, y Ana se abalanzó, propinándole un golpe en la cabeza que lo desestabilizó. Vino rápidamente a por mí

—Vamos, Marcos, vámonos —me dijo.

Yo no era capaz de reaccionar. Podía verlo todo, pero era insuficiente.

—Marcos, por favor, podemos marcharnos —me suplicaba.

Fran se levantaba del suelo. Se apartaba la sangre con la mano, y nos miraba con horror.

—Lo siento, Marcos —me dijo Ana.

Ella salió corriendo hacia la puerta. Fran salió tras ella: subía las escaleras rápidamente, había perdido los tacones durante el recorrido. Fran silbaba obras de Vivaldi mientras sonreía.

—¿Dónde crees que vas a ir? —dijo haciendo una pausa.

Ana llegó hasta la puerta. No estaban las llaves. Comenzó a golpearla con el palo. La puerta estaba blindada, y tras cada golpe de desesperación, el palo de madera perdía partes de él.

Fran estaba ahí, detrás de ella. De pie, con la mirada llena de obscenidad, y con la sonrisa más notable que antes.

—Se acabó el juego —le dijo.

Ana gritó bestialmente mientras Fran se abalanzaba sobre ella. La golpeó contra la puerta de la casa. La cogió y la bajó al sótano. Yo seguía ahí, agarrado por los demonios invisibles, viéndolo todo sin poder decir ni hacer nada.

La colocó junto a mí, le arrancó el vestido. Y empezó a violarla. Ana me miraba esperando algo de mí. Yo solo veía la cara de Fran gozar. Empujarla contra la muerte. Desprenderla de su dignidad. Arrancarle la sonrisa en un momento, en un instante letal. La mano derecha de Ana incluso agarró la mía. La sensación de sentirme caminando hacia el infierno fue más evidente de lo que había sido todos estos años, y las ganas de querer morirme fueron tan crecientes que lo único que podía pensar era en meter mi cabeza en una soga. En la soga que había estado rondado por mi vida durante todos estos años.

Los ojos de Ana se congelaron como si fueran un iceberg, y cuando Fran casi había acabado, eyaculó sobre su cara y su cuerpo. Eyaculó el semen de la muerte, podrido y envenenado de perversión.

Después cogió un cuchillo grande y le rajó el cuello. No pude evitar vomitar.

A la mañana siguiente, su cabeza colgaba de la habitación de Álex. La había perfumado con su colonia, y le había escrito en la frente la palabra: Zorra.

## La habitación de la niña sin nombre

—Papi, papi, Marcos ya se ha despertado —decía la niña pequeña y misteriosa.

Tenía la visión borrosa. Me dolía la cabeza. La almohada estaba manchada de sangre.

Intenté levarme, pero la cuerda tiró de mis muñecas, y de mis piernas. Estaba atado a la cama.

El color de la habitación era azul claro, y había juguetes en el suelo.

Junto a la cama sobre la que me encontraba preso, había otra de menor tamaño. Al principio no quise razonar de lo que se trataba, pero era Fran, estaba enfermo.

Me había atado a una cama en la misma habitación en la que su hija jugaba, respiraba y dormía.

—No tienes que enfadar a papi —me dijo susurrando.

Entonces recordé lo que le pasó a Ana. Lo que le hizo. Recordé sus ojos nacarados petrificarse frente a mi mirada paralizada. Podía incluso visualizar el hilillo de baba que le goteaba mientras Fran terminaba de despojarla de su intimidad. Recordé el tacto de su mano mientras intentaba apretar la mía para que reaccionara.

Y entre esos recuerdos amargos, dolientes, sangrantes y decepcionantes, me recordé la mierda de persona que era.

Los pasos del maníaco se escucharon con vigorosidad. El suelo crujía tras sus pisadas. Su hija corrió rápida hacia su camita, y se tapó hasta la cabeza.

—Viene el monstruo —me susurró antes de salir corriendo, y poner esa cara de pánico.

Él entró por la puerta. Tenía la mirada relajada como el mar en calma, y la sonrisa discretamente pronunciada. Era increíble... ¿cómo podía dormir por las noches, después de lo que había hecho?

—Te dije que tú y yo éramos los únicos en este mundo de crueldad. —Se acercaba lentamente hacia mí—. Yo te amo, formas parte de mí. No sé cómo explicártelo, pero nuestra conexión supera cualquier explicación racional existente. Lo supe desde el primer día que vi tus ojos tristes. Esos ojos que gritaban rabia contenida contra esto que llamamos vida. —Se sentó en la cama. Yo me tambaleé mostrando desacuerdo a sus palabras. Os juro que si no llego a estar atado lo hubiera matado—. Cuando tenía seis años vi cómo mi padre

violaba a mamá. Mi mamá era tan buena como la tuya. Me llevaba al cine y me compraba las palomitas grandes, que siempre acababan desparramadas por los suelos imaginarios que yo fantaseaba. Adorábamos el cine. Pero entonces él volvió: el coco, como siempre lo llamé, volvió a casa después de haber estado años viviendo sus borracheras y su vida de excesos. Volvió a casa y me robó a mamá. —Fran comenzó a llorar. Lágrimas de esas que no pueden parar. Lágrimas llenas de impotencia marcadas por el reflejo de un dolor no superado. Nunca hubiera podido imaginar que en el corazón de Fran hubiera cabida para tales emociones—. Mi mamá, Marcos, era tan buena como esa sensación en invierno de cuando caminas por la calle y buscas pasar por esa zona de luz, donde los rayos del sol calientan un poco. Mi mamá era como ese rayo: brillante y protectora. Pero un día, la nube era tan grande que absorbió todo su brillo. La apagó. —Me estaba dando pena. Era un loco, un psicópata, no debería sentir empatía con alguien así. En el fondo, quería que se callara, no podía permitir que ahora la pena de su vida, de su historia, cambiara la imagen que tenía sobre él. Era un asesino—. El cine pasó al olvido. Mi mamá siempre con la cara cubierta del maquillaje que tapaba el abuso. Mi padre saciado de las drogas más duras y terribles que se podían consumir. Y mi hermana, abandonada bajo la sombra de un mundo terrible en el que crecía. No tuve más remedio que dejar de soñar, y abrir los ojos. —Dejó un largo silencio después de esa frase. Se apartó las lágrimas con los puños—. Por eso, Marcos, tienes que darte cuenta tú también de cómo es el mundo. Y recordarte cada día que solo puedes confiar en mí. Yo soy la única persona que te conoce, y que siempre estará a tu lado.

¿Y si tenía razón? ¿Y si a su modo estaba diciendo la verdad? No pude evitar sentirme de nuevo como si estuviera encerrado en una caja voluntariamente, porque lo que veía cuando intentaba salir, era peor que el inframundo.

—Tú eres un violador, y un asesino. No eres la clase de persona con la que quiero compartir mi vida. —Su hija abrió los ojos asustada.

Como podéis ver, tampoco era muy inteligente. ¿A quién se le ocurriría decir eso teniendo al susodicho casi respirando en mi rostro y estando atado a una cama de noventa centímetros? Él se levantó, hizo unas muecas extrañas con la cara y dio una patada a la mesilla de noche.

—Eso es lo que ellos querían contar. Pero no sabes la verdad. Solo conoces una versión tergiversada creada por esos infames. Maté a Álex porque era una persona con el corazón oscuro. Maté a Ana porque era una persona con el corazón oscuro. Maté al coco porque era una persona con el corazón oscuro. Y todas las personas con el corazón oscuro, merecen estar en otro mundo, silenciadas, sin tener el poder de robarles los sueños a los niños que quieren

soñar.

En cierto modo tenía razón. Las personas tóxicas, que te absorben la energía hasta dejarte desnudo, no deberían tener cabida en este mundo. Pero él no era nadie para tomarse esa justicia. Y mucho menos para violar y matar a Ana. Nada de lo que decía podía cambiar la historia. «Tú me mataste», dijo la voz de Ana en el centro de mis pensamientos. Llevaba escuchándola desde el trágico momento. Me estaba castigando por no haberla ayudado.

—Fran, tienes que entender una cosa, tú y yo nunca vamos a ser amigos. Nunca. Y me da igual todo lo que me digas, me da igual que me tengas aquí atado a la cama de tu hija. No vas a poder cambiar todo lo que te odio, y todo lo que me has hecho sufrir. —Su mirada lucía derrotada—. Una vez me dijiste que tenía los ojos más tristes del mundo, es cierto, pero tú tienes la mirada más oscura que jamás se haya visto. Y prefiero pasarme la vida llorando las lágrimas de mis errores, que tomarme la justicia por mi mano y volverme un loco.

Comenzó a gesticular de una forma extraña. Le faltaba el aire y chapurreaba palabras que no tenían sentido alguno. Sus piernas comenzaron a tambalearse. E inminentemente cayó al suelo. Vibraba y golpeaba su cabeza contra la losa de mármol, y la manchaba del rojo intenso.

—Niña —me dirigí a su hija—. Ayúdame a salir de aquí. Coge las llaves de las cadenas. Tienen que estar en sus bolsillos.

El seguía machacando la cabeza contra el suelo. Su hija miraba asustada y paralizada.

—Por favor, es mi única oportunidad de sobrevivir. Si despierta... me matará.

La niña empezó a sollozar mientras miraba a su padre estremecerse en el suelo.

—No puedo hacerlo —dijo muy asustada.

—Por favor, claro que puedes hacerlo, es hora de terminar esta pesadilla.

En mi mente no podía dejar de suplicar que lo hiciera, que me desatara de la cama, y poder marcharme. Tenía que ayudar a mi hermana Érika. No podía abandonarla ahora. Quería seguir conociendo a Abigail... Quería tantas cosas... ¿Y cómo poder fingir ser feliz en un mundo de sombras? «Tú me mataste», volvió a decir la voz de una mujer humillada, maltratada y violada. ¿Cómo iba a pasar página después de eso?

La niña se había levantado de la cama y se acercaba a su padre sigilosa. Fran había dejado de tambalearse, y se encontraba en el suelo inconsciente, mugriento de su propia sangre, y cubierto por el hedor de la muerte.

Ojalá se hubiera muerto, pensé.

Ella tenía el latido de su corazón casi desbordándose del lugar en el que

estaba colocado. El miedo que sentía hacia su padre era terrible.

Y es que el miedo es como una bola en la garganta que no te deja respirar, que frena tus intentos de querer algo, que funde la bombilla de tu sonrisa, que revienta tus ganas de vivir. El miedo es como estar asomado desde la punta de un gran precipicio mientras al otro lado puedes ver todo con lo que siempre habías soñado. El miedo es simplemente una forma lenta de morir. De morir sin ser recordado.

—Las tengo —dijo con su voz de niña, robándole el poder a la voz de la sangre.

Se acercó rápidamente a mí. Comenzó a desencadenar mis manos. Después mis piernas. Las cadenas habían hecho herida en mi piel. La sensación de libertad se intensificó en un momento.

Fran seguía arrojado en el suelo. Volví a pensar en que ojalá estuviera muerto.

Salí con su hija de la habitación. Velozmente.

—Quiero pedirte un favor antes de que te marches —me dijo con su dulce vocecita.

—Nos marcharemos los dos. Vamos a ir a la policía. Vamos a acabar con todo esto —le dije convencidísimo de ponerle fin a la pesadilla que comenzó hace ocho años.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo dejar a papi solo. Tú debes irte lejos, y no volver por aquí. Pero antes necesito pedirte un favor. —No entendía por qué quería seguir ahí.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté con curiosidad, y sin dejar de estar en alerta ante la posible aparición de la muerte.

Me pidió que la acompañara. Bajamos al sótano de su casa. Allí abrió un congelador. Y me la enseñó.

—Llévate a mamá de aquí. Entiérrala en un bosque. Ella añoraba la libertad de la naturaleza. Papá siempre decía eso de ella.

Fran me contó que su esposa se marchó, y lo abandonó. Nunca me dijo que la había matado.

Estaba congelada, tenía el pelo conservado. Los ojos petrificados como esmeraldas.

Eso me iba a llevar un tiempo que no tenía. Encontré una carretilla y con esfuerzo y la ayuda de la niña pude subirla hasta la parte de arriba.

—Seguro que ella te amaba. Y lo seguirá haciendo desde arriba —le dije intentando consolarla.

—Si arriba hubiera alguien, ella seguiría amándome desde aquí, desde abajo. —Y qué verdad tan penetrante dijo la niña de cinco años. Si alguien

estuviera ahí arriba, encargándose de controlar la humanidad, estas cosas no pasarían. Prefería negarme a pensar que pudiera existir un Dios capaz de permitir tales injusticias.

—Gracias por ayudarme. Prometo que volveré a por ti. Te salvaré de las garras de ese loco.

—Esperaré a que vuelvas —me dijo con su voz dulce.

¿Cómo podía trasmitirme tanto? Debería habérmela llevado... ¿Pero cómo lo explicaría? ¿Qué le diría a la policía? Volver a entrar al mundo exterior me daba mucho miedo. Había tantas incógnitas pendientes...

—Una última cosa, pequeña. ¿Cuál es tu nombre?

Ella me miró unos segundos, el flequillo le tapaba el ojo izquierdo.

—Me llamo Sarita.

## El coco ha vuelto

Y mientras Fran, un chico de ojos verdes, estaba en el suelo de la habitación de su hija Sarita, ese mismo niño, ahora hombre, muchos años después recordaba una cosa que había sucedido muchos años antes.

Recordaba cuando el coco entró ese día en casa, dispuesto a llevarse por delante a su protectora.

Su mamá tenía maquillado hasta el corazón, hasta las lágrimas para que nadie las viera caer.

Ese día se encontraba en la cama tumbada, reposando el dolor de espalda provocado por el empujón del coco contra la pared. Reposando las ganas de vivir, que se disuadían cada día un poco más. Y pensando en el niño de ojos verdes, que ahora era el niño de los ojos tristes. Y como al niño de los ojos verdes no le gustaba ser el niño de los ojos tristes, se enfadaba, lloraba y pataleaba. Y entonces el niño de los ojos tristes sacaba un lado violento que nunca debió cultivarse.

El coco quería que la mamá silenciada levantara su trasero de la cama, y fuera a la cocina a hacerle algo de comer. Porque el coco, en cierto modo, era un poco inútil. Llevaba los últimos años llegando a casa con la barriga llena de cerveza, y con el plato de comida preparado en la mesa.

Y claro... cuando el coco vio que ese día, la mesa no tenía ningún plato de comida, y la casa olía a oscuridad, subió cabreado a la habitación en la que su mujer, la mujer presa del coco, intentaba descansar, e intentaba sacar fuerzas para evitar la situación que iba a preceder.

Lo que nadie sabía, ni ella, ni el niño de los ojos verdes, ni tan siquiera el coco de los ojos oscuros, es que ese día la situación se le iba a ir de las manos.

Y cuando el coco ya había golpeado tres puñetazos a la mujer que tenía retenida, se dio cuenta de que sus golpes ya no tenían efecto. Porque la mamá del niño de ojos tristes había aprendido a inhibir el dolor, porque si no inhibía el dolor iba a estar toda la vida regalándole al coco lo que él quería: sus gritos.

El problema es que el coco es de esas personas que necesitan sentirse con el control de la situación. De esas personas que necesitan oler el miedo de los demás para sentirse cómodos.

Pero claro, como la mamá ya no gritaba, y había maquillado sus lágrimas, el coco no veía absolutamente ningún efecto ante sus imposiciones, y eso enfadó

al coco. Entonces, agarró de los pelos a la mamá con la que el niño de ojos verdes a veces iba al cine a comer del cubo grande de palomitas.

La arrastró por el suelo hasta el pasillo. Allí le golpeó la cabeza contra la pared. Varias veces. Y en esa pared quedó una mancha de sangre. Y desde lo lejos, los ojos verdes de un niño, que ahora eran ojos tristes, empezaban a convertirse en unos ojos de coco. Y eso sí que le dolía al niño.

Y cuando la pared ya estaba cubierta de un charco, que el niño quiso pensar que era pintura roja, el cuerpo de la mamá sin fuerzas cayó al suelo, desplomado, sin lágrimas, ni gritos. Y con él, se cayó el maquillaje de los últimos años: ahora se veía claramente su ojo medio cerrado de los puñetazos diarios, el dolor de espalda producto de varios huesos rotos, las uñas amoratadas de cuando el coco le apretaba las yemas de los dedos, la espalda llena de cicatrices de las patadas y los lanzamientos de objetos, y lo peor de todo, un tumor que había crecido en su alma, y que se había llevado su felicidad.

Y mientras todo eso pasaba, el niño que no quería convertirse en coco abrazaba con fuerza a su hermana de ojos verdes, que en ese momento era un bebé. Un bebé que lloraba, y que sin ser consciente, también había visto la mancha de sangre en la pared.

## Vuelta a la realidad

Llegué a casa asustado. Invasión en el recuerdo de lo que había pasado esa noche. Y la noche anterior: ¿cómo iba a olvidar que Fran violó y mató a Ana a pocos centímetros de mí?

—Mi hermana Érika me estaba esperando en el sofá de casa. Tenía el rostro asustado. Y había estado llorando toda la noche.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

—¿Qué podía contestarle? Tenía la ropa manchada de sangre. Y ella lo estaba viendo...

—Salí de fiesta —contesté poco convincente.

—¿De fiesta? —preguntó con retintín.

Y nos quedamos mirados, congelados bajo pensamientos contrapuestos. En el fondo sabía lo que ella estaba pensando.

—¿Has visto las noticias? —me preguntó.

—¿A qué te refieres? —contesté sabiendo perfectamente a lo que se refería.

Ella se levantó y se acercó a mí. Se acercó a observar la sangre desde cerca, la sangre que me convertía en el asesino de Ana.

—¿Has matado a Ana? —me preguntó, reflejando sus ojos verdes en los míos, y clavándolos con juicio, acusándome sin decir nada.

Y entonces, sufrí un bloqueo, caí al suelo y empecé a golpearme con estruendo. Esta vez fue muy fuerte, demasiado fuerte, tan fuerte que...

Casi...

Solo unos minutos más tambaleándome.

Y entonces...

Hubiera abandonado a Érika.

## **La segunda mujer de los ojos verdes se sentía una cobarde**

Mientras Marcos, hace muchos años, había sido ingresado en un hospital porque casi pierde la vida, una segunda mujer de ojos verdes sopla las velas de una tarta que le recuerda que tiene un año más. Su marido la fotografía mientras su hijo le da un beso. También había varios amigos de la segunda mujer de ojos verdes, y ella, aunque no quiere hacerlo, sonrío.

Y sonrío, porque ha aprendido a disimular sus sentimientos. Aprendió muchas cosas que la enseñaron a vivir huyendo.

Lo que pasa, es que ahora esas cosas volvían a aparecer y tenían más peso que antes, y dolían más que antes.

Y eso es lo que hace que una segunda mujer de ojos verdes, ya no pueda disimular más, y rompa a llorar. Y eso es lo que hace que un hombre, que había intentado ser lo más bueno posible, sienta que no conoce a la mujer con la que se había casado. Y eso es lo que hace que un niño piense que su mamá está enferma. Y eso es lo que hace que unos amigos se sientan incómodos.

Todo eso pasa porque los amigos vinieron a divertirse, no a ver cómo la mujer de ojos verdes se convertía en la niña de ojos verdes que era hace unos años. Y el marido se asusta, porque aunque llevaba mucho tiempo sabiendo que su mujer ocultaba algo, se sentía cómodo evadiendo la situación. Y entonces es cuando un hombre les dice a los amigos que se marchen, los amigos se marchan, y cuando ellos se han marchado, él se va a su habitación con su hijo, porque prefiere dormir y que mañana al despertar todo haya vuelto a la normalidad.

Lo que él no sabe es que a veces llorar, y quitarse el disfraz, es lo que hace que, por fin, una segunda mujer de ojos verdes esté decidida a hacer lo que no se había atrevido durante todos estos años.

Y a la mañana siguiente, cuando el marido y el hijo se han despertado, la segunda mujer de ojos verdes no está en casa y ha dejado una nota, contando una verdad que hace que a su marido se le acelere el corazón mientras por sus ojos empiezan a caer lágrimas como si fueran lluvia.

## El olor a muerte

Abrí los ojos, y pude ver cómo las sondas penetraban en mis fosas nasales. Pude oír el pitido molesto de la máquina que me recordaba que seguía vivo.

Mi hermana entró velozmente, y me abrazó. Tenía la mirada extraña. Y digo eso, porque en ese momento se me había olvidado todo lo que había pasado antes. Se me había olvidado que Ana había muerto, se me había olvidado que Fran había matado a Ana, se me había olvidado que la hijita de Fran se llamaba Sarita, y se me había olvidado que había enterrado a una mujer con la cabeza hecha trizas cerca de un pantano.

Y claro, mi hermana me miraba con la misma mirada que cuando llegué a casa, con las ropas manchadas de sangre, esperando que le contestara la pregunta que había olvidado.

Lo que ella no sabía era que, de nuevo, mi cerebro había creado un bloqueo de ese recuerdo. Lo había creado porque era mejor no acordarse de una cosa así, porque olvidando eso era más fácil poder retomar el camino hacia la felicidad que le había prometido a Érika.

Y entonces, me volvió a contar todo lo que le había pasado a Ana. Y claro, yo, como no me acordaba de nada, me sorprendí. Aunque supe que se trataba de Fran... ¿Quién iba a colgar una cabeza sobre una ventana en el mismo sitio en que colgó la cabeza de Álex? Pero esta vez me daba igual, porque no había venido a contármelo, así que yo no era testigo de nada. Y aunque me dolía por Ana, me dolía mucho, llevaba casi ocho años sin haber tenido ninguna relación con ella. Salvo esa vez que fue a casa, o el otro día en el entierro de mi madre.

Lo importante era que no recordaba lo otro, y eso a priori parecía algo bueno, porque no había sido mi culpa, y olvidarlo me ayudaría a poder dormir sin remordimientos. Sin pensar en su manita rozando la mía mientras era violada a mi lado.

Y claro, cuando Érika vio que yo decía la verdad, entonces se despreocupó, y cambió un poco su mirada, pero no del todo.

Y justo ahí, me dijo que unos señores habían venido a hablar conmigo. Pero yo no quería hablar con nadie. ¿Para qué? Lo que pasa, es que uno no puede decidir si hablar o no con esas personas, porque esas personas mandan. Y tienes que obedecerlas.



## Las personas con las que tienes que hablar quieras o no

Eran dos, una mujer con una coleta, y un hombre gordo y bajito. Tenían esa vestimenta azul que tienen todos los que son como ellos.

—¿Cómo te encuentras, Marcos? —preguntó la mujer de la coleta.

Yo miré sin decir nada. Analizando la situación.

—¿Sabes por qué estamos aquí? —dijo el hombre gordo.

Yo negué con la cabeza.

Mi hermana había salido de la habitación, así que me sentía muy abandonado.

—Estamos investigando el asesinato de Ana Jiménez —dijo de nuevo el hombre bajito.

No entendía nada, ¿qué tenía que ver yo con eso?

—¿En qué puedo ayudaros? —dije un poco nervioso.

La policía de la coleta me rodeó por el otro lado de la cama. Estaba acorralado.

—Verás... sabemos que erais amigos. Solo estamos hablando un poco, con toda la gente que conocía a Ana. Necesitamos entender por qué alguien le cortó la cabeza y la colocó sobre la ventana de la casa de... bueno... de Álex Fernández.

Yo me puse nervioso, porque sabía quién había hecho eso, y saber algo tan grave y no decirlo te hace cómplice de tal delito. Y ahora, que estaba conociendo a Abigail, y que estaba cuidando a mi hermana, no quería sufrir las consecuencias de una cosa que no era culpa mía.

—¿Podrías decirnos algo de Ana? ¿Algún enemigo? ¿Algo que sepas de ella y Álex? Seguramente nos encontramos ante el mismo asesino.

Yo reflexioné. Pensé en su nombre. Mi voz lo chillaba. Y pude verlo, detrás de la coleta de ella. Mirándome con sus ojos verdes, tristes, y con forma de coco, mirándome y desnudándome. Y entonces dije la palabra que no tenía que decir:

—«No», no sé nada de lo que le ha podido ocurrir, ni a ella, ni lo que le ocurrió a Álex. Lo siento.

Ahí, en ese momento, todavía habría estado a tiempo de cambiarlo todo. Pero una vez más, el miedo habló por mí.



## **La primera mujer de los ojos verdes pensaba en una persona**

La primera mujer de los ojos verdes pensaba, muchísimos años después, en lo enamorada que había estado... en que ese amor, convertido en obsesión, había sido el causante de tantas decisiones incorrectas.

Se acordaba de sus besos, de sus sonrisas, de sus ojos verdes... se acordaba de sus palabras, de sus abrazos y de su pelo negro... se acordaba de sus caricias, de sus rabietas, y de su voz similar al sonido de un susurro...

Y cuanto más se acordaba de todo eso, más pequeños eran los añicos que formaban su corazón.

Ella sabe que si no hubiera aparecido en la vida del chico, ahora hombre, de ojos verdes, nadie habría muerto, la segunda chica de ojos verdes no se habría marchado, y a la tercera chica de ojos verdes no le daría miedo mirarse en el reflejo del espejo.

Pero claro, ella, cuando llegó, todo lo que quería era vengarse de personas como Álex, porque odiaba a los abusones, de personas como Ana, porque odiaba a la gente que reía las gracias a los abusones, de personas como el chico de los ojos verdes.

Y cuando la mujer de los ojos verdes se dio cuenta de lo que había hecho se arrepintió, porque ella, en el fondo, aunque tenía el corazón hecho añicos, no era una mala persona. Y por eso, después de haberse ido, volvió, porque pensaba que si volvía podría matar al coco y salvar al chico de los ojos verdes.

## El nacimiento

Había pasado los últimos meses recuperándome en casa, descansando, tal como sugirieron los señores de la bata blanca.

Mi hermana me estaba ayudando todo lo que su barriga le permitía. Abigail también me visitaba mucho, y me traía grandes pasteles, y junto a los pasteles traía otras cosas, pero de eso no se daba cuenta: traía luz a una casa que había estado mucho tiempo apagada, traía sonrisas a una boca que había estado mucho tiempo con los labios apretados, y sobre todo, traía felicidad a un hombre que tenía muchas ganas de ser feliz.

Y cuando yo sonreía, mi hermana, que me escuchaba siempre, también sonreía; aunque lo cierto era que sus ojos verdes, desde lo que le pasó a Ana, y desde ese día que me dio el bloqueo, me miraban de otra manera.

Fran había desaparecido de mi vida. Y eso también era una buena noticia. Porque por fin parecía haberse cansado de perseguirme, por fin había entendido lo que Abigail me había dicho que le dijera. Y yo también entendí que ella tenía razón, que si le plantaba cara empezaría a dejar de ser una marioneta en sus manos, y en las manos de toda la gente que le gustaba jugar conmigo.

Bueno... pues una noche, casualmente una noche en la que Abigail se quedó a dormir conmigo, abrazada a mi barriga, se empezaron a escuchar gritos que provenían de la habitación de al lado. Lo primero que pensé, es que Fran había vuelto a casa, y que de nuevo estaba ahí, jodiéndome la vida.

Abigail se levantó rápida. Emitió un suspiro, y rápidamente llamó a una ambulancia.

Mi hermana suspiraba un poco más que Abigail, porque una niña con los ojos verdes quería ver el mundo por primera vez, a través de sus piernas.

Así que, cuando llegó la ambulancia, todos nos fuimos de nuevo al hospital...

Y ahí tuve uno de mis mayores bloqueos, porque era mejor olvidar lo que pasó en el hospital, y lo que pasó durante todo ese año.

## Desbloqueándome

Una de las cosas que a veces recordaba de ese año, era esa noche. Esa noche en la que había quedado con Abigail para cenar. Pero como siempre hacía cuando se le iba un poco la cabeza, me llevó a su apartamento de Cartagena.

Era invierno, y el paseo marítimo estaba desolado, solo caminábamos nosotros por ahí, cubiertos por dos abrigos tan gruesos que nos costaba hasta darnos la mano.

Hacía más de un año que nos conocíamos, y había una cosa que ella no terminaba de entender. No terminaba de entender que yo siempre pusiera excusas al hecho de tener sexo. Ella no lo entendía, porque ella no sabía que yo tenía VIH, no lo sabía porque aún no se lo había contado. Porque cada vez que ensayaba la forma de decírselo, me imaginaba la voz de Fran, diciéndome eso de que no puedo confiar en nadie, y que Abigail es una puta.

Y entonces me frustraba, porque yo sabía que ella no era nada de eso, que ella lo comprendería y me apoyaría, que ella no era como otras que se marchan y no vuelven, pero aun así, me daba tanto miedo, que cada vez que iba a intentar decírselo me bloqueaba.

El problema de esa noche fue precisamente el contrario, que me desbloqueé. Y me desbloqueé, porque cuando volvimos al apartamento, mientras ella se daba una ducha, yo aprovechaba para fumar un cigarrillo. Porque ahora yo también había empezado a fumar. Y mientras lo hacía, vi una cosa que lo cambió todo.

## **Las mujeres de los ojos verdes toman las riendas**

Una primera mujer de ojos verdes ha salido de su casa, para atreverse a hacer lo que llevaba un tiempo pensando. Para liberarse del odio, que había crecido sin descanso en ella, desde que perdió a la persona que amaba.

Está frente a una comisaria, dispuesta a entrar para contar toda la verdad. Y la verdad ahora pesaba tanto que no sabía ni cómo pronunciar las palabras: no sabía cómo decir que la culpa de que Álex Fernández muriera cuando tenía veintidós años, fue suya. No sabía cómo decir que la culpa de que Ana Jiménez muriera, fue suya. No sabía cómo decir todas esas cosas, esos errores que había cometido una mujer con ganas de venganza.

Una segunda mujer de ojos verdes se encontraba alojada en un hotel. Había hecho la maleta, y se había marchado dejando una nota en casa, que había puesto el corazón de su marido al borde del infarto. Porque en esa carta, había escrito todo lo que llevaba por dentro, todo lo que sabía acerca del chico de los ojos verdes, y que no se había atrevido a decir antes.

Estaba parada frente a una casa, una casa que ahora estaba cubierta de soledad. Una casa que desprendía el aroma del miedo, de la locura. La miraba paralizada, dejando caer pequeñas lágrimas, que rompían en el suelo con mucha ira.

Una tercera mujer de ojos verdes se ha quitado la ropa, y se ha quedado desnuda. Camina hacia el espejo de la habitación que la tiene presa. El espejo situado en el centro de sus aposentos. El espejo que mostraría todo aquello de lo que llevaba huyendo todo este tiempo. Aquello que podía matarla: verse a sí misma.

## Desbloqueándome (2)

—Hola, amigo —me dijo el hombre de la muerte recordándome, en un segundo, todo aquello que había olvidado.

Recordándome que violó a Sarita, recordándome que violó y mató a Ana, recordándome que mató a Álex. Recordándome tantas cosas, que de pronto, de nuevo, me sentía el chico más infeliz del mundo. Y entonces, dijo esas palabras, que yo siempre odiaba:

—Marcos Ruiz, el niño de los ojos tristes.

Y en ese momento, viendo la soledad de la calle, el aislamiento de la gente, y que la chica de ojos verdes de la que estaba enamorado se estaba duchando, empecé a temer por su vida. Y la vida de la chica de los ojos verdes que había robado mi corazón, era mucho más importante que mi vida.

Así que, ante el miedo de que él volviera a hacer lo que siempre hacía, mirarme con esos ojos verdes que me bloqueaban; ante el miedo de ver cómo violaba a la chica que me había devuelto la sonrisa, me arrodillé en el suelo y comencé a suplicarle:

—Haré lo que me pidas. Me marcharé de aquí, si quieres, pero no le hagas daño. Es una persona de buen corazón, de un corazón tan bueno como el de tu mamá cuando te llevaba al cine a comer palomitas del cubo grande.

Y cuando le mencioné a su madre, sus ojos brillaron como si fueran esmeraldas. Y los ojos verdes de coco se disuadieron en ojos tristes.

—Solo quiero salvarte de lo que me pasó a mí. Conocí a una chica muy guapa, cuando era un niño, le conté todo sobre mi vida, y utilizó todo eso para destrozarme, le conté hasta lo que el coco de ojos oscuros le hizo a mi mamá, le conté que pintábamos la pared cada año con pintura nueva porque la mancha de sangre parecía volver a reproducirse.

»Una chica que me enamoró, y me hizo creer que la felicidad era un camino alcanzable; pero me engañó, Esmeralda me engañó, como hicieron todas las que vinieron después. Así que solo quiero protegerte, porque yo te amo, te amo porque somos los dos únicos amigos que existen en este mundo.

Y de repente, los ojos de coco volvieron a apoderarse de los ojos tristes, que a su vez, hace años, se apoderaron de los ojos verdes.

Y cuando los ojos de coco me miraron, como solían mirarme, ¿sabéis lo que pasó? Pasó algo muy triste. Caí al suelo de nuevo, y me bloqueé mientras

veía a Fran entrar a la casa donde iba a acabar con el amor de mi vida.

## Casa

Lo siguiente que recuerdo, era en casa: abrí los ojos, me desperté en mi habitación, el silencio era el protagonista. A mi lado se encontraba el coco de ojos oscuros, y nadie más.

—Has estado durmiendo durante mucho tiempo —me dijo pausadamente.

Me levanté sigiloso.

La casa olía a oscuridad, olía al hedor de la muerte, olía a todo eso que aparecía cuando Fran llegaba.

—¿Mataste a Abigail? —le pregunté con los ojos llenos de ira.

Él no dijo nada.

Me levanté furioso. Lo agarré del cuello, y lo golpeé contra la pared.

—¿Has matado a Abigail? —le volví a preguntar.

Y el cabrón, fingió una risita.

Lo golpeé tan fuerte como pude, y lo dejé caer al suelo. Empecé a gritar, empecé a gritar por haberlo conocido, empecé a gritar por no haber parado a tiempo esta locura, empecé a gritar porque de nuevo me sentía más solo que nunca, y cuando la soledad llegaba a mí, solo traía desdicha, empecé a gritar porque de nuevo se me pasó por la cabeza la idea de meter mi cabeza en una soga. Y cuando pensé en eso, volví a ver la soga que hace años se iba paseando por los cuellos de todos los que amaba, lo que pasa es que esta vez venía a por mí.

## La soledad

Había llegado demasiado lejos, ahora sí que sí, ya habíamos terminado. No iba a permitir que Fran volviera a mi vida. Lo tenía muy claro.

Bajé a la cocina, cogí un cuchillo del cajón...

Mierda... al final me estaba convirtiendo en aquello que no era.

Fui de nuevo a la habitación, seguía tirado en el suelo, mirándome y riéndose.

Os juro que no era yo, no era yo el que tenía el cuchillo en la mano, no era yo el que le había colocado la hoja debajo de su cuello, y el que apretaba provocando la apertura de pequeñas gotas de sangre.

Y entonces, pareció entenderlo.

Y ese día, fue el último día en el que Fran vino a buscarme. Pero años después fui yo, fui a buscarlo para matarlo de verdad.

Cuando se marchó, volví a escuchar el silencio de una casa que había sido abandonada.

Salí al exterior a fumarme un cigarrillo, y a pensar en cómo iba a explicar a la policía que la chica con la que estaba pasando la noche, en su apartamento de Cartagena, había sido asesinada cruelmente por un loco como Fran.

Y entonces, mientras fumaba, la vi.

Estaba recogiendo las cosas de su casa, metiéndolas en un camión, ¡se marchaba! Me acerqué a ella. Pero ella me miró tan mal como si le hubiera arruinado la vida.

—No quiero volverte a ver. Eres un mentiroso, Marcos Ruiz. —Y con esa mirada de odio clavada en mis ojos, ahora tristes, di unos pasos atrás volviendo a mi posición inicial, exhalando el humo de un cigarrillo, del primero que fumaría antes de hacer lo que iba a hacer esa noche.

## Érika

Entré a casa, sabiendo que había perdido a la mujer de mi vida. Mejor dicho, que me habían hecho perderla.

Nada más entrar, pude ver la soga volver a empezar a reírse de mí.

Sentía el cosquilleo a su paso por mi cuello, y mi vello se erizaba, pero aun así, aun a pesar de sentirme el hombre más triste del mundo me dije que no, me dije que no por una gran razón: Érika.

Pero claro, me dije eso en ese momento, porque aún no sabía lo que había pasado con Érika.

Y lo que había pasado con Érika, eso me dolía mucho más que todas las otras cosas, porque Érika había dejado una carta sobre su cama, y la carta que había dejado había hecho que mis ojos tristes empezaran a ser ojos de coco:

*Querido Marcos:*

*Siento mucho despedirme de esta manera, pero no sabía hacerlo de otra.*

*Anoche volvió mi novio, sé que no te caía muy bien, pero parecía arrepentido, y yo en el fondo, aunque me hiciera la dura, lo quería un montón.*

*Tenía pinta de haber madurado, y me ofreció la posibilidad de marcharnos a vivir a otro lugar, otro lugar en el que tiene la posibilidad de trabajar.*

*Y yo realmente no estaba siendo feliz en esa casa, porque llegaba ese amigo tuyo, que me daba tanto miedo, y que cada vez que aparecía empezaban a pasar cosas extrañas, y yo ya no sabía qué hacer ni qué pensar para poder actuar bien.*

*Cuida de la niña.*

*Te quiere mucho, tu hermana.*

## **Una segunda chica de ojos verdes sigue parada frente a la casa que abandonó cuando tenía que quedarse**

Una segunda mujer de ojos verdes recuerda a una segunda chica de ojos verdes, que se marchó de esa casa, cruzando esa misma calle, entre lágrimas y desolada, bajo una gran mentira.

La mentira de que había vuelto con el hijo de puta que la dejó en la cuneta, a punto de morir, y embarazada.

Érika miraba con nostalgia la casa de la que se marchó hace veintidós años.

Se preguntaba cómo había crecido su hermano. Si el chico de los ojos verdes había seguido apareciendo en su vida.

Lo que pasa es que esa casa estaba vacía. Y cuando tocó el timbre, descubrió que su hermano hacía tiempo que no vivía en ese hogar. Tan siquiera sabía si su hermano estaba vivo.

Y también pensaba en la niña que dejó a la suerte de su destino. La niña que pensó en llevarse, pero que no tuvo el valor. La niña, que ahora era la tercera mujer de ojos verdes, y que seguía con los ojos cerrados, desnuda, a punto de verse en el espejo que podía matarla.

Érika se puso a preguntar a las pocas casas de alrededor por su hermano. Estaba segura de que alguna familia habría sido lo suficiente común para haber permanecido viviendo en el mismo lugar, durante todo este tiempo.

Y cuando finalmente le dieron información sobre su hermano, sintió aún más punzante el dolor de su conciencia.

## El final

Ahora sí que ya no tenía más fuerzas para continuar. Todo el mundo se había marchado de mi vida.

Esa niña, que lloraba desde la habitación de Érika, no era mi responsabilidad, así que la saqué al portal, la tapé con una manta, y la dejé a su suerte.

Cogí la sogá, la sogá que había estado retándome todo este tiempo, la coloqué sobre la lámpara, medité unos segundos acerca de mi vida. Y entonces...

Entonces, me vino a la cabeza un recuerdo que no situaba demasiado bien. Pero el nombre de esa chica, el nombre del color de nuestros ojos: Esmeralda. Ahora daba vueltas saltando por todos mis bloqueos, por todos mis agujeros, ¿qué quería decir eso?

No tenía ganas ni fuerza para seguir pensándolo, así que metí la cabeza; aunque mi mente no se iba del lugar, del lugar en el que una chica con el nombre del color de mis ojos estaba gritando.

Y ahí, escuché también el sonido de una voz familiar: la voz de Sarita.

—Marcos, por favor, abre los ojos y rompe el juego.

Y mientras la sogá apretaba, ella sabía que me da igual, lo sabía porque llevaba tiempo queriendo estar muerto, lo sabía porque la muerte no tenía valor cuando no perdías nada, y eso a la sogá le jodía, le jodía tanto, que parecía no querer matarme, y aunque pasaban los segundos, se resistía a llevarme al lugar que me tenía que llevar.

Y entonces, alguien regresó, y cortó la sogá.

## **La vuelta de la primera mujer de ojos verdes**

Vuelve una primera mujer de ojos verdes, llamada Gina, que impide que un hombre de ojos verdes haga lo que iba a hacer, y como consecuencia una tercera mujer de ojos verdes la está odiando mucho en este momento, veintidós años después de que impidiera que Marcos se suicidara, momento en el que por fin abre los ojos frente al espejo.

**EL  
TERCER  
SUICIDIO  
DE  
MARCOS RUIZ**

El tercer suicidio es el más triste, porque mientras en el primero y en el segundo huía de la verdad, ahora es la verdad la que me hace recordar. Recuerdo todo, mi mente ha mostrado la pintura borrosa del mapa de mi cabeza. Ahora sabía todo lo que había hecho, ahora recordaba todo lo que pasó ese año de hospitales que mi mente borró. Ahora recordaba lo que Fran le hizo a Abigail en el apartamento de Cartagena. Ahora recordaba tantas cosas, que antes de vivir con ellas, prefería dar el paso que iba a provocar que desapareciera de una vez por todas.

## Veintiún años después

Soy el hombre de los ojos verdes, tengo cincuenta y dos años, y estoy parado sobre el precipicio en el que voy a acabar con mi vida.

En el mismo precipicio en el que os he contado toda mi historia, tal y como yo la viví. Respetando el orden de mis bloqueos, y el de mis desbloqueos.

Muchos de vosotros tendréis hoy una imagen de mí muy clara, otros no tanto, pero lo que os voy a contar ahora, cuando os desvele con claridad todos los rincones de mi mente, que hasta ayer habían estado apagados, cambiaréis radicalmente la imagen que habíais proyectado acerca de mi persona, seguramente os empezaré a caer mucho peor. Pero total, a mí me da un poco igual, mi vida está a punto de culminarse, y el mundo, las personas, y la vida en general, me parecen una auténtica mierda.

Os aclararé de una vez por todas quién era Esmeralda, y por qué se me apareció en el momento en el que metí la cabeza dentro de la soga, os contaré por qué el amor platónico de Fran, de nuevo Esmeralda, fue mi mejor amiga durante la infancia, y durante la adolescencia.

Os diré, esta vez sin tapujos, sin bloqueos, sin miedos, porque ya me da igual, lo que pasó la noche en la que creí que comenzó todo, os diré bien, porque eso también lo sé, lo que pasó con mi padre.

Y por supuesto, os contaré lo que pasó ese año, ese tan trágico lleno de bloqueos y más bloqueos. Ese año en el que Fran entró al apartamento en el que se encontraba el amor de mi vida y...

Y bueno, todas esas cosas... y una vez que lo haga, y me libere, cumpliré lo que os he contado al principio, eso de que me había tirado contra las rocas de un precipicio, lo que pasa es que esta vez lo haré de verdad.

Solo espero que la tercera mujer de los ojos verdes, algún día pueda perdonarme por todo el daño que sin querer le hice. Y darle las gracias, por hacer lo que hizo, porque si no lo hubiera hecho, seguramente hoy no haría lo que estoy a punto de hacer.

Y decirles, a la primera y a la segunda mujer de ojos verdes, que ojalá el destino les tenga preparado un infierno tan grande y tenebroso como el que me han hecho vivir a mí todos estos años, sobre todo tú, Gina.



## Esmeralda

En la vida existen dos clases de amigos: los de verdad, y los que tenemos por conveniencia. Ella y yo éramos de los segundos, lo que pasa es que no nos dimos cuenta hasta que pasó el tiempo, hasta que empezamos a hacernos mayores.

En cierto modo, sobre todo más ella que yo. Porque yo, cuando era un niño de ocho años, siempre que mi mamá me dejaba invitar a alguien a casa, era su nombre el primero que pasaba por mi cabeza, también os reconozco que no tenía muchos más nombres a los que recurrir.

Ella tenía una familia normal. Y con normal no me refiero ni a mejor ni a peor, sino a una familia políticamente correcta: su madre profesora de literatura en un instituto en el centro de Madrid; su padre cirujano plástico en una clínica de Humanes; y un hermano pequeño que acababa de empezar el colegio. Tenían suficiente dinero para llevar una vida de caprichos, solían salir juntos a cenar todos los viernes, se iban de vacaciones siempre que podían y visitaban países nuevos. Sus fotos en las redes le daban la popularidad de una de las familias más perfectas del mundo.

Me daban envidia. Mucha envidia. Porque mi familia no era políticamente correcta, tan siquiera era una familia...

Supongo que aquí estaréis un poco desubicados, porque yo, durante mi historia, no he hablado mal especialmente de ella, de mi familia, pero claro, ya os dije que os estaba contando la historia tal y como yo la viví, acorde a mis bloqueos. Y mis bloqueos a veces hacían que formara el puzle con las piezas al revés, y cuando pones algo al revés, al final el malo parece ser el bueno, y el bueno parece ser el malo.

Bueno, que sí, que Esmeralda era eso, una chica con suerte. Lo que pasa, es que en el colegio no tenía muchos amigos, porque a veces, las personas que lo tienen todo son un poco gilipollas, y ella era de esas que te dicen: «mis zapatillas son más caras que las tuyas», «mi mochila es de marca»; y claro, eso a la gente no le sentaba especialmente bien, excepto a mí, claro. Que como era un pardillo, pues me dejaba pisar todo lo que podía y más, y Esmeralda me pisaba todo lo que le daba la gana. Y yo seguía a su vera como un perrito.

Le contaba toda mi vida, mis problemas en casa, las reacciones de mi

mamá, de mi papá; de todo el mundo. Y eso ella lo usaba en mi contra, para meter ideas turbias en mi mente, ideas que empezaron a provocar el llamamiento a mis bloqueos.

Ideas tan graves, como que una niña de diez años te sugiera darle un susto a tus padres fingiendo ahorcarte en el cuarto de baño; que ella ya lo había hecho alguna vez, y a su madre casi le da un chungo.

Era una niña caótica, pero su familia tenía dinero, y sabía disimular muy bien; y mientras ella no tenía amigos por ser demasiado perfecta, yo no tenía amigos por ser demasiado imperfecto. Y Álex se reía de ella, y se reía de mí; pero de mí un poco más porque yo era un hombre, y los hombres como Álex siempre atacan con más fuerza a los niños indefensos.

Y bueno, como en casa no me hacían mucho caso, pues nadie se daba cuenta de que muchas veces llegaba con ciertas cosas rotas como la mochila, las camisas, los pantalones, la autoestima...

Y otras veces, no llegaba a casa, porque cuando llegaba, todo lo que tenía roto se rompía aún más, se rompía más porque mi mamá lloraba en su habitación, y mi padre gritaba berridos que llegaban hasta los rincones más amurallados de mi mente.

Entonces, íbamos a un solar de tierra, ella y yo, y allí le contaba todo. Y ella metía ideas vengativas en mi cabeza, ideas vengativas como imaginar a Álex y a Ana sin cabeza.

.

## Ira

Acabábamos de salir del instituto, Esmeralda tardaba demasiado en salir del baño; pensé que se había marchado. Me cansé de esperar y decidí poner rumbo a casa en solitario, acompañado del «gran Vivaldi».

Solía ser de esos que cuando escuchan canciones revientan el oído con el volumen de la música, y el piano del maestro se introducía por todos los rincones de mi cuerpo, me llamaba a saltarme las reglas y a pedirme que me atreviera a reaccionar, y fue justo ese día en el que por fin hice algo.

Estaba entrando por la senda de un parque por el que solía atajar para llegar a casa, cuando sentí el impacto doloroso de una piedra golpear contra mi espalda. Puedo recordar perfectamente el berrido que emití, los auriculares cayeron de mis oídos tras el zarandeo, liberando las *Cuatro Estaciones* de Vivaldi por todos los rincones de mi mundo, las *Cuatro Estaciones* que a partir de ahora iban a convivir dentro de mí.

Sus risas burlonas, significado de lo cobardes que eran, explotaron activando una pestaña que sacó a un chico más oscuro. Me revolví hacia ellos, clavando con malquerencia mis ojos en sus patéticas miradas, demostrándoles por primera vez que estaba literalmente hasta los huevos de que me machacaran constantemente.

—Parece que el pardillo se ha enfadado —dijo uno de ellos.

Álex miraba fijamente, mostrando tímidamente la sonrisa, y desorientado en cuanto a mi manera de reaccionar.

—Va, Pedro, tírale otra piedra, ahora dale en la cabeza —volvió a ladrar.

Me acerqué muy lentamente hacia ellos, clavando mi mirada en la piedra que estaba a punto de atacarme.

Álex empezaba a mirar asustado. Pedro hacía el amago de lanzarla, provocado por las voces de sus sombras, y poniendo en duda su reputación como abusón.

—Tío, revientale la cabeza a ese friki.

Y lo hizo. La piedra dio de lleno en mi cabeza. La sangre salpicó, y el chinarro coloreado del rojo intenso golpeó con tres rebotes en el suelo, llegando hasta la zapatilla de Pedro. Yo ni me inmuté, les sonreí como un loco, y continué mi propósito.

—Tíos, vamos a dejarlo ya, vámonos de aquí —habló la cobardía.

Llegué hasta ellos, me quedé petrificado frente al chico que no había parado de ladrar durante todo el conflicto, me agaché sin separar mi vista de la suya, cogí la piedra que había manchado la zapatilla de Pedro, y se la reventé en la boca.

—Trágate mi sangre envenenada —dijo la voz de mi padre.

Le rompí casi todos los dientes. Y entonces apareció ella entre aplausos y risas. Yo estaba rojo como un demonio, gritando locuras propias de un adulto con enajenación mental, ellos se retiraron asustados, asumiendo que por primera vez habían perdido una batalla.

A los pocos segundos caí al suelo, y ahí, junto a Esmeralda, sufrí mi primer bloqueo. Ahí, junto a la chica que iba a condenar mi vida.

## Gina

Una primera mujer de ojos verdes sabía todo lo que un hombre de ojos verdes había hecho, conocía también sus bloqueos, porque en muchos de ellos, indirectamente, ella había estado presente.

Una primera mujer de ojos verdes, que no era mala persona, se había enamorado obsesivamente de quien no debía enamorarse, se había enamorado de Sarita.

Lo que pasa es que a Gina le gustaba jugar con Marcos, y se portaba de forma parecida a Esmeralda. Por ejemplo, a Gina le encantaba contar mentiras a Marcos con el fin de hacerlo sentir peor, con el fin de alimentar a un coco que entre todos, le daban de comer.

Sarita y ella se conocieron dos años antes de que la sogá, ahogara a la primera de ellas, y Gina se había entregado locamente a la susodicha. Por ejemplo, una de sus mentiras es que ellas no habían tenido sexo.

Claro que lo habían tenido, y en ese momento, parada todavía frente a la comisaría, sin atreverse a entrar, recordaba en primer plano sus besos y sus caricias, recordaba su mano tocar su virtud con la magia y el placer de quien toca un instrumento. Y cuando lo hacía, el sonido de la música orgásmica emanaba por todos los poros de su piel.

Y por eso actuó como actuó, porque la echaba de menos, porque la necesitaba, y porque recreaba todos los momentos que habían vivido juntas, y por eso tenía ganas de venganza; y qué mejor manera de vengarse que utilizando a un pardillo, a un niño, ahora hombre a punto de saltar por un precipicio, de ojos verdes.

## Sarita y Marcos

En la vida hay cosas peligrosas, y cosas muy peligrosas, y lo que Esmeralda me había propuesto era más lo segundo que lo primero.

—¿No estás cansado de ser un pardillo? —dijo ella combinando su nombre con el color de sus ojos.

Claro que lo estaba. Estaba cansado de ser el que se sentaba al final de clase, estaba cansado de que me rompieran todas mis pertenencias, estaba cansado de que me pegaran en el recreo, de que me robaran el bocadillo, de que me insultaran, estaba cansado de llegar a casa y no tener a mamá, porque el coco la tenía atemorizada.

—Yo estoy muy cansada... —dijo ella.

¿Cómo podía ella estar cansada? Si su familia la adoraba, mejor no la podían tratar, si ella hubiera conocido en primera persona lo que era mi vida, solo por un momento, creo que habría sabido valorar mucho mejor la suya, pero Esmeralda era así, egocéntrica, y sin sentido de la humildad.

—Deja de mirarme así, y di algo, ¿no te gustaría ser otra persona? ¿No te gustaría comportarte de otra manera?

—¡No! Somos lo que tenemos que ser —contesté con poca seguridad.

—Ellos tienen razón, eres un puto pardillo —me dijo clavando su mirada como herida.

»Fran, te mereces todo lo que te sucede porque no sabes reaccionar, eres la marioneta con la que juega todo el mundo, eres el estúpido sidoso que nunca tendrá un hueco en este mundo.

Empecé a sentir una quimera de emociones que desataban caos en mi cabeza: rabia, pena, violencia, destrucción... ¿era eso en lo que me quería convertir?

—¡Cállate ya de una vez! —le dije con los ojos al borde de la tormenta.

—Oooh, ¿ahora vas a llorar? No me extraña que a Álex le encante amararte el ojo de pardillo que tienes, no me extraña que todo el mundo se ría de ti, hasta yo me avergüenzo de ser tu amiga.

—¡Que te calles! ¡Cállate de una puta vez! ¡Eres una zorra, una puta zorra!  
—Las venas de mi cuello se habían tensado tanto que parecían la cuerda de una guitarra a punto de romperse.

Ella comenzó a reírse con descaro y superioridad.

—¿Ves? ¿Te das cuenta de que llevas a otra persona dentro de ti?

Empecé a pensar qué clase de persona podría llevar dentro. Solo tenía dolor, estaba claro que dentro solo podía vivir un monstruo.

—Te llamarás Marcos, y yo seré Sarita. Serás Marcos el violento, el temido, el monstruoso, al que todos temerán, el que se tomará la justicia por su mano tras todo el dolor sufrido, y yo, si haces eso, seré tu musa, tu princesa.

«Marcos», me dije.

—Y hoy comienza nuestra nueva vida —añadió ella siendo la creadora de un juego que se nos fue de las manos, sobre todo a mí.

El problema es que, en lugar de crear ese Marcos monstruoso, preferí crear a un Marcos tranquilo, divertido y amigo de los abusones, y eso convirtió a Sarita en mi enemiga; nada que ver con mi musa.

## Marcos

Ese día nació Marcos, y cuando los gritos de mi padre inundaban las paredes de mi casa, yo me inhibía en él, y entonces me inventaba tener un padre que simplemente trabajaba, y nos quería. También creé a una mamá que empezó a volver a ser como era antes, y cuando me inventaba todas esas cosas, podía sentirme feliz de nuevo.

El problema es que Fran regresaba, y en la vida de él, en mi verdadera vida, no había nada de luz, solo había un chico deprimido que cada día era más coco.

Otro gran problema es que a veces yo imaginaba la vida de Marcos, y otras veces era Esmeralda quien me obligaba a asignar ciertos aspectos negativos a la persona en la que me quería convertir, y eso generaba caos en mi cabeza. Porque yo no quería convertirme en alguien vengativo, yo solo quería ser un niño con una vida mejor.

Así que también me imaginé que era amigo de Álex y de Ana; aunque entonces, Esmeralda me decía que Sarita se enfadaba conmigo, y que si se enfadaba nunca podría conquistarla.

Y también decía algunas cosas como que Marcos tenía que estar obsesionada con ella, acosarla... Esmeralda empezó a delirar antes que yo, lo que pasa es que ella se lo tomó siempre como un juego; y yo empecé a creérmelo de verdad.

Así que pronto me convertí en el mejor amigo de Álex, y acosador de Sarita, le mandaba cartas, la perseguía al salir del instituto, y más tarde no solo del instituto, sino también de la universidad.

Todos los días nos veíamos en el solar, y ahí nos contábamos lo que Marcos y Sarita habían hecho durante ese día, y ese era el problema, como os he dicho antes, para ella era un juego, para mí empezó a ser real, tan real que no sabía distinguir entre Marcos y yo.

Y claro, un día los juegos aburren, y a veces son muy difíciles de parar. Cuando entramos en la universidad, ella me dijo que era hora de dejar de jugar, que habíamos llegado muy lejos; pero yo no podía entenderla, porque para mí ella era «Sarita la de los pechotes», aunque fuera más plana que una tabla de planchar, Esmeralda y Fran habían desaparecido, y gracias a eso crecí sin agresividad. Porque aunque el coco mató a mi mamá cuando tenía doce años, yo

seguía subiendo a su habitación a hablar con ella, porque el coco mató a la mamá de Fran, pero no a la de Marcos.

Y cuando Sarita desapareció, fue cuando empecé a descontrolarme, porque ella, aunque había fomentado mi locura junto a todas esas personas que me acosaban, o junto al coco que era mi padre, ella podía ayudarme a recuperar el control.

Y ahí fue cuando comenzó todo, cuando Marcos y Fran empezaron a vivir de manera simultánea en un único cerebro, en una única casa y con dos vidas totalmente diferentes.

## La verdadera Sarita

¿Recordáis esa chica que sufría los abusos de su padre? ¿Esa chica que contrajo el VIH, a través de este? ¿Esa chica que era lesbiana y que todo el mundo la catalogaba como una «calientapollas»?

Pues esa era Sarita, el otro yo de Esmeralda. Lo que deseaba ser: una chica con dos tetas enormes, la envidia de todo el instituto, más tarde la envidia de toda la universidad. Sarita alimentaba su ego de una forma descomunal, y mientras ella se sentía cada vez más grande, yo me sentía cada vez más enamorado de una chica que no existía. Y lo peor de todo, es que me enamoré de ella siendo Marcos, y de Esmeralda siendo Fran.

Sí, es una puta locura, pero estaba enamorado dos veces de la misma chica.

¿Sabéis por qué se inventó algo tan grave como tener VIH? Porque ella quería una vida llena de aventuras y dramas; ella sabía que yo, Fran Ruiz, sí que tenía VIH, lo tenía porque mi padre se lo traspasó a mamá, y claro, mamá me lo traspasó a mí cuando nací.

Y jugaba con eso para hacerme daño, para manipularme, me hablaba de lo triste que era tener una enfermedad así.

Lo que pasa, es que eso nunca se lo contaba a Marcos, se lo contaba a Fran, porque Sarita odiaba a Marcos en su historia de locura, ya os dije que para ella Marcos era un acosador.

Además, prefería decírselo a Fran, porque Marcos, el personaje que yo me creé, como era de esperar, no tenía VIH, yo no quería crear un drama... Yo solo quería tener una familia de verdad, amigos, enamorarme... Por eso yo solo intenté crear algo bueno, pero ella, su voz, interrumpía mi utopía y la llenaba de demonios. Los demonios que poco a poco fueron acabando con todos los muros de mi mente, haciéndome creer que estaba en lugares en los que no estaba, haciéndome creer que hacía cosas que no hacía, convirtiéndome en alguien que solo existía en mi mente.

Cuando Esmeralda entró a la universidad, como ya os conté, empezó a pasar de mí, ya no iba al solar de tierra. Había eliminado a Sarita de nuestras vidas... pero claro, Marcos estaba enamorado de ella, ahora no podía aceptar eso. Así que las persecuciones empezaron a ser más frecuentes, y más agobiantes.

Y un día, volvió a venir al solar para acabar con Marcos de una vez por todas... pero claro, el niño de ojos tristes que se había inventado otra vida no quería desaparecer, no quería recordar que era un pardillo, no quería recordar que su corazón estaba destrozado, que le pegaban a la salida del colegio, que lo llamaban sidoso, no quería recordar que había perdido la autoestima entre todos los cocos que lo habían condenado.

—Fran, siento mucho todo lo que ha pasado, este juego se nos ha ido de las manos, tienes que borrar a Marcos de tu imaginación, antes de que Marcos te borre a ti —me sugirió mientras agarraba mi mano.

—Yo no conozco a ningún Fran, ¿de qué hablas, Esmeralda? —le pregunté lleno de dudas.

Ella suspiró, suspiró porque sabía que este huracán lo había desencadenado ella, ella y su deseo por sentirse la chica más importante del planeta.

Le había dicho, cuando Marcos era Fran, que se daba asco por tener SIDA, que pensaba continuamente en cortarse las venas. Le había recordado cómo su padre mató brutalmente a su madre reventándole la cabeza contra la pared. Y de nuevo le había insistido en que quería suicidarse... Sarita había robado la vida de Fran, y la había utilizado para manipularlo, para decirle que el coco era una persona a la que había que matar, para recordarle que a los abusones como Álex también había que matarlos, o a las furcias como Ana que solo sabían reír los comentarios de los chulitos de clase, porque mientras hacía eso, ella seguía manteniendo su estatus.

—El otro día, Álex me dijo que Sarita iba a ir a ver una exposición en el Matadero, creo que será un buen momento para declararme, ¿no crees? —le pregunté.

—Marcos, déjalo ya, no existe ninguna Sarita, no te das cuenta de que era solo un juego para evadirnos. No te lo diré de nuevo, tienes que dejar ya esta tontería, y retomar tu vida.

»Siento profundamente, la muerte de tu madre, siento profundamente las idas y venidas de tu padre, siento que tu hermana crezca en esa casa llena de oscuridad, siento que Álex y que toda esa gente siga metiéndose contigo, y sobre todo siento todo lo que yo he hecho, siento no haberme comportado como una amiga de verdad, siento no haber contado a mis padres la situación que tenías en casa, siento haber alimentado a los demonios que te comen por dentro.

Y entonces la interrumpí:

—¿Sarita, eres tú?

Ella tuvo ganas de ponerse a llorar, bajo el reflejo de mi mirada, bajo la culpabilidad de sus errores.

—Sarita te odia, jamás estará con alguien como tú, Sarita odia a los chicos populares, reputados e idiotas. Sarita te prefiere muerto —dijo muy enfadada.

La agarré del cuello furioso como cuando mi padre agarraba a mi madre, la volqué contra el suelo sin dejar de mirarla con un odio violento. Y...

...casi la estrangulo, menos mal que sufrí mi segundo bloqueo, de nuevo junto a ella.

## Una historia de amor

Y mientras Sarita solo existía en mi mente, Esmeralda empezaba a sentirse atrapada en un laberinto del que no sabía salir.

A veces pensaba en contárselo a sus padres, o en ir a la policía, pero se sentía tan culpable por todo lo que había hecho, que no era capaz. Además, ella no era ese tipo de persona.

Fue entonces cuando conoció a Gina, la primera mujer de ojos verdes; y cuando se enamoró de ella, encontró un mundo nuevo, porque el amor tiene esa fuerza, esa fuerza que a veces, solo a veces, te hace recapacitar, y meditar las cosas.

Gina y ella se conocieron por Internet, y no tardaron demasiado tiempo en empezar a quedar en lugares secretos. Porque a Esmeralda le daba un poco de miedo reconocer que estaba conociendo a una chica, además también le daba miedo ser vista por Marcos.

La primera mujer de los ojos verdes conocía toda la verdad, porque Esmeralda se la había contado.

Es cierto, y todo hay que decirlo, que por aquellos momentos Esmeralda había hecho un cambio radical en cuanto a su manera de comportarse, ahora se arrepentía de todo lo que había sucedido. Se arrepentía de haberse comportado de esa forma, se arrepentía de haberle jodido la vida al pequeño Fran.

Y encontraba en ella, en el amor de su vida, la calma que necesitaba. Porque Gina tenía ese tipo de voz dulce que puede relajarte, tenía las palabras exactas para restar importancia al pasado, y tenía ese sentido que poca gente tiene, de transmitir lo importante que es darse cuenta de las cosas.

Su relación, secreta, creció rápida. Y llevaban tiempo planeando escaparse. Esmeralda había conseguido ahorrar haciendo fotomontajes de bodas, comuniones y bautizos, y Gina trabajaba de camarera en un bar de pueblo en el que tenía que enseñar la mitad de sus pechos, y un poco de su culo, aceptar las cachetadas asquerosas de los hombres borrachos y escuchar todo tipo de adjetivos sexuales que la convertían en un ser inerte.

Lo que pasa, es que Esmeralda quería solucionar lo de Marcos antes de marcharse. Así que se le ocurrió una idea, una idea que acabó convirtiéndose en el principal motivo de que metiera su cabeza dentro de la soga que le arrebató la vida.



## **La primera mujer de los ojos verdes sabía que eso no era una buena idea**

Cuando Esmeralda le dijo a la primera mujer de ojos verdes que antes de marcharse con ella, iba a ir con Marcos a una fiesta en la finca de Álex, esta se echó las manos a la cabeza. Le parecía una auténtica locura.

Esmeralda pensaba que si iba a ese lugar, si le demostraba de una vez por todas cómo eran esas personas a las que Marcos consideraba sus mejores amigos, entonces podría abrir los ojos, y darse cuenta de que Marcos no existía. Darse cuenta de la verdad, de su vida, de sus problemas, y entonces afrontarlos con ayuda.

Ese día volvería a ser Sarita, por última vez, y ese día Sarita se llevaría a Marcos al lugar donde siempre había tenido que estar: el infierno.

Como os he dicho, Gina no estuvo nada de acuerdo con esto, incluso discutieron muy fuerte. Le advirtió de que si iba a esa fiesta, llena de gente que los había estado acosando desde que entraron al instituto, ella se marcharía sola. Básicamente le dio un ultimátum.

—Si te vas te encontraré, pero tienes que dejarme corregir mis errores, tienes que dejarme ser Sarita por última vez.

—Te estás volviendo loca, no puedes empezar de nuevo, si continuamente vas hacia atrás. ¿Quieres ayudarlo? Habla con la policía, cuéntales lo que su padre hizo con su madre, cuéntales que te acosa y que te persigue, ambas sabemos que ese chico es un peligro.

Entonces Esmeralda comenzó a llorar:

—Ese chico no es un peligro, a ese chico lo convertí yo en un peligro. Y por eso tengo que ir a esa fiesta, y acabar lo que empecé.

—Entonces, parece que no es lo único con lo que vas a acabar. —Y se marchó, dejando a Esmeralda con el corazón hecho trizas.

Y ahora, parada frente a la comisaría, se acordaba de todo detenidamente, lo podía recrear como si hubiera sido ayer.

Y finalmente, en lugar de entrar para confesar todos los crímenes de Fran, confesar lo que Esmeralda había hecho con él, y confesar lo que ella había continuado haciendo después de que Esmeralda se suicidara, se marchó asustada en otra dirección, porque había intuido que estaba a punto de ocurrir algo muy grave.



## La fiesta

Habíamos acabado la universidad, después de cuatro años estudiando como si no tuviéramos vida. Álex dio una fiesta en su finca de Madrid, y cómo no, Sarita y yo íbamos a acudir, me lo había dicho Esmeralda. Así que me vestí con mis mejores galas, tenía que impresionarla, era mi última oportunidad. Eso pensaba...

Cuando entramos a la finca, Álex se nos quedó mirando con una cara extraña. Lógico, a las últimas personas que se imaginaba en su fiesta era justamente a nosotros, nos habían estado acosando desde el colegio. Pero cuando nos vio, a los pocos segundos su cara cambió considerablemente.

—Amigos, habéis venido —me dijo agarrándome del cuello.

Para Marcos, Álex era su mejor amigo, así que le devolví el saludo de lo más emocionado, tanto que Álex se desconcertó.

Esmeralda saludó con simpatía, y con mucho disimulo, pues sabía que los ojos de Álex tramaban algo.

El problema es que ella, Esmeralda, estaba un poco triste por la discusión con la que era su novia. Y eso repercutió en las cosas que estaban a punto de pasar.

—Álex, ¿ha venido ya Sarita? —le pregunté impaciente.

Álex no se sabía el nombre de todas las chicas de la universidad, así que supuso que era alguien real.

—Por supuesto, toda la fiesta está llena de chicas.

Pero yo no buscaba chicas, buscaba a Sarita, ella era mi perdición.

—Ha venido, ¡tenías razón! —le dije a Esmeralda apretando su puño.

Entonces, Álex nos llevó a la zona de la piscina y allí nos invitó a varias rondas de tequilas, los tequilas, que para dos jóvenes que no bebían nunca empezaron a subir como la espuma. Y en cuanto quisimos darnos cuenta, estábamos un poco borrachos, Esmeralda había desaparecido de mi lado, y se encontraba en una habitación hostigada por Álex.

Álex quería tirársela, porque era la única chica de clase a la que no se había tirado. Ana había preferido quedarse en la biblioteca estudiando, no porque tuviera una asignatura pendiente, sino porque prefería no ver lo que Álex hacía en esa fiesta, porque prefería huir de la verdad, la verdad de que estaba locamente enamorada de él.

Pero Esmeralda rehusaba de él mientras seguía bebiendo del tercer cubata de Larios Rose, y hablaba todo el tiempo de la chica que había perdido.

Y entre tantas palabras, lo que sí consiguió Álex fue que tomara varias pastillas, y al final Esmeralda se descontroló, y cuando se descontroló sacó a la chica que llevaba tiempo escondida, sacó a la chica de pechos grandes que hasta ahora, solo vivía en mi imaginación.

—Quiero que le digas a Fran que venga. Quiero que nos dejes un sitio íntimo donde hablar y seguir bebiendo —dijo Sarita con la voz de Esmeralda.

Álex se empezó a reír.

—En serio, ¿prefieres tirártelo a él? Si es un pardillo.

Y Sarita le lanzó una mirada de esas que lo dicen todo.

—Me lo follaría a él mil veces antes que follar contigo.

Y eso le molestó, le molestó mucho, y esa molestia la iba a demostrar un poco después si no se llega a encontrar con la situación que se encontró.

Así que me llamó, me llevó a una habitación, allí esnifamos varias rayas de cocaína. Sarita estaba desatada y yo estaba muy ilusionado de que lo estuviera, después bajamos al sótano, lugar donde íbamos a continuar la fiesta.

—¿Esto es lo que querías, Marcos? —me decía mientras me enseñaba sus pechos planos, en los que yo veía los pechos más grandes del universo.

Eso me decía, drogada, siendo más Sarita que nunca, intentando que me diera cuenta de quién era de verdad.

—¿No te das cuenta de quién soy? Soy Esmeralda. Y tú eres Fran, no existe Sarita ni existe Marcos, solo fue un juego.

Yo estaba paralizado, mirando sus pechos y sus ojos, mirando su virtud y sus palabras.

—No estás diciendo la verdad —le dije.

Me acerqué a ella, no podía evitarlo, le toqué la cara. Ella me cogió la mano fuerte y se la pasó por sus pechos.

—Soy Esmeralda —me gritó clavando su mirada.

Y estrujé sus pechos, porque no podía controlar mis impulsos.

—Sarita, eres Sarita.

Ella me arrojó un guantazo, con su mirada airada clavada aún en mis ojos.

—Soy Esmeralda, la chica de la buena familia. Y tú eres Fran Ruiz, el chico con VIH, el chico con el que toda esta gente se ha estado metiendo, el chico que se sienta al final de clase, el chico al que le rompían la mochila, le robaban los bocadillos y llegaba a casa con la autoestima rota. Eres el chico cuyo padre mató a su madre reventándole los sesos contra la pared, esa pared que pintáis todos los años porque se cae la pintura.

Y entonces, en ese momento, Fran apareció, pero el Fran que había

aparecido no era el Fran con el que la gente se metía, no era el niño de ojos tristes, el Fran que había aparecido era el nuevo coco. Y cuando me robó la posibilidad de soñar con un Marcos feliz, saqué toda la rabia contenida de estos años.

Me arrojé sobre ella, sobre Sarita, y empecé a tirármela. Ella arañaba mi piel, y podía ver cómo Marcos estaba bloqueado a mi lado, a unos centímetros de mí. Y desde la puerta, el hijo de la gran puta de Álex miraba sin decir ni hacer nada, petrificado, permitiendo a un loco crecer y a una esmeralda romperse en añicos.

Y desde ese momento, Fran y Marcos cohabitaban juntos. Se habían conocido en ese sótano, y el temido se había impuesto sobre el niño que quería ser feliz.

Después de ese día, Marcos continuó imaginando toda su vida, imaginando que Sarita le había contagiado el VIH que supuestamente tenía, imaginando que el padre de Sarita la había violado y golpeado en mil ocasiones. Imaginando la vida de una chica que nunca existió.

## La despedida de Esmeralda

Y así fue como una chica a la que se le fue de las manos un juego, había sido violada por el loco de su mejor amigo, por mí, bajo la vista de mi otro yo imaginario, y bajo la vista real de un chico que se había cagado: Álex.

Después de ese día, Esmeralda se pasó las siguientes semanas en casa, sin salir, llorando y recordando la violación. Conociendo ahora lo que significaba realmente algo así, algo con lo que había jugado siendo una niña.

Provocando que una madre que no debía fumar empezara a fumar de nuevo, pero cinco veces más, y provocando que un padre que no bebía se pasara los días en el bar del Paquito.

Y supongo que ahora ya sabéis en quién pensó Marcos para inventarse esa historia, y continuarla, después de que Esmeralda hiciera lo que hizo.

Hacía semanas que no hablaba con Gina, pero necesitaba verla, necesitaba sentirla; pero ella la había abandonado tras esas últimas palabras que debería haber escuchado mejor, la había abandonado y no contestaba sus mensajes ni respondía a sus llamadas. Y Esmeralda se sentía sola. Perdida en un lugar que no reconocía. Viviendo en un cuerpo que había empezado a odiar.

Por eso, ahora a Esmeralda le daba miedo mirarse al espejo, y le pasaba como a la tercera mujer de los ojos verdes, le pasaba exactamente lo mismo. Por eso lo evitaba a toda costa.

Pero un día lo hizo, se miró y lo que vio le provocó una arcada tan grande que vomitó toda la ira que tenía, vomitó también otras cosas como sus ganas de vivir, así que escribió una carta, la entregó donde tenía que entregarla, y esa misma noche se ahorcó con la soga que más tarde empezó a pasarse por mi vida.

## La venganza de Gina

Una primera mujer de ojos verdes abrió el buzón de su casa, y encontraba una carta que olía a su perfume, una carta con letras que iban a provocar eso que todos sabemos de la primera mujer de ojos verdes, iba a provocar que su corazón se hiciera añicos, y los añicos en más añicos.

Una carta que también le provocó las ganas de querer venganza.

*Mi amor, siento mucho no haberte escuchado aquel día, cuando tus palabras me dijeron que no fuera a esa fiesta, pues tenías razón, allí solo encontré oscuridad.*

*Ojalá nosotras nos hubiéramos marchado juntas, y hubiéramos empezado de nuevo en otro lugar, ojalá hubiera podido salir de aquí, del sitio donde cometí todos mis errores.*

*Pero en la vida, no siempre salen las cosas bien; y ahora mismo me siento tan herida y rabiosa que solo quiero que me ayudes a vengarme.*

*Seguramente, cuando leas esta carta, yo ya no estaré, porque no puedo seguir estando después de lo que pasó en la fiesta, después de que Fran me violara, y de que Álex mirara desde la puerta sin decir nada.*

*No puedo seguir estando, sabiendo que la única persona que me conocía realmente se ha marchado de mi vida.*

*No puedo seguir, y lo siento mucho, siento mucho mandarte esta carta llena de rabia, dolor y venganza; pero si aún queda algo de amor en tu corazón por mí, quiero que te vengues.*

*Quiero que hagas lo siguiente: encuentra a Marcos en el solar de tierra donde siempre te conté que me reunía con él, suele ir a menudo, y allí impídele que sea feliz, impide que ese personaje imaginario que ha creado pueda sonreír, recuérdale constantemente lo que me hizo, recuérdale la clase de persona que es Fran, recuérdale cuando éramos pequeños e imaginábamos la cabeza de Álex y de Ana colgadas de una ventana. Saca la oscuridad de su interior y haz que los mate, conviértelo en un asesino, y véngate de todos cuantos han estado ahí para romperme el corazón.*

*Algún día, tú y yo, nos volveremos a ver,  
Te quiero.*

Y entonces, la primera mujer, en esos entonces chica, de ojos verdes, cumplió con lo pedido en esa carta.

Lo que pasa es que, como os conté, la primera mujer de ojos verdes no era una mala persona, y cuando se vio envuelta en esa oscuridad macabra se arrepintió. Justo después de que Fran matara a Álex, cuando la realidad se le echó encima, Gina desapareció. Y justo ahí, después de que le cortara la cabeza a Álex, me intenté suicidar por primera vez en la bañera, lugar en el que me encontró mi hermana Érika, la segunda mujer de ojos verdes.

## Después del primer suicidio

Vendí la casa de mi madre, y junto a Érika nos marchamos a vivir a Getafe. Y ahí fue cuando comenzó mi gran transformación. Mi hermana me escuchaba subir a la habitación de arriba a hablar con mi supuesta madre enferma con cáncer de pulmón. Me escuchaba hablar con la invisibilidad de una invención que no lograba entender. Mi padre continuaba con sus idas y venidas, con sus borracheras en la noche que cada vez lo hacían aparecer en una situación peor; aunque para mí mi padre no existía, ya sabéis que en la vida de Marcos desapareció después de que me intentara suicidar en la bañera.

Mi hermana no se atrevía a hablar conmigo del asunto, porque le daba miedo, le daba miedo preguntar por qué su hermano Fran ahora se llamaba Marcos, y le daba miedo porque las veces en las que aparecía Fran, la casa se inundaba de oscuridad y tragedia. Por eso, a su modo, prefería que Marcos se mantuviera el máximo tiempo posible.

Cuando llegaba a casa envuelto en sangre, la segunda mujer de ojos verdes, por aquellos momentos niña, sabía perfectamente de lo que se trataba.

Por eso Érika prefería salir los jueves y volver los lunes, y si podía no volver, mejor. El problema es que, como ya sabéis, ella entró en un mundo de drogas y adicciones. Era comprensible. Vivía con un loco, necesitaba evadir la realidad.

A pesar de ello, a pesar de las cosas tan atroces que hice a lo largo de mi vida, jamás le hubiera puesto la mano encima a ella, porque ella era mi debilidad, porque ella se había ganado un hueco en el corazón de Marcos, y en el corazón de Fran, por eso ella siempre estaría a salvo. Y ella lo sabía, lo sabía porque siempre la trataba diferente a los demás.

Así que nos marchamos a empezar una nueva vida, o a intentarlo, y durante ese tiempo todo fue más o menos bien, yo me pasaba los días sin salir, en la más profunda soledad de mi casa...

En el fondo, siendo Marcos no hacía daño a nadie, el problema es cuando venía el coco, cuando venía Fran. Por eso yo prefería hablar solo con mi madre en la habitación de arriba.

Durante esos años tuve dos bloqueos importantes, el primero fue por un perro que me mordió una vez cuando regresé al solar en el que comenzó el juego

con Esmeralda, imagino que ya sabéis cómo acabó el perro, y otro fue después de visitar, o mejor dicho colarme en el cementerio por la noche buscando la tumba de Sarita, claro, como era lógico no la encontré... pero sí encontré la de Esmeralda, y eso fue muy desconcertante.

Aun así, ninguno de ellos fue especialmente grave, y con esto quiero decir que no maté a ningún humano.

Lo que pasa es que esto no se mantuvo durante mucho tiempo, porque enseguida empezaron a llegar visitas que no deberían haber llegado nunca. Y fue precisamente Ana, la que lo revivió todo.

## **El regreso de Ana, ocho años después**

Ana conocía perfectamente y con detalle todo lo que sucedió la noche de la fiesta. Sabía que Fran había violado a Esmeralda, y no había dicho nada a nadie porque también sabía que Álex había drogado a Esmeralda, y a otros muchos invitados, y si la policía investigara un poco de lo que pasó esa noche se le caería el pelo; y fíjate tú, que al final lo que se cayó fue la cabeza de los hombros.

Ahora, ocho años después, tenía la conciencia lo que viene siendo intranquila, y se presentó con dos cojones en mi casa. Y cuando tocó el timbre trajo con ella muchos recuerdos, recuerdos falsos que penetraron en los pensamientos de un chico imaginario que se había inventado que Ana fue su mejor amiga en la universidad, cuando la triste realidad es que Ana los únicos acercamientos que tenía con Fran eran para reírse de algún comentario eyaculado por su enamorado.

Cuando entró, lejos de la historia que Marcos imaginó sobre su perfecta vida, Ana llegó con ganas de venganza, en el fondo de sus entrañas sospechaba que yo era el asesino de Álex, y entonces me amenazó con que lo iba a contar todo, con que debía entregarme a la policía. En verdad, lo que había venido a buscar era mi confesión, pero Marcos no había matado a Álex, eso era cosa de Fran, así que con la llegada de Ana se produjo también la vuelta de Fran, el terrorífico coco.

Además, ahí descubrí que estaba enamorada del hombre sin cabeza, y sus lágrimas desprendían el dolor de haber perdido al hombre al que amaba, al hombre que jamás se atrevió a confesarle sus sentimientos.

Y por eso, Ana llevaba atrapada en una pesadilla desde entonces, con algunos días soleados, cierto es, pero la mayoría envueltos entre los truenos y nubarrones más terribles que pueden existir.

Lo que Ana no sabía, es lo que había provocado, que un hombre, a partir de ahora un hombre con el corazón aplastado, un hombre sin autoestima porque se la rompieron en el instituto, un hombre sin sentimientos porque le arrebataron a su mamá, y un hombre sin sentido del amor porque vivía entre monstruos, le iba a empezar a perseguir por todos lados.

## **La tercera mujer de los ojos verdes ha abierto los ojos frente al espejo**

Una tercera mujer ha abierto los ojos frente al espejo que iba a mostrarle aquello que le daba miedo: verse a sí misma.

Estaba desnuda, viendo su figura con claridad, viendo lo que un monstruo llamado coco había hecho con ella, viendo la cicatriz del pezón izquierdo, recordando aquel día en el que el coco se lo pellizcó tan fuerte que sintió que se lo arrancaba, recordó también otras cosas más graves como la penetración de un loco que entraba sin permiso a despojar los pétalos de una niña de siete años, una niña que estaba viviendo en el peor de los infiernos, una niña que odiaba a la primera mujer de ojos verdes por haber cortado la soga sobre la que Marcos se iba a suicidar aquel día, porque si Marcos se hubiera suicidado, Fran también habría muerto, y el coco habría sido abolido de su vida.

Pero crecer, a veces con Marcos, otras con Fran, era como vivir en una pesadilla bipolar. Y una niña no entendía qué podía hacer. Vivía retenida en su casa, sin poder salir, presa de la habitación sobre la que estaba encerrada bajo llave, con un móvil cuyo único contenido era el juego del Snake.

El trastorno de identidad disociativo fue creciendo en Fran cada vez con mayor celeridad, fue creciendo porque todo el mundo que había conocido ese secreto lo había abandonado en lugar de ayudarlo.

Y entonces, las consecuencias de que una primera mujer de ojos verdes llegara solo para cortar una cuerda, y otra se marchara porque le daba miedo asumir el problema de su hermano, provocó que a una tercera mujer le diera asco mirar las cicatrices tanto internas como externas que el coco había provocado en su cuerpo, y en su alma. Sobre todo en su alma.

Y ahí fue cuando sintió que el coco, Fran, o como ella odiaba llamarle, su padre, había ganado la batalla.

## El regreso del coco

Bueno, como ya os he contado, después de que Ana reapareciera en mi vida Fran también reapareció para advertirme a Marcos la clase de persona que era ella, la chica que podía poner patas arriba toda mi vida, la chica que, aunque yo no fuera consciente, me acusaba de haber violado a Esmeralda, la chica que sabía que Álex miraba desde la puerta viendo lo que ocurría, sin tener el valor de intervenir; a fin de cuentas, Álex era un cobarde.

Entonces, siguiendo a Ana, fue cuando me di cuenta de que ella solía pasar con el coche por los alrededores de la finca abandonada de Álex. A veces, incluso se bajaba y se quedaba horas mirando sin entrar.

Hasta que un día, vestida como si fuera a una boda, cometió el error de pasar, quería cerrar el ciclo y despedirse del chico que amaba. Así que fue la oportunidad perfecta para que Fran entrara también a ese lugar, el problema es que ese día no solo entró Fran, sino también Marcos, el cual quería descubrir lo que su mente inventaba, quería descubrir lo que pasó esa noche.

Y mientras uno quería descubrir, el otro no le dejaba hacerlo, porque si lo hacía iba a descubrir la verdad, que su historia era una mentira, y que Fran y Marcos eran una única persona, en un único cuerpo y un único cerebro.

Cuando Ana se encontró con Marcos, en la habitación de Álex, como es de esperar se asustó, se asustó tanto que casi salta por la ventana. Para ella, Marcos era Fran, y en sus intentos de acercarse a su supuesta amiga, ella sentía más y más miedo, porque ella sabía perfectamente que lo había tratado siempre como a un pardillo, y que no había nada de amistad en ellos. Pero Marcos insistía, y la obligó a bajar al sótano, y una vez allí, pues ya sabéis lo que pasó, que Fran reapareció, que Marcos se bloqueó, y mientras uno la violaba salvajemente, el otro miraba tumbado en el suelo lleno de impotencia.

Ese es el problema de cohabitar con un ángel bueno y otro malo, que al final el malo se sobreponía con sus abusos, pues eso era a lo que me habían acostumbrado durante mi infancia y durante mi adolescencia...

Y si no llega a ser por la tercera mujer de ojos verdes, podría haberme tirado así toda mi vida, de hecho, ahora mismo, todavía mirando la distancia que me separa del vacío de mi muerte, puedo escuchar a Marcos hablarme, intentándome decir que yo no he hecho nada de eso, y que soy una persona normal.

Puedo escuchar a Sarita decirme que me está esperando, puedo escuchar muchas cosas, pero después de lo que hizo la tercera chica de ojos verdes, mi hija, sé que todo es mentira, y que la mejor manera de acabar con un loco como yo es matándolo, matándolo a él y a todas las personas que viven en su cabeza.

Ya os dije una vez que me iba a acabar enfrentando al padre de Sarita, y que solo uno de los dos iba a poder salir vivo; o tal vez ninguno, supongo que ya tenéis la respuesta a eso.

## El solar donde nació Marcos

Todo este cúmulo de infortunios rebotaban en la mente de una persona herida, haciéndole sangrar sus perversas ideas, o mejor dicho las perversas ideas de la chica de la que se enamoró.

Lo que pasa es que ahora Gina, después de ocho años, había vuelto al solar de tierra para acabar con Marcos. Desde el asesinato de Álex, se había visto envuelta en una pesadilla que no tenía nada que ver con ella; pero de la que formaba parte por culpa de haber cumplido las peticiones de una lunática.

Había vuelto, porque sabía que ese hombre estaba siendo condenado por las mentiras de Sarita, y por las mentiras llegadas un poco después de ella, la primera mujer de los ojos verdes.

Conocía a Marcos como si lo hubiera parido —cosa no muy alejada de la realidad, pues durante el tiempo que estuvo manipulando, hizo que ese niño imaginario se desarrollara con ideas suyas, como si fuera un sim—. Fue ella la que lo provocó para que matara a Álex, y a Ana, y que después se suicidara.

¿Para qué vivir con VIH? Esa era la pregunta heredada de Sarita que reconcomía la vida de Marcos, solo que ahora la susodicha que la formulaba era otra chica, también de ojos verdes.

Y así que cuando sucedió, cuando mató a Álex, Gina se marchó lejos, muy lejos, desvinculándose de todo tipo de relación con el maníaco, desvinculándose físicamente, pero quedando atrapada en cuanto a emociones y mundo interior. Y eso era peor que marcharse, porque de algún modo, seguía ahí, todo el tiempo.

Sus intentos por reinsertar a Fran en la sociedad, y de eliminar al niño de ojos tristes era tan inútiles como ya lo fueron los de Esmeralda en el pasado. Y es que la obsesión ya había crecido hasta un punto incontrolable.

Cuando Marcos arrebató la vida de Ana, cuando las noticias mostraron su cabellera de pelo rubio caer por la repisa de la ventana, Gina volvió a desaparecer. Volvió a desaparecer entre fantasmas que la perseguían indicándole cuál era el camino correcto: la comisaría.

Lo que pasa es que tenía miedo de las repercusiones, así que por cobardía prefirió seguir dejando a un loco crecer bajo la semilla maligna de su verdadero yo, que lo atosigaba reduciendo su mundo a soledad.

Y esa fue la última vez que ella y yo nos encontramos en el solar de tierra.

La siguiente vez, fue cuando vino para cortar la cuerda en la que había

introducido mi cabeza dispuesto a acabar con mi vida. Dispuesto a darle la oportunidad a la tercera mujer de ojos verdes de ser feliz; pero entonces Gina cortó la cuerda y lo que nos dio fue la oportunidad de seguir creciendo: a Marcos y a mí.

Trajo una maleta para quedarse en casa. Para controlarme de cerca, para evitar mis intentos de avanzar hacia la oscuridad. Vino a casa solo por una razón: para matar al coco.

Lo que pasa, es que matar a alguien no es una tarea fácil, y menos para alguien como Gina, que cada vez que veía la muerte, salía disparada a otros lugares.

Y claro, una mañana bajó al sótano de casa, y cuando se encontró con lo que había ahí, salió pitando: atemorizada, con los ojos verdes más corrompidos que nunca, transformado su esmeralda en un rubí, y llorando lágrimas invisibles.

## Lo que ocurrió en el hospital

Esa noche no sé si lo recordáis, pero Abigail se quedó a dormir conmigo, se quedó a dormir y nada más, porque lo otro lo evitaba, lo evitaba a toda costa.

Entonces escuchamos los gritos que preceden al nacimiento. La ambulancia llegó rápida, y enseguida mi hermana ya estaba con las piernas abiertas, empujando con todas sus fuerzas para sacar a la niña que llevaba dentro.

Esperamos fuera, de lo más emocionados, deseando conocer al ángel que iluminaría de vida la casa que poco a poco se estaba levantando.

—Seguro que será un bebé precioso —dijo ella con esa voz que me cautivaba, que erizaba mi vello, y que me hacía creer en eso que había olvidado: el amor.

—Algún día —dije emitiendo un suspiro.

Y entonces, ella, involuntariamente tuvo un gesto que no me gustó demasiado:

—Para eso primero hay que... Ya sabes. —Y me guiñó un ojo.

Yo me puse rojo como un tomate, y pude escuchar la voz de Fran, mi voz, recordarme lo que iba a hacer ella cuando descubriera mi enfermedad.

Bueno, y mientras nosotros estábamos sumidos en esa conversación trascendental, salió el cirujano que había sido el encargado de traer a esa niña al mundo, y cuando salió nos dio una noticia que nos partió el corazón.

Entré dentro, la vi desubicada, mirando a todas las direcciones, gritando desesperada, buscando a su retoño entre las paredes de gotelé que formaban el habitáculo, parecido al mismísimo infierno, lugar donde me diagnosticaron como seropositivo, lugar donde me dijeron que tenía epilepsia, y lugar donde la hija de mi hermana había nacido muerta.

Supongo que ahora os preguntaréis: ¿quién era la niña que dejé en el descansillo de la puerta de mi casa cuando me intenté ahorcar?

## **La cicatriz que la tercera mujer de ojos verdes jamás olvidará**

Cuando la tercera niña de ojos verdes cumplió ocho años, su padre consiguió recuperar la casa en la que creció, la casa en la que vio sonreír a su mamá y en la que vio al coco reventarle los sesos contra la pared.

La chica de ojos verdes tenía prohibido bajar al sótano, porque su padre, el hombre de los ojos verdes, no quería que viera aquello que vio Gina, y que la hizo huir para siempre, por eso el sótano estaba cerrado con llave.

Pero claro, ese día, con la mudanza, Fran olvidó cerrar la puerta, y una niña curiosa ante la novedad de un mundo nuevo, un mundo que siempre le había generado especial interés, decidió entrar.

Entró con miedo, pero con ganas de saber. Entró sabiendo lo peligroso que era, entró y eso era lo único que importaba, porque una vez que haces algo ya no puedes volver atrás.

La tercera mujer de ojos verdes, que ahora estaba parada frente al espejo, se arrepentía de haber entrado cuando era una niña, porque esa cicatriz que veía en el cristal era tan grande y oscura que no podía disimularla ni con el maquillaje de más alta calidad; así que pensó en hacer eso que habían hecho otras tantas ya antes que ella: pensó en colgarse de su habitación, porque no podía olvidar los ojos congelados de su madre, Abigail, en la cámara frigorífica que Marcos tenía en el sótano de casa.

Y ahí estaba ella, el amor de su vida, la chica rompedora que había puesto patas arriba su corazón, más tiesa que un palo.

El hombre de los ojos verdes la mató, mató a la mujer de sueños vivos, a la loca que se recorría miles de kilómetros con el coche en busca de locuras, a la mujer que traía los pasteles de chocolate, mató a la madre de su hija, a la chica que trajo la luz y la felicidad a casa; la mató y la congeló para poder conservarla para siempre: el chico de los ojos verdes era uno de los cocos más peligrosos del mundo.

## Apagando la luz de una estrella

Como ya os conté, ese año estuvo repleto de bloqueos, Fran se aparecía constantemente y hostigaba a Marcos.

¿Recordáis cuando Abigail y yo nos fuimos a Cartagena por segunda vez, y apareció de nuevo Fran? ¿Recordáis que me quedé tirado en la puerta de la casa, viendo cómo el asesino de sueños entraba con su mirada excéntrica para arrebatarme a la chica con la sonrisa más bonita del mundo?

Pues así fue: empezó a besarla apasionadamente, Abigail se sorprendió de tal acto, pues como ya sabéis yo rehusaba todo tipo de encuentro sexual, al principio me siguió el juego, pero al cabo de unos minutos empezó a notar que algo no iba bien.

—Marcos, ¿qué se supone que haces? —me preguntó bastante enfadada.

Yo la ignoré, al fin y al cabo, no estaba hablando conmigo.

—Marcos, ya vale, para ahora mismo.

Entonces le arranqué la camiseta bruscamente con mis manos. Ella me dio una patada en el ojo.

—Pedazo de puta —gritó Fran.

Abigail estaba aterrorizada y anonadada por la situación. No era capaz de entender nada, no era capaz de entender que Marcos, el chico del que se había enamorado tan solo hubiera sido una invención, una invención que personas como Gina o Érika conocían pero que habían preferido ignorar.

—¿Crees que Marcos va a poder ayudarte? Se ha dado cuenta de que eres como todas: una furcia —berreé con palabras propias de un energúmeno.

Le agarré de la cabeza, y le arrastré con fuerza hasta la cama, golpeando su cuello contra una de las patas de metal. Sus pechos estaban colgando, y se movían agitados con cada golpe.

Como ya sabéis, Abigail era una mujer muy guerrera, y se defendía mucho mejor que otras: me saltó las narices, me amorató un ojo, me chafó un dedo con su zapatilla; y cuando iba a darme con un martillo en la cabeza lo esquivé golpeándose contra el temido espejo.

Y ahí fue, entre gritos y maldiciones, donde la semilla de la tercera mujer de ojos verdes se cultivó.

Después de ese día, apresada bajo mi mandato, la encerré en el sótano de mi casa, la encerré en el sótano de mi casa hasta el fin de sus días.

La única que la echaba en falta era su madre, pero con lo mayor que era podía morir en cualquier momento; y así fue: unas gotitas de veneno en la infusión de cada tarde, y al día siguiente tenía el pie más estirado que una gimnasta.

Intenté hacerle entender al amor de mi vida cómo debían funcionar las cosas entre nosotros. Intenté darle una oportunidad de poder ser felices; pero ella siempre me la jugaba, y ese día me la jugó de más.

Y la maté, la maté igual que mi padre mató a mi madre, seguí exactamente los mismos pasos de ese energúmeno, me había convertido en ese ser despreciable que odiaba cuando era un niño; por eso necesitaba a Marcos, necesitaba pensar que alguien bueno vivía dentro de mí.

## **La herencia del coco**

Mi padre iba y venía, siempre actuando así, invadiendo la casa de olor a alcohol, drogas y muerte. Y cómo no, siempre que aparecía el coco mayor, también aparecía el coco más pequeño, excepto ese día, ese día que os conté, bueno, ese día que ya os contó Fran en un momento de la historia.

Ese día en el que el coco de ojos oscuros se coló en la habitación de mi hija para intentar violarla, ese día en el que cumplí mi venganza, la venganza de matar al peor hombre que había conocido.

Lo que pasa, es que en ese momento sentí como si mi padre vomitara vacío negro que se colaba como estrellas contaminadas en mi interior, oscureciendo de más oscuridad aquello que ya era oscuro.

Y ahí fue cuando se desató todo: porque a veces veía a Fran, otras aún escuchaba la voz de Sarita, y otras veía a mi padre reírse de mí; estaba desbordado, podrido, acabado.

Y todas esas cosas hacían que la tercera mujer, por aquellos momentos niña, de ojos verdes, empezara a tener cicatrices tan dolorosas como para que un día como hoy, estuviera preparada para meter su cabeza dentro de una soga. La soga que seguía formando parte de nuestras vidas.

## Fran y Marcos

Un día de los tantos en los que Fran aparecía y entraba al cuarto de su hija, a la hija que llamó Sarita para revivir a aquella mujer que violó en la finca de Álex, descubrió la verdad, la humillante verdad que lo despertó.

Entró en la habitación de Sarita, ella tenía ya veintidós años, y se pasaba la vida observándola, petrificada, de pie, por las grietas de su ventana, en la habitación que la tenía esclava, en la habitación donde había sufrido todos sus abusos, en la habitación en la que ahora, justamente, cuelga del techo una cuerda.

La besé como siempre, ella me regaló sus lágrimas mudas y marchitas. Su entrega sumisa a mi virtud, a mis ganas de penetrar en ella; en la chica que yo imaginaba.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto —le decía gimiendo de felicidad.

Ella no contestaba nada, ya lo había hecho en otras ocasiones y no le había servido de nada, bueno sí, de algo sí: de golpes en la cara, de arañazos en la piel, de heridas en el cuerpo, de mordeduras en los pezones, de pellizcos en el clítoris; de cosas que sinceramente prefería evitar.

Ese día, mientras Fran o Marcos, no sabía a ciencia cierta de quién se trataba, entraba en ella, estiraba la mano hacia la mesilla, donde había dejado un pequeño espejo de cara, un espejo que lo iba a poner todo patas arriba.

—Mírate, Marcos —chilló de repente.

Y entonces, yo me aparté sorprendido, y miré mi reflejo en el cristal.

—Soy Fran, no Marcos, Marcos solo es mi mejor amigo, ya lo sabes, amigos, solo amigos. —Y mientras seguía repitiendo lo que Marcos era para mí, el espejo seguía mostrando la realidad de mi aspecto, de mis ojos, de mis cicatrices.

—Marcos y Fran sois una misma persona. ¡Míralo tú mismo! —chilló Sarita.

Y entonces, a pesar de seguir escuchando la voz del pobre Marcos, comprendí que solo era mi cabeza convenciéndose de que era otra persona, y ahí recordé a Esmeralda y el estúpido juego que lo comenzó todo, y de nuevo volví a ser el niño al que le robaban los bocadillos, al que le pegaban en la salida del instituto, el que se sentaba al final de clase, y el que llegaba a casa con la autoestima rota.

Y sintiendo la punzada de una aguja en el centro de mi corazón, con las lágrimas escurriendo, recordando que seguía siendo el mismo pardillo de siempre, me marché, camino a terminar lo que había empezado, camino a matar a mis demonios, camino a la conversión: iba a ser un pájaro sin alas en un aterrizaje mortal.

## Tres mujeres, y un hombre, con los ojos verdes

Mientras una primera mujer de ojos verdes conducía lo más rápido posible en una dirección exacta, una dirección que le rondaba la cabeza, una segunda mujer estaba parada frente a la casa en la que creció cuando era una niña pequeña, frente a la casa en la que conoció a Marcos, y en la que encontró a su hermano casi muerto en la bañera cuando tan solo tenía diez años.

Tenía mucho miedo de llamar a la puerta, miedo de encontrarse a un monstruo, miedo de encontrarse con el hermanó que abandonó.

Un hombre con los ojos verdes ya no estaba en casa, y no pensaba volver jamás, había estado mirando al vacío toda la noche, entre vagos intentos de saltar por el precipicio, que se consumían, escribiendo en un diario su vida, y la de las demás personas que vivían en él. Llorando lágrimas de verdad, lágrimas afiladas como un cuchillo y pesadas como si fueran de hierro, lágrimas que a fin de cuentas, significaban el castigo por sus pecados.

Una tercera mujer de ojos verdes había metido su cabeza dentro de la sogá, en la habitación de la que era presa, aunque ahora con la puerta abierta, y sin nadie que la obligara a quedarse.

La primera mujer de ojos verdes llegaba a su destino. Aparcaba el coche como podía —es decir, como el culo— y se bajaba más rápida aún. Y era ahí, justo en ese momento, cuando Gina y Érika se veían las caras por primera vez. Y rápidamente, las cuatro esmeraldas miraron la puerta de la casa, y corrieron lo más rápido posible, porque ellas sabían que quizás era demasiado tarde, pero suficientemente temprano.

Un hombre que había sido muchos hombres se encontraba afligido, envuelto en el charco de lluvia que no había parado de precipitar desde que llegó al precipicio: lluvia de nostalgia, lluvia de dolor, lluvia de depresión, lluvia de muerte.

Marcos, Fran, Sarita y el coco, todos en un mismo cuerpo, abrieron sus brazos tanto como pudieron, contemplando la distancia, viendo la risita burlona de las rocas rebotar entre las colinas de la Casa de Campo, escuchando el piar de los pájaros en los que iban a convertirse.

Y entonces, Fran acabó con la vida de todos ellos: vio a Sarita saltar, y vio su mirada clavarse en su corazón, junto a ella perdió el sentido del amor; empujó al coco con todas sus fuerzas contra el precipicio para que no volviera a aparecer

nunca en la vida de nadie, lo escuchó gritar maldiciones y profecías, lo escuchó vomitar demonios y arañas, lo escuchó hasta que se reventó contra las rocas que lo llevaban al infierno; y por último, se despidió de Marcos:

—Hasta pronto, amigo —le dijo con verdadero dolor.

Marcos lo miró, tranquilo, sintiendo el aire chocar contra su cara.

—Nunca vas a poder perdonarte por lo que has hecho, pero no ha sido tu culpa, ha sido culpa de todos, de todos los que preferían dejarlo pasar, de las amigas de tu madre que no la ayudaban a denunciar a ese coco, de los profesores del instituto que jamás te defendieron de los continuos abusos, de Esmeralda porque jugó contigo sabiendo que tenías el corazón roto, y culpa de tu padre porque era un monstruo...

»Fran, tienes los ojos más tristes que jamás he visto: eres un barco sin rumbo. Una hoja sin rama. Una botella vacía. Eres el silencio de un piano abandonado. La cara oculta del dolor. Eres una sonrisa apagada. Una nube sin agua. Eres un pájaro sin alas, una tormenta sin truenos, un corazón sin latido. Eres una sombra sin forma... Fran Ruiz, eres la persona más triste que he conocido en toda mi vida.

Y después de decirme eso, de decirme las palabras que yo siempre usé, saltó, y con ese salto se lo llevó todo, porque él me había dado mucho más que cualquier persona real, y aunque nadie pudiera entenderlo, yo lo amaba.

Gina y Érika entran a la habitación donde se encuentra, a punto de morir, la tercera mujer de ojos verdes, Sarita, desnuda y llena de cicatrices. Rápidamente cortan la cuerda. Sarita se golpea contra el suelo. Érika le toma el pulso pero no responde. Gina le hace el boca a boca mientras aprieta su pecho.

La tercera mujer de ojos verdes odiaba a la primera mujer de ojos verdes, que en estos momentos estaba intentando salvar su vida, la odiaba por darle la posibilidad de vivir al monstruo que la había estado torturando todo este tiempo, el monstruo que había querido convertir a la Sarita imaginaria en una persona de verdad, el monstruo que en este momento, y sintiéndose un pájaro sin alas, volaba en dirección contraria en un aterrizaje mortal.

Y justo en ese momento, cuando Fran impactaba con el terreno rocoso provocando su muerte definitiva, una soga que había recorrido su vida desaparece, y la tercera mujer de ojos verdes empieza a toser, y de repente las seis esmeraldas que hay en la habitación conectan, y se dan cuenta de lo unidas que han estado siempre.

Se dan cuenta de que, indirectamente, habían estado llamándose, gritándose o quién sabe qué cosa.



## **Se acabó**

Gina entra a la cárcel tras confesar toda la verdad acerca de la vida de Francisco, el chico de ojos verdes.

Érika destruye una casa sobre la que jamás, nadie, volverá a vivir, regresa junto a su marido e hijo, y acoge durante un tiempo a la tercera mujer de ojos verdes.

Sarita, con el dinero que ha recibido en consecuencia de los abusos recibidos, intenta reinsertarse en la sociedad, estudiar una carrera y poder tener una vida decente.

## **El coco no ha muerto**

El sonido de las olas ambientaba la noche estrellada sobre la que se encontraba la pareja de enamorados, el agua mojaba sus pies, y ambos se besaban apasionadamente bajo el reflejo luctuoso de una luna llena.

Era la noche perfecta para un crimen imperfecto, y es que el coco no entiende de días perfectos, ni de días imperfectos, no entiende de personas malas ni de personas buenas, el coco simplemente aparece, y no puede controlar su instinto.

El instinto asesino que lo hace avanzar hacia la oscuridad más lóbrega que puede existir. Hacia las pesadillas más tenebrosas que un humano puede tener, esas que te despiertan entre terrores nocturnos, con las gotas sudorosas escurriendo por la frente, y con los ojos petrificados mirando clavados en la cortina que parece moverse con cierta burla.

El chico desabrochó los botones de la camisa de la joven, y esta, instantáneamente sacó de su bolsillo una navaja y le rebanó el cuello, la sangre le salpicó la cara y se mezcló con la arena de la playa, brillando impetuosamente por el reflejo de esa luna tan maravillosa.

El coco no entiende de género, el coco simplemente es, y una tercera mujer de ojos verdes tenía dentro de su alma al peor coco que jamás en la vida se hubiera podido ver.

Y aquí, en esta arena manchada de sangre, retornaba su historia.

Cuando veas a alguien siendo destruido  
por otra persona, no hagas caso omiso,  
y ayúdalo,  
un coco puede estar creciendo dentro de él.

**LOS  
TRES  
SUICIDIOS  
DE  
MARCOS RUIZ**

**JULIO MARÍN GARCÍA**